



**NUEVAS DRAMATURGIAS
POSIBLES
CECILIA PROPATO (COMP)**



Libros del Rojas
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES



NUEVAS DRAMATURGIAS POSIBLES

CECILIA PROPATO
COMPILADORA



UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
CENTRO CULTURAL RECTOR RICARDO ROJAS

Rector: Prof. Dr. Ricardo Jorge Gelpi

Secretaria de Relaciones Institucionales, Cultura y Comunicación:

Lic. Paula Quattrocchi

Directora CRRRojas: Mgter. Daniela Zattara



Libros del Rojas
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

© Libros del Rojas

© Los autores

© Imagen de Tapa: Rubén de la Torre, obra “#393 Willy Borges”

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopia u otros medios sin el permiso previo del editor.

NUEVAS DRAMATURGIAS POSIBLES

PRÓLOGO
POR CECILIA PROPATO
COMPILADORA

Cecilia Propato es una artista de la palabra y de la composición del espacio. Dramaturga, guionista, directora de teatro, performer. Profesora de Artes Combinadas, maestra de dramaturgia, de guion y de escritura narrativa. Realizadora audiovisual y visual. Especialista en género fantástico y maravilloso y en siglo XIX.

Nuevas Dramaturgias Posibles

Escribir es una tarea primordial expresiva en todos los campos y disciplinas, más allá de la escritura como objeto artístico en el campo de la ficción. Escribir construye, ordena, brinda un marco, brinda la posibilidad de crear un mundo dentro del universo y de esta forma conversar con diferentes imaginarios.

Pero cuando nos referimos específicamente a la escritura de ficción y concretamente a la Dramaturgia estamos apuntando a un lenguaje, formato y canon en particular que tiene un valor como género literario perteneciente a la Escritura Dramática y, que a su vez, es un texto prometedor porque la Dramaturgia se escribe con voluntad de ser puesta en escena, en el marco de un mapa mucho más amplio que es la teatralidad en donde el texto dramático se transforma, viaja, traspasa las fronteras y conversa con otros contextos.

Por eso escribir teatro propone siempre una experiencia maravillosa que se sabe cuándo empieza pero nunca el alcance que puede tener: una pieza teatral escrita en gabinete, en soledad puede ser estrenada y reestrenada muchísimas veces en la ciudad donde vive su autora o autor o en diez años en la otra parte del planeta y esa potencialidad y posibilidad genera una sinergia única.

Este viaje ilimitado que tiene la Dramaturgia comienza con una pequeña siembra, con una espiral primordial que está vincula a la escritura de imágenes, a la construcción de situaciones fragmentarias, a un proceso creativo que pasa de un caos necesario y dionisiaco a un orden estructural y armado apolíneo tal como plantea Nietzsche en su libro *El origen de la tragedia*.

Es así, que las obras seleccionadas en *Nuevas Dramaturgias Posibles*, escritas por autoras y un autor que cursaron y se formaron en distintos cursos que dicto sobre Dramaturgia en El Rojas, no solo aluden a este tránsito por este proceso creativo, sino que representan distintos puntos de partida, enfoques y tienen diversas poéticas que las ubica en un lugar peculiar y contemporáneo más allá de las generaciones a las que pertenecen las dramaturgas y el dramaturgo.

De este modo, nos encontramos con seis obras que abordan desafiantes caminos: “La culpa es de Flaubert” del autor cordobés Daniel Alicio tiene un hipertexto con *Madame*

Bovary, la novela escrita por Gustave Flaubert en 1856, y lo más interesante es la creativa reinterpretación que hace Alicia de algunos personajes del texto del escritor francés, tomando los espacios no contados o las zonas de invisibilidad de la novela realista para armar una arquitectura teatral propia.

Por otro lado, Cristina Carozza, autora y directora rosarina a través de su pieza teatral “Nadadoras: estamos vigentes” explora el punto de partida refractario, en donde para escribir investigó sobre la natación como deporte, el entrenamiento, la competición y la vida de los clubes para volcar ese material en el marco de una relación vincular entre dos nadadoras. La autora pone el foco en cómo se desarrollaron sucesos íntimos a partir de la práctica deportiva que las une. Esta obra Carozza la puso en escena en su ciudad natal con una gran y positiva repercusión de público y crítica.

A través de la obra “Globo Aerostático” Lucía Fiorella Pessino, quien vive en Neuquén, nos invita a ser parte de una lógica ficcional en donde contrapone el mundo humano al mundo automático y/o autómatas, estableciendo un puente con el Manifiesto Cyborg desarrollado por la teórica Donna Haraway, quien imagina una ficción que defiende como real dado que las fronteras entre la ciencia ficción y las representaciones de la realidad social son una ilusión óptica.

Por otra parte, la autora María Soledad Allende, oriunda de La Plata a través de su texto “Pueblo Chico” transita los vínculos amorosos y una temática en torno al género, la noción de territorialidad y la contraposición campo/ciudad dicotomía muy propia de la dramaturgia de principios de Siglo XX pero que la autora la encaró desde una óptica actual y moderna.

Asimismo, Paula Gluzman una autora y música que reside en Ciudad Autónoma de Buenos Aires presenta su obra “Ajedrez de otro mundo”, obra que también dirigió. El texto es de teatro musical y contiene canciones escritas por Gluzman como parte de la dramaturgia. Este material tiene la particularidad de problematizar de forma muy atractiva el juego del ajedrez y toma a las piezas del juego como personajes, en una voluntad de focalizar en esa “sociedad perfecta” que plantea el juego desde la mirada de la filosofía, para hablar de un mundo imperfecto que se edifica a partir del error.

Por último, Laura Obholz, quien reside en Provincia de Buenos Aires, a través de su obra “Un Dios oscuro” abre la puerta a un mundo vincular disfuncional con ciertas reminiscencias al Nouveau Theatre o llamado Teatro del Absurdo con características de alteridad, es decir la existencia de un mundo no dicho que está presente forma paralela y que provoca de manera transversal tensión e incertidumbre.

Lo relevante de esta compilación de “Nuevas Dramaturgias posibles” es la diversidad de poéticas y como maestra de dramaturgia siempre expreso que “La poética, es decir la estética de cada autora y autor hay que descubrirla, no se puede inyectar, no se puede copiar ni comprarse”; y precisamente la formación, los cursos abren puertas y ayudan a conectarse con la poética propia y de esta forma poder plasmarlas obras de teatro.

LA CULPA ES DE FLAUBERT

DANIEL ALICIO

Daniel Alicia nació en La Cumbre, sierras de Córdoba, en 1975. Es profesor en Lengua y Literatura. En 2002 fue coautor y protagonista de la obra de teatro *No hay mal que por bien no venga*. En 2013 obtuvo el primer premio en el concurso de relatos cortos “Profesora Andrea Sánchez”, patrocinado por la escuela Normal República del Perú y el Instituto de Enseñanza Superior Arturo Capdevila de la ciudad de Cruz del Eje, con el cuento *El último día*. Incursionó en el guion de la novela gráfica. En 2017 presentó el libro compartido de relatos breves *Factor común*. Integra la Sociedad de Escritores de La Cumbre. Fue alumno de los cursos de Dramaturgia I y Dramaturgia II que dicta la profesora Cecilia Propato en el Centro Cultural Rojas. Actualmente cursa Construcción de diálogos y personajes.

Personajes:

ANABELA
HOMBRE
MUJER DE PELO BLANCO
HOMBRE DE PELO BLANCO
MOZO

ESCENA UNO

Espacio en penumbras. Hay una mesa con dos sillas. Sobre una de las sillas está sentada ANABELA con el pelo rubio que carga sobre su espalda a un HOMBRE DE PELO BLANCO. Sobre la mesa hay un vaso de vidrio que contiene un líquido marrón. ANABELA toma el vaso y lo levanta. Ingresa un HOMBRE de pelo negro que carga sobre su espalda a una MUJER DE PELO BLANCO. El HOMBRE entre sus manos lleva un libro. Se para en frente de la mesa.

HOMBRE.— Respirar aire, salir de la presión absorbente y con el cerebro deshidratado.

ANABELA.— *(Deja el vaso sobre la mesa y mira al HOMBRE).* ¿Lo leíste!?

HOMBRE.— Lo mejor del libro.

ANABELA.— Pero es la dedicatoria.

HOMBRE.— Por eso, el resto es una mierda.

El HOMBRE arroja el libro sobre la mesa. ANABELA toma el vaso, lo levanta y bebe todo el líquido. Deja el vaso sobre la mesa.

ANABELA.— ¡Es Flaubert!

HOMBRE.— ¿Puedo sentarme?

ANABELA.— De lo contrario no sería una cita.

HOMBRE.— Es una palabra horrible. Cita.

ANABELA.—(*Sonríe*). ¿Juntada?

HOMBRE.— Mi madre.

ANABELA.— ¡No!, no esta noche.

HOMBRE.— ¿Puedo sentarme?

HOMBRE DE PELO BLANCO.— No comprende los enunciados.

MUJER DE PELO BLANCO.— Cállese, los de afuera son de palo.

ANABELA.—(*Levanta una mano*). ¡Mozo!

Ingresa un MOZO, viste de saco y camisa blanca, moño y pantalón negros. Porta un anotador y un bolígrafo. El HOMBRE se sienta. El MOZO lo mira.

MOZO.— Tenemos más sillas, también le avisé a la señorita.

HOMBRE.— Sólo dos, no viene más nadie.

El MOZO lo mira. Mira al HOMBRE y a la MUJER DE PELO BLANCO. Mira al HOMBRE. Se encoge de hombros.

MOZO.— ¿Le sirvo lo mismo?

HOMBRE.— ¿Jugo de manzana?

ANABELA.—(*Sonríe*). Hennessy.

MUJER DE PELO BLANCO.— Mi hijo no bebe alcohol.

MOZO.— (*Mira a la MUJER DE PELO BLANCO*). ¿Usted?

MUJER DE PELO BLANCO.— Nada.

MOZO.— No puede.

HOMBRE.— Disculpe, ¿con quién habla?!

MOZO.— (*Mira al HOMBRE y a la MUJER DE PELO BLANCO*). Ah, ahora comprendo... es un juego.

ANABELA.— Una cita

HOMBRE.— Un encuentro.

MOZO.— (*Mira al HOMBRE*). Bien, son dos que no beben. ¿El señor?

HOMBRE.— Lo mismo.

ANABELA.—(*Levanta el vaso vacío*). Otro, por favor.

El MOZO anota. Retira el vaso vacío y sale.

MUJER DE PELO BLANCO.— Mi marido murió de cirrosis.

HOMBRE DE PELO BLANCO.— Habrán sido más de dos vasos.

ANABELA.— Flaubert es bueno, muy bueno.

HOMBRE.— En este no brilla.

ANABELA.— Es el faro de su creación.

HOMBRE.— No me gustó la temática.

ANABELA.— Tal vez te moleste la liberación femenina.

HOMBRE.— Emma es trola.

Ingresa el MOZO. Porta una bandeja con dos vasos que contienen líquidos marrones. Le sirve a cada uno. El HOMBRE DE PELO BLANCO se dirige al MOZO.

HOMBRE DE PELO BLANCO.— Me quedé pensando, ¿usted nos ve?

MOZO.— (*Se ríe*). Bueno, cincuenta y cinco, todavía sin anteojos, increíble ¿no?

HOMBRE.— Disculpe, ¿con quién habla?

MOZO.— (*Mira al HOMBRE DE PELO BLANCO. Se ríe*). Cierto, ¡qué tonto! No lo veo y a la señora tampoco la veo. (*Sale*).

ANABELA.— (*Bebe de un solo sorbo todo el contenido del vaso. Lo apoya sobre la mesa y mira al HOMBRE*). Me dijiste que comprendías a los clásicos.

HOMBRE.— En este te voy a mentir.

HOMBRE DE PELO BLANCO.— La mentira general comienza con acciones mínimas.

MUJER DE PELO BLANCO.— Mi marido no era lector, pero era muy bueno con las manos.

HOMBRE DE PELO BLANCO.— ¿Tanto que las marcaba en su rostro?

MUJER DE PELO BLANCO.— Son calumnias.

HOMBRE DE PELO BLANCO.— Mi hija me lo contó.

MUJER DE PELO BLANCO.— No debe haber salido de la boca de mi hijo.

HOMBRE.— Mi madre sufrió siempre, no sólo por los golpes de mi padre, como te conté, también por las infidelidades.

ANABELA.— No sabía lo de las infidelidades.

HOMBRE.— Por eso me jode Emma.

ANABELA.— (*Levanta al libro y lo abraza contra su pecho*). Ella necesitaba el oxígeno.

HOMBRE.— Mi padre era una mierda.

ANABELA.— Es fácil juzgar, lo difícil es comprender.

MUJER DE PELO BLANCO.— Esta no es para mi hijo.

HOMBRE DE PELO BLANCO.— Esta, esa, aquella, son instrumentos que borran la identidad.

ANABELA.— Emma tiene la necesidad de ser amada, construye su propia identidad.

HOMBRE.— Negativa.

ANABELA.— Pero propia.

MUJER DE PELO BLANCO.— Muy rebelde. Es por las porquerías que lee.

HOMBRE DE PELO BLANCO.— La biblioteca es de la madre.

MUJER DE PELO BLANCO.— ¿Y usted se lo permitía?

HOMBRE DE PELO BLANCO.— Le ayudaba a catalogar. Mis manos sólo estuvieron para sus necesidades.

HOMBRE.— A mí no me gustaría compartirte.

ANABELA.— Entonces no me descuidés.

El HOMBRE se ríe.

ANABELA.— ¿Cómo lo debo tomar?

HOMBRE.— No es por vos, se me vienen las palabras de mi madre, siempre me decía lo difícil que es interpretarlas.

ANABELA.— ¿Vamos a hablar de ella?

HOMBRE.— Es que en estos días ha estado muy presente; no sé, la siento.

La MUJER DE PELO BLANCO llora.

ANABELA.— Yo no tengo buenos recuerdos de mi madre.

MUJER DE PELO BLANCO.— Se nota.

HOMBRE DE PELO BLANCO.— Cállese, los de afuera son de palo.

HOMBRE.— Ahora que lo mencionás, nunca me hablaste de ella.

ANABELA.— Me cuesta.

MUJER DE PELO BLANCO.— Cuénteme.

HOMBRE DE PELO BLANCO.— ¿Por qué?

MUJER DE PELO BLANCO.— Porque tal vez... (*Se persigna*) lleguemos a ser familia.

HOMBRE DE PELO BLANCO.— Respeto los recuerdos de mi hija. Yo la amé, pero fue una madre bastante dura en la crianza... y poco demostrativa.

ANABELA.— Lo contrario a mi padre, no demostraba lo que sentía; quizás ahora la comprendo, también me cuesta expresarme desde lo sentimental.

HOMBRE.— Reprimida como Emma.

ANABELA.— Desafortunada, pero linda comparación.

HOMBRE.— No te estoy atacando.

ANABELA.— Emma significa mucho para mí, todos juzgan sus deseos, pero nadie comprende su necesidad como mujer.

HOMBRE.— Sus necesidades son de ninfómana.

ANABELA.— ¡¡¡BASTA!!!

ANABELA llora. Ingresá el MOZO. Se para en frente de la mesa. Mira a todos.

MOZO.— ¿Les traigo algo más?

HOMBRE.— No, gracias.

ANABELA.—La cuenta, por favor.

HOMBRE.— Todavía no, espere.

ANABELA.—La cuenta, por favor.

HOMBRE DE PELO BLANCO.— No puedo permitir que la haga sufrir.

MUJER DE PELO BLANCO.— Lo está provocando.

HOMBRE DE PELO BLANCO.— A las mujeres se las respeta.

MUJER DE PELO BLANCO.— No a todas.

MOZO.— Con ustedes no debo hablar, pero el señor tiene razón.

HOMBRE.— Disculpe, ¿con quién habla?

ANABELA.—Usted, ¿qué opina de Emma Bovary?

HOMBRE.— *(Se ríe)*. ¡Por favor!

MOZO.— Una incomprendida, una paloma con espíritu de águila; necesitaba tener un vuelo alto para vivir sus propias emociones, pero Carlos le coartaba el ímpetu o peor aún, la condición de libre y la necesidad imperiosa de ser amada.

ANABELA llora. ANABELA se ríe. El HOMBRE mira al MOZO. El MOZO mira a todos. El HOMBRE DE PELO BLANCO aplaude.

MUJER DE PELO BLANCO.— Esta sociedad está perdida.

ANABELA.— ¡¿Qué más?!

MOZO.— Madame Bovary es el grito desesperado de muchas mujeres que se sienten desvalorizadas o peor aún, meros trofeos de una sociedad patriarcal.

ANABELA se para y aplaude. Se sienta y bebe todo el contenido del vaso del HOMBRE.

HOMBRE DE PELO BLANCO.— ¡Estamos salvados!

HOMBRE.— ¿Desde qué lugar puede opinar?

MOZO.— Usted es uno más de los que piensan que mi profesión no me acredita para opinar de ciertos temas.

HOMBRE.— Usted no debería opinar porque... porque... no le corresponde.

ANABELA.—¿Y vos? ¿Quién sos vos?

HOMBRE.— Soy... soy... tu cita.

ANABELA.—¡¿No era una palabra horrible?!, te contradecís.

HOMBRE.— Jugás... Jugás con mi cabeza... Con todo. No te comprendo.

ANABELA.— No te puedo ayudar en eso, comprender es parte de conocer las necesidades del otro.

HOMBRE.— Tus necesidades son extrañas.

ANABELA.— Porque las mirás desde un lugar muy egocéntrico.

HOMBRE.— ¿Podés parar y entenderme?

MUJER DE PELO BLANCO.— No puede parar, es su naturaleza combativa.

HOMBRE DE PELO BLANCO.— Es su naturaleza defensiva.

ANABELA.— Parar no es mi naturaleza.

HOMBRE.— Pierdo el foco de lo natural.

MOZO.— (*Señala el libro*). Ese es un gran manual.

ANABELA *aplaude*.

HOMBRE.— Ustedes se conocen, sí, se conocen. Planearon todo esto para probarme.

MUJER DE PELO BLANCO.— Para mí es uno de los tantos amantes.

HOMBRE DE PELO BLANCO.— Mujer, no hable por hablar, ¿Qué sabe usted de mi hija?

MOZO.— Disculpen, pero no sé a qué juegan. Lo que sí sé es que mi madre me enseñó a respetar a las mujeres; comprender la necesidad de ser escuchadas. Una paráfrasis de Lacan, “a las mujeres se las ama por la oreja”.

MUJER DE PELO BLANCO.— (*Se cubre los oídos*) ¡Ay!, pero ¡¿Qué cosas dice?!

HOMBRE.— No sólo es crítico de literatura, también es psicólogo.

ANABELA.— (*Se para y aplaude. Se sienta y bebe del vaso vacío de ella. Bebe del vaso vacío del HOMBRE*). Es mucho más que eso, es un hombre.

El HOMBRE DE PELO BLANCO aplaude. El HOMBRE se para y mira al MOZO.

HOMBRE.— Por favor, la cuenta.

MUJER DE PELO BLANCO.— Nos vamos, no lo podemos permitir.

HOMBRE DE PELO BLANCO.— Nosotros nos tendríamos que haber ido primero.

ANABELA.— Huir es de cobardes.

HOMBRE.— También te quisiste ir antes.

ANABELA.— Me sentí incomprendida.

HOMBRE.— ¡Yo me siento brutal!, una mujer a la cual estoy conociendo pretende decirme que tal vez, en un futuro no muy lejano, quiera o necesite tener uno a varios amantes para sentirse libre; luego, aparece un sujeto que es el mozo y la deja anonadada con su libre interpretación del costado femenino. Me voy.

MOZO.— Disculpen, pero esta no es mi trinchera. Ya les traigo la cuenta.

El MOZO se retira. ANABELA llora. El HOMBRE se sienta.

MUJER DE PELO BLANCO.— No, hijo. Tenemos que irnos.

HOMBRE DE PELO BLANCO.— También quisiera que se fueran.

HOMBRE.— Mi intención no fue lastimarte, pero prefiero el punto final en un párrafo corto. (*Levanta el libro y se lo entrega*).

ANABELA.— Fue un regalo.

El HOMBRE le entrega el libro. Extrae del bolsillo trasero del pantalón una billetera. Busca en la billetera. Extrae dinero de la billetera. Coloca el dinero arriba de la mesa. Se pone de pie y sale. Entra el MOZO. Lleva un papel. Deposita el papel arriba de la mesa. ANABELA llora. El MOZO mira al HOMBRE DE PELO BLANCO. El HOMBRE DE PELO BLANCO lo mira. El MOZO se encoge de hombros.

MOZO.— Difícil el juego.

HOMBRE DE PELO BLANCO.— No era para mi hija.

ANABELA.— Difícil son las relaciones.

MOZO.— Pero este juego, ¿lo planearon ustedes con sus padres?, pregunto, ¿sirve para saber de uno y del otro?

ANABELA.— ¡¿Mis padres?!, no, ellos fallecieron hace mucho, bueno, mi mamá antes que papá.

El MOZO se ríe. Mira a ANABELA y mira al HOMBRE de pelo blanco.

MOZO.— ¡¿Usted quién es?!

HOMBRE DE PELO BLANCO.— Su padre.

ANABELA.— ¿Con quién habla?

MOZO.— Bien, o sea que el juego continúa. Lo sigo. (*Mira al HOMBRE DE PELO BLANCO*). A usted no lo veo, señor, solo veo a su hermosa hija.

El MOZO y la MUJER ríen.

ANABELA.— Me hacía falta reír un poco.

MOZO.— Créame, la hace más preciosa.

HOMBRE DE PELO BLANCO.— Bueno, bueno, tampoco se aproveche.

MOZO.— Le puedo decir que su padre está muy feliz de verla sonreír.

El HOMBRE DE PELO BLANCO sonríe.

ANABELA.— Es difícil encontrar un hombre que observe el costado paterno de una mujer.

ANABELA.— (*Le entrega el dinero que hay arriba de la mesa*). Por favor, cóbrese.

MOZO.— *(Levanta el dinero. Cuenta y le regresa unos billetes)*. Hagamos una cosa, le cobro sólo lo que consumió el caballero. El resto es una invitación.

ANABELA.— *(Levanta el libro y lo sostiene contra su pecho)*. Una vez más le agradezco tanto a Flaubert.

Apagón.

ESCENA DOS

Espacio en penumbras. Hay una mesa con dos sillas. Sobre una de las sillas está sentado un HOMBRE que carga sobre su espalda a una MUJER DE PELO BLANCO. Al costado de la silla cuelga un morral. Ingres a el MOZO. Se para en frente de la mesa. Mira al HOMBRE y mira a ANABELA.

HOMBRE.— Un coñac, por favor.

MOZO.— *(Mira a ANABELA y mira al HOMBRE)*. Han pasado unos años.

HOMBRE.— ¡¿Cómo dice?!

MOZO.— Digo, no los volví a ver.

HOMBRE.— Es que justamente me encargué de que no sucediera. No regresé más por esta zona después de lo... bueno ya sabe.

MOZO.— Y ahora, ¿por qué volvió?

HOMBRE.— Recuerdos.

MUJER DE PELO BLANCO.— Está muy estúpido.

El MOZO se ríe.

HOMBRE.— ¿Le divierten los recuerdos?

MOZO.— No, me divierte lo que puedo escuchar.

HOMBRE.— *(Se ríe)*. Usted tiene un don, sí, créame, lo tiene. Tal vez y pido disculpas, lo he menospreciado en aquel momento tan triste.

MUJER DE PELO BLANCO.— El momento más feliz cuando nos liberamos de esa loca.

MOZO.— Bueno, un poco, pero es heroico el gesto, lo perdono. Ahora no comprendo el punto.

HOMBRE.— Usted mira y observa los lugares que otros no ven.

MOZO.— Sigo sin entender.

HOMBRE.— Tiene el don de percibir lo extra cotidiano.

MOZO.— Tampoco sabía que podía, lo he descubierto con ustedes... digo, perdón por el suceso pasado.

HOMBRE.— No se lamente, es muy posible que usted haya sido el artífice de mi felicidad.

MOZO.— Ahora sí que estoy perdido.

HOMBRE.— Gracias a usted pude encontrarme desde otro lugar que no lograba visualizar o quizá no me lo permitía.

MUJER DE PELO BLANCO.— ¡Dios, qué asco!

MOZO.— Si me tira una brújula, a lo mejor, también, pueda participar.

HOMBRE.— Ingresé a este lugar con el convencimiento de que aquella mujer era mi mejor opción para consolidar un camino, pero terminé dándome cuenta de que había otras aristas y eso se lo debo a usted.

MOZO.— (*Mira fijamente al centro de la mesa. Mueve la cabeza de un lado a otro*). Ah, ¿sí?

HOMBRE.— Totalmente, no le voy a negar que los próximos días fueron de lo peor que recuerdo. Sin comer, sin poder, ni siquiera, lograr levantarme de la cama.

MOZO.— ¡¿Tanto?!

MUJER DE PELO BLANCO.— Estaba hecho un verdadero idiota.

HOMBRE.— Terrible.

MOZO.— ¿Lo superó?

HOMBRE.— Psicología, terapias alternativas, intentos deportivos, y muchas propuestas más, pero volvía a la destrucción una y mil veces.

MUJER DE PELO BLANCO.— ¡Qué manera de gastar plata al pedo!

HOMBRE.— Un día, tirado en el sillón desvío la vista y veo en la pequeña biblioteca una revelación. El libro.

MOZO.— ¡¿Un libro?!

HOMBRE.— (*Extrae del morral un libro*). El genial Flaubert y su *Madame Bovary*.

MOZO.— Pero usted lo detestaba.

HOMBRE.— Creo que no lo comprendía.

MOZO.— ¿Finalmente?

HOMBRE.— Usted sabe cómo lo leí, con medias de red y zapatos con tacos.

MOZO.— ¡Caramba!

MUJER DE PELO BLANCO.— Casi que me vuelvo a morir.

HOMBRE.— Entonces, entendí la esencia.

MOZO.— ¿De quién?

HOMBRE.— De ella.

MOZO.— ¿Ella?

HOMBRE.— ¡Sí!

MOZO.— ¿*Madame Bovary*?

HOMBRE.— Y la otra.

MUJER DE PELO BLANCO.— La loca.

HOMBRE.— Perdón, ¿me podría traer el pedido?

MOZO.— Sí, claro.

El MOZO sale. El HOMBRE extrae del morral una peluca rubia, un espejo y varias pinturas. Pone el morral arriba de la mesa y apoya el espejo. Se coloca la peluca. Se pinta. Extrae unas coloridas pulseras y se las coloca. Ingresa el MOZO con una bandeja y un vaso que contiene un líquido marrón. Se para en frente de la mesa. Mira al HOMBRE y mira a ANABELA.

MUJER DE PELO BLANCO.— ¡Ninguna madre quiere esto!

MOZO.— ¡Caramba! (*Coloca el vaso arriba de la mesa*).

HOMBRE.— ¿Le sorprende?

MOZO.— No, para nada, cada uno es cada uno.

HOMBRE.— (*Se ríe*). No pasa por ahí; usted lo debería saber. Esta es la esencia, la revelación, todo está dentro de este magnífico manual. Usted me lo enseñó; al principio lo odié, luego comencé a comprobar lo errado que estaba y de repente, ¡Eureka!

MUJER DE PELO BLANCO.— No es Arquímedes, es un pelotudo.

MOZO.— Cuando habla de ella... se refiere a esa ella que tiene ahí dentro.

HOMBRE.— No, cuando digo ella, es Anabela.

La bandeja que porta el MOZO se le cae al piso. La MUJER DE PELO BLANCO grita.

MOZO.— ¡¿Cómo dice?!

HOMBRE.— Que gracias a esta maravillosa historia he podido recuperar a Anabela, pero no con un título, sería algo como... bueno, sí, amantes. La encontré en el momento justo. Me dice que el tipo con el que está es un perdedor y que la asfixia con sus innumerables escenas del tan trillado amor. ¿Se da cuenta?, todo gracias a Flaubert.

Apagón.

ESCENA TRES

Espacio en penumbras. Hay una mesa con dos sillas. Sobre una de las sillas está sentada ANABELA. Carga sobre su espalda a un HOMBRE DE PELO BLANCO. Al costado de la silla cuelga una cartera. Ingresa el MOZO. Se para en frente de la mesa. Mira al HOMBRE de pelo blanco.

MOZO.— ¡Otra vez usted!

ANABELA.— ¿Con quién hablás?!

MOZO.— Con nadie, cosas mías.

HOMBRE DE PELO BLANCO.— Volví porque está mal.

ANABELA.— Voy a pedir lo mismo de siempre.

El MOZO se retira. Regresa y la mira. Se retira. ANABELA extrae de la cartera un libro y un celular. Deja el libro arriba de la mesa. Mueve los dedos sobre el celular. Se ríe. Deja el celular arriba de la mesa. Se escucha el sonido de aviso de mensaje. Levanta el celular y lo mira. Se ríe. El HOMBRE DE PELO BLANCO mueve la cabeza. Mira el celular y se toma la cabeza con ambas manos. Ingresa el MOZO. Porta una bandeja. Arriba de la bandeja hay un vaso que contiene un líquido marrón. Al lado del vaso hay una flor roja. Se para en frente de la mesa. Mira a ANABELA. Deja el vaso sobre la mesa. Levanta la flor y la coloca sobre la mesa. ANABELA mueve los dedos sobre el celular. Se ríe.

MOZO.— ¿Algo más?

ANABELA mueve los dedos sobre el celular. Se ríe. El MOZO señala la flor.

MOZO.— Una pequeña atención de la casa, bueno... mía.

ANABELA.— *(Deja el celular sobre la mesa).* ¿Perdón?

MOZO.— La flor, una atención mía.

ANABELA.— Gracias, linda.

MOZO.— ¿Algo más?

ANABELA.— Gracias.

El MOZO se retira.

HOMBRE DE PELO BLANCO.— Oiga, ¿a dónde va?! Dígale algo.

MOZO.— *(Regresa).* ¿Algo más?

HOMBRE DE PELO BLANCO.— Eso ya lo preguntó. Algo que le importe.

MOZO.— ¿Noche de cine?

ANABELA.— Esta noche no puedo.

MOZO.— ¿Día de parque?

ANABELA.— Me dijiste que trabajabas.

MOZO.— Puedo pedir el día.

ANABELA.— Tranquilo, mañana estoy ocupada.

MOZO.— ¿Pasado?

Se escucha el sonido de aviso de mensaje. Levanta el celular y lo mira. Se ríe. El MOZO observa el celular y mira a ANABELA.

MOZO.— ¿Pasado?

ANABELA.— ¿Qué cosa?

MOZO.— Sí pasado mañana... tal vez.

ANABELA.— Difícil.

MOZO.— ¿El día?

ANABELA.— Saber. (*Pausa*). Muy futuro.

El MOZO se retira.

HOMBRE DE PELO BLANCO.— ¿A dónde va?, usted es un guerrero, regrese e insista.

MOZO.— (*regresa y se para en frente de la mesa. Mira al HOMBRE DE PELO BLANCO y a ANABELA*). ¿Con quién hablás?

HOMBRE DE PELO BLANCO.— ¡No!, la jodió.

ANABELA.— ¡¿Perdón?!

MOZO.— Me pareció que dialogabas con alguien.

ANABELA.— Nunca pensé que tenía que darte explicaciones.

MOZO.— Bueno, es un buen momento para comenzar a hacerlo.

HOMBRE DE PELO BLANCO.— Salga de ahí, hombre, salga urgente.

ANABELA.— Me estás sorprendiendo, para mal.

MOZO.— Eso espero, porque veo que te sorprendés en otros lugares.

ANABELA.— Si hablaras más directo sería muy fácil comprenderte.

MOZO.— Hablé con tu amante, Anabela.

ANABELA.— ¿Y de que hablaron?

El MOZO golpea la mesa con la bandeja.

HOMBRE DE PELO BLANCO.— Tranquilo, no es por ahí.

MOZO.— ¡No lo negás!

ANABELA.— Lo das por hecho, estás convencido, imposible negarlo.

MOZO.— Entonces es verdad.

ANABELA.— Sí, porque es tu verdad, está internalizada. Puedo dar mil razones, pero jamás me creerías.

MOZO.— Estás esquivando el asunto.

HOMBRE DE PELO BLANCO.— Retroceda, comience de nuevo.

ANABELA.— Jamás esquivé ningún asunto, siempre fui de frente.

MOZO.— ¿Por qué no me dijiste que él volvió?

ANABELA.— Porque pensé que te habrías dado cuenta.

MOZO.— Mil obsequios, centenares de cartas de amor, infinitas situaciones románticas. ¿Qué más?!

HOMBRE DE PELO BLANCO.— Nunca pregunte ¿qué más?, nunca es suficiente. Sedúzcala. Tire toda la carne al asador, hombre.

ANABELA.— Todo mecánico, así como lo nombraste; previsible, monótono.

El MOZO cierra su puño y se lo lleva a la altura de la boca. Se escucha la música de Deseos de cosas imposibles de La Oreja de Van Gogh. El MOZO canta. El HOMBRE DE PELO BLANCO llora y aplaude.

ANABELA.— Mmm.

HOMBRE DE PELO BLANCO.— Son insaciables.

MOZO.— No te lo esperabas. Asesiné la previsibilidad.

ANABELA.— Sí, un verdadero asesino.

MOZO.— ¿Ironía?

ANABELA.— Una dosis más fuerte.

MOZO.— Entonces me doy por..

HOMBRE DE PELO BLANCO.— ¡Jamás se le ocurra abandonar esa trinchera!

MOZO.— *(Se arrodilla)* Usted es mi alma como una madona en un pedestal, ocupa un lugar elevado, sólido e inmaculado. ¡Pero la necesito para vivir, necesito sus ojos, su voz, su pensamiento! ¡Sea mi amiga, mi hermana, mi ángel!

MOZO.— *(Se coloca de pie)*. Así, ¿te sirve?

ANABELA.— Luego de esa declamación a Emma se la garcharon.

El HOMBRE de pelo blanco se cubre los oídos. El MOZO levanta el libro de arriba de la mesa y lo sostiene en frente del rostro de ANABELA.

MOZO.— Lo entendí a la perfección; logré captar a Emma.

ANABELA.— Captar no es comprender. Ahí está el error masculino.

ANABELA levanta el vaso y bebe un sorbo.

MOZO.— El error femenino son los silencios, esa eterna idea de que tenemos que descubrir lo inexplicable.

ANABELA.— Otro error, mi querido, en ese silencio se encuentra la llave de la magia, lo que toda mujer espera. Que a ese maldito silencio lo llenen de ruido.

MOZO.— Los ruidos son peligrosos. Emma se suicidó.

El HOMBRE DE PELO BLANCO se persigna tres veces.

ANABELA.— A Emma la agotó una existencia vacía.

MOZO.— La existencia le demandaba lujos y actitudes de reina.

ANABELA.— Fueron las leyes de su propio mundo.

MOZO.— Le quedaba grande ese mundo de sueños.

ANABELA.— Jamás una voz masculina habló de las necesidades, siempre descalificaron las actitudes.

MOZO.— Se cagó en el amor, Anabela. Emma se jodió en cada uno de los hombres que intentaron hacerla feliz.

HOMBRE DE PELO BLANCO.— No joda más con Emma, hable de otra.

ANABELA.— Cada hombre tendría que evitar hablar de Emma, cuando no se comprende algo no se opina.

HOMBRE DE PELO BLANCO.— Se lo dije.

MOZO.— Necesito comprender este amor.

ANABELA.— El amor es como el arte: bello a primera vista, único para cada uno y caro para para muchos.

MOZO.— El amor es una cama con las colchas cortas.

ANABELA.— *(Se pone de pie. Levanta la cartera, el libro y el celular).* Entonces habrá que acurrucarse en el medio de la cama.

ANABELA sale. El MOZO la mira. Observa arriba de la mesa. Corre la silla y se sienta. Busca dentro del saco y extrae una peluca rubia. Se la coloca. Levanta la bandeja y se mira en ella. Busca dentro del saco y extrae una pintura de labios color roja. Se pinta. Se mira en la bandeja. Toma la flor y la deshoja. Busca dentro del saco y extrae un libro pequeño. Lo mira. Lo arroja sobre la mesa. Se toma la cabeza con ambas manos.

MOZO.— Flaubert y la puta madre que te parió.

Se escucha un llanto. Se escucha el tema musical Me voy de Julieta Venegas. Apagón.

FIN.

PUEBLO CHICO

MARÍA SOLEDAD ALLENDE

María Soledad Allende es una artista que articula la imagen y la palabra en todas sus creaciones. Se formó en ilustración y figura humana con Leonardo Gauna, en fotografía con Nicolás Mañez, y con Celeste Dieguez en sus talleres de escritura. Desde el año 2023 se volcó de manera sistemática e ininterrumpida a la dramaturgia, con el acompañamiento personalizado y la enseñanza de Cecilia Propato, en el Centro Cultural Rojas. En el año 2020 publicó su primer libro de poesía e ilustración *El amor y otros desnudos*. En el año 2023 su obra “El hecho maldito de la moral burguesa” fue seleccionada por el Instituto cultural de la provincia de Buenos Aires para formar parte de la publicación *Evita ilustrada por bonaerenses*. Actualmente se encuentra abocada al estreno de su primera ópera prima con un elenco formado por integrantes de “El Medio Aljibe” de la misma ciudad. Además, Soledad es Profesora en Historia, recibida en la FaHCE UNLP.

Personajes:

RAÚL
JESSICA
ROBERTO
ARÍSTIDES
HÉCTOR

En una habitación con techos altos y piso de tierra apisonada hay un ventanal abierto de par en par. A través del ventanal se ven un sembradío y un molino. Hay olor a bosta de vaca. Se escuchan pájaros. Un haz de luz anaranjado entra por la ventana

En el centro de la habitación hay una mesa de algarrobo y dos sillas. Sobre la mesa hay un cenicero repleto de colillas, dos vasos, un sifón de metal, un frasco de vidrio que contiene nueces y varios frascos de vidrio que contienen semillas de distintos tipos. Debajo de la mesa hay un cajón de botellas.

Hay cajones de madera apilados en columnas contra una de las paredes de la habitación. Se ven uvas en la superficie de los cajones. Una escoba se encuentra apoyada en la pared.

Un hombre canoso está parado junto a una de las sillas. Está vestido con bombacha de campo, camisa celeste y boina roja, se acomoda la camisa adentro del pantalón y eructa. JESSICA está sentada en la otra silla. Tiene el cabello platinado, zapatos de taco, una cartera plateada y un vestido ceñido al cuerpo. Se acomoda el escote. Se escucha el canto de los benteveos. JESSICA levanta una de sus piernas sobre la mesa y saca una pinza de depilar de su cartera. Se depila los nudillos de los pies con la pinza. El hombre se agacha bajo la mesa y busca una botella. Se incorpora, abre la botella y sirve un poco del líquido en cada vaso, agrega soda a cada vaso con el sifón y le alcanza uno de los vasos a la mujer. La mujer sonríe, toma el vaso, lo bebe de un solo sorbo, golpea el vaso contra la mesa. Toma unas nueces del frasco y las abre con las manos. Le ofrece las nueces peladas al hombre.

RAÚL.— ¿Para qué volviste, me querés decir?

JESSICA.— Volví por lo que es mío Raúl. Porque me cansé de renunciar a todo.

RAÚL.— ¿Cómo te da la caripela para decir una cosa así, si vos hiciste siempre lo que quisiste, hasta el nombre que te puso tu santa madre te cambiaste.

JESSICA.— Las cosas cambiaron hermano, lo siento mucho por vos si no te da el mate para entender.

RAÚL.— Te olvidás las cosas que tuvimos que pasar por tu culpa, por tu capricho de andar paseándote por la plaza con el pantalón adentro del ojete.

JESSICA.— Todavía no aprendiste a preparar un trago Raúl.

RAÚL.— Yo me quedé hasta el final cuidando los viejos, mientras vos te ibas a chupar pija de gringo.

JESSICA.— Las cosas no fueron fáciles para mí tampoco.

RAÚL.— Yo me hice cargo de todo esto, de sol a sol, mientras vos andabas de joda por ahí, haciéndote la vedette.

JESSICA.— Me fui porque no quería perjudicarlos.

RAÚL.— Lo hubieras pensado antes de que se llevaran a la vieja, pobre vieja las cosas que le hicieron por tu culpa.

JESSICA.— ¿Eso también es culpa mía?

RAÚL.— Gran cosa te crees que sos. Siempre fuiste igual, egoísta.

JESSICA.— Contestame.

RAÚL.— Y tu hermano más chiquito, que no volvió más, ese sí que era bien hombrecito, trabajador.

JESSICA.— *(Se levanta de la silla)*. Contala como quieras hermano, si necesitás culparme a mí para hacerte el boludo no hay problema. En el fondo me das lástima, sos un cagón, siempre fuiste un cagón, por eso seguís acá.

RAÚL.— Lo que es de corajudo es rajarse a la primera de cambio

JESSICA.— Yo no me voy a quedar mucho tiempo acá, así que tratá de que esto no sea un martirio para los dos, porque no tenemos alternativas.

RAÚL.— La alternativa es que dejemos todo como está.

JESSICA.— Al pedo te hablo. Pero da igual, ya vas a entender solito.

Amanece. En la mesa hay una máquina estrujadora de uvas. JESSICA tiene el cabello recogido en una cola de caballo. Está vestida con jeans, remera y zapatillas. Toma uno de los cajones que se encuentran al lado de la ventana y selecciona las uvas que se encuentran en el interior. Coloca las uvas dentro de la máquina. Ingresará RAÚL a la habitación.

JESSICA.— Todavía me acuerdo cómo se hacen estas cosas. ¿Te acordás cómo nos divertíamos haciendo esto? El jugo de papá era el más rico del mundo, nunca volví a probar un jugo así.

RAÚL.— Si te seguís vistiendo así no te van a respetar nunca.

JESSICA.— Tendrán que respetarme así como soy.

RAÚL.— Y dejá de hacerte la loca con los peones, que te van a tomar para la chacota.

JESSICA.— No tengo la culpa de ser hermosa.

RAÚL.— Estás jugando con fuego Juan Carlos.

JESSICA.— Me vas a tener que llamar por el nombre que figura en mi DNI Raúl. Yo lamento que te hayas quedado en el tiempo.

RAÚL.— Yo tu DNI me lo paso por el orto, igual que vos te pasaste por el orto a toda tu familia cuando nos dejaste acá con todo el trabajo que había que hacer. Si tenés el descaro de cambiarte el nombre que te puso tu santa madre podrías por lo menos haberte quedado allá, no volver más. Tu hermano menor hace falta acá, no vos.

JESSICA toma el cajón de uvas y lo vacía en el piso. Sale de la habitación.

El hombre recoge las uvas. Sale de la habitación.

Suenan campanas. Jessica entra a la habitación con unas bolsas. Lleva puesto un vestido floreado. La mesa está vacía. Extiende sobre la mesa un mantel de color claro. Canta un bolero. Sale de la habitación y vuelve con unos platos con comida. Los pone sobre la mesa.

Hay olor a guiso. RAÚL se asoma por la ventana.

JESSICA.— Raúl, vamos a comer.

RAÚL.— ¿Qué hacés con el vestido de mamá?

JESSICA.— Yo también tengo derecho a las cosas de mamá.

RAÚL.— Se debe estar revolcando en la tumba, no tenés respeto ni por los muertos

JESSICA.— La que se debe estar revolcando es la novia que te robó Roberto, esa sí que no pierde el tiempo.

RAÚL.— *(Se retira de la ventana. Entra a la habitación).* ¿Hasta cuándo va a durar esto?

JESSICA.— Hasta que te decidas a sentarte y a arreglar las cosas como dos adultos.

RAÚL y JESSICA se sientan en las sillas, comen. Se escuchan golpes de mano.

JESSICA se levanta de la silla y camina hacia la puerta.

RAÚL la toma de un brazo y la detiene.

RAÚL.— No atiendas.

JESSICA.— ¿Por qué?

RAÚL.— Es tu amigo el comisario.

JESSICA.— ¿Y por qué no lo querés atender? Ya está Raúl, superalo, tenés que soltar.

RAÚL.— Lo que quiere que soltemos es la tierra, Juan Carlos. Tanta hormona te arruinó el cerebro.

JESSICA.— Te voy a empezar a decir Teresita si me seguís diciendo Juan Carlos.

RAÚL.— Mirá si no serás pelotudo, ¿eh?

JESSICA.— Teresita como la de Calcuta, vos que sos una santita, te va a quedar bien ese nombre.

RAÚL.— Yo te tengo que cagar a trompadas a vos.

Ingresa un hombre uniformado de policía bonaerense.

JESSICA se da vuelta bruscamente a mirarlo.

ROBERTO.— ¡Buenas, buenas! Buen provecho.

JESSICA.— ¿Pero qué hacés acá vos? ¿Cómo entrás así sin esperar que te abran la puerta?

ROBERTO.— Qué linda que estás Jessi, a vos los años no te pasan. Te hizo bien el primer mundo.

JESSICA.— Vos en cambio estás hecho percha. ¿Cómo sabías que estoy acá?

ROBERTO.— Pueblo chico infierno grande.

JESSICA.— ¿Cómo te mandás así como si fuera tu casa?

ROBERTO.— El hombre es un animal de costumbre.

JESSICA.— Estamos comiendo Roberto.

ROBERTO.— Buen provecho. (*Pausa*). Los peones me dejaron pasar Jessi, acá me conocen todos, necesito hablar con vos.

JESSICA.— Vos no tenés derecho a entrar así.

ROBERTO.— Yo puedo hacer lo que quiera Jessica. Todas estas estrellitas que tengo acá me lo permiten.

JESSICA.— Lo que habrás hecho vos para pagar eso.

ROBERTO.— Con estos dos huevos me las gané.

JESSICA.— Los huevos Roberto, están sobrevalorados.

ROBERTO.— Lo mismo que esas dos tetas de plástico que te pusiste. Te quedan bien.

JESSICA.— Me las gané con este culo, no le debo nada a nadie.

ROBERTO.— A mí me debés unas cuantas cosas. Te salvé el pellejo en el peor momento. Un favor con otro favor se paga.

JESSICA.— ¿Qué querés?

ROBERTO.— Te vengo a proponer un negocio que te va a cambiar la vida.

RAÚL.— Con permiso, me retiro, tengo cosas que hacer.

ROBERTO.— Hablando de huevos... Quedate Raúl, terminá de comer tranquilo. Yo la vine a ver a tu hermana, pero vamos a hablar después.

RAÚL.— Hasta luego, con permiso

ROBERTO.— Me voy yo te dije. Cuidate querido, si no querés que te cuide yo te vas a tener que cuidar solito. Después no quiero lamentos. Jessica, te espero en la fonda de la esquina a las ocho. Relajate un poquito linda. Hasta luego.

Pausa.

RAÚL.— Vos cada vez que te aparecés traés la desgracia a este hogar Juan Carlos.

JESSICA.— Yo no me llamo Juan Carlos, y me vine con lo puesto.

RAÚL.— Me voy a trabajar, alguien tiene que trabajar en esta casa, a vos eso nunca te gustó mucho, por eso te metés en problemas.

JESSICA.— Vos le decís trabajar a ir a mandonear a esos dos boludos que te siguen a todas partes.

RAÚL.— Héctor y Arístides son hombres de trabajo.

JESSICA.— Andá Raúl, andá a jugar al estanciero. Vas a tener que abrir los ojos en algún momento.

RAÚL se va, se escucha un portazo. JESSICA sale de la habitación. Vuelve a entrar, arrastra un baúl. Abre el baúl y comienza a sacar vestidos viejos, se los prueba. Se escucha alguna canción vieja de Madonna. JESSICA baila. Saca un atado de cigarros de su cartera, se apoya en la ventana para fumar. ROBERTO se asoma por la ventana. Es de noche.

ROBERTO.— Te estuve esperando Jessica. ¿Qué pasó?

JESSICA.— No quiero saber nada con vos, andate.

ROBERTO.— Vamos, no seas tan agresiva que no queda lindo, tomemos una copa, recordemos los viejos tiempos. Tengo un negocio para proponerte. Te va a encantar. No me decepciones Jessica.

JESSICA.— Andate Roberto, Raúl va a volver y se va a armar quilombo.

ROBERTO.— *(Toma del brazo a JESSICA)*. Mañana, a las 20, en la fonda, no te hagas la loca.

*ARÍSTIDES y HÉCTOR están sentados y toman mate.
Entra JESSICA con unas bolsas. Las deja en el piso.*

JESSICA.— ¿Qué hacen ustedes dos acá?

ARÍSTIDES.— Estamos esperándola a Usted o a Raúl, señora.

JESSICA.— Ustedes no pueden entrar así nomas.

HÉCTOR.— Pasa que estamos preocupados. Queremos saber que va a pasar.

JESSICA.— Váyanse. Pasen a retirar el dinero el lunes y váyanse.

RAÚL se asoma por la ventana y llama a los peones. Los dos hombres se levantan y se van.

JESSICA sigue parada en el mismo lugar con las bolsas a sus pies.

RAÚL entra a la habitación.

JESSICA.— ¿Vos permitís que estos tipos entren y salgan de la casa cuando quieran?

RAÚL.— Conocen esta casa mejor que vos.

JESSICA.— Vos estás loco.

Pausa.

JESSICA.— ¿Hablaste con ellos? ¿Qué les dijiste?

RAÚL.— ¿Qué te importa? Cosa de hombres.

JESSICA.— Me importa porque soy la dueña de la casa.

RAÚL.— Tarde te acordaste. Los lugares hay que ganárselos.

JESSICA.— Te van a sacar a patadas de acá Raúl.

RAÚL.— Algunas cosas no se dicen, se hacen.

JESSICA.— Cuando se venda la casa te van a sacar quieras o no.

RAÚL.— Anoche estuve con Roberto. Me contó todo.

JESSICA.— ¿Qué te dijo?

RAÚL.— Decime vos.

JESSICA.— No tengo nada para decirte.

RAÚL.— Nunca fuiste con la verdad.

JESSICA.— No tengo por qué darte explicaciones de nada. Ni a vos ni a nadie.

RAÚL.— Suerte.

Pausa.

JESSICA.— Pensaba hacer una torta, ir a visitar a la Berta. ¿Querés venir?

RAÚL.— ¿Para qué vas a ver a esa vieja bruja?

JESSICA.— Me quiere contar cosas de mamá, ella la quería. Dice que soñó y que quiere que hablemos urgente.

RAÚL.— Ustedes se entienden porque son de la misma calaña.

JESSICA.— A vos no hay nada que te venga bien.

JESSICA agarra las bolsas y se va. RAÚL toma una de las botellas que están debajo de la mesa. Sirve el contenido de la botella en uno de los vasos. Se sienta en la silla. Bebe.

RAÚL está sentado en la silla, sus brazos entrecruzados en la mesa, y su cabeza apoyada en los brazos. Sobre la mesa hay un sifón y un vaso volcado. Hay una mancha oscura en el mantel. Hay botellas tiradas a los pies de RAÚL. Hay olor a alcohol y a bosta. JESSICA se asoma al interior de la habitación desde la ventana. La planta en la ventana tiene las hojas secas.

JESSICA.— ¡Despertate Raúl, vinieron a ver la casa! Raúl... ¡Raúl!...

JESSICA *se retira de la ventana. Ingresa a la habitación y zamarrea el cuerpo de RAÚL. La cabeza del RAÚL cae hacia el respaldo de la silla, sus brazos caen a ambos lados en peso muerto, un arma cae al piso y se dispara. JESSICA grita horrorizada. RAÚL se despierta, se levanta de la silla y tambalea.*

JESSICA.— ¿Qué hiciste pelotudo?!

RAÚL.— No tuve el valor...

JESSICA.— ¡Cagón hijo de puta!

RAÚL.— No aguanto más...

RAÚL se cae al suelo, vomita. JESSICA corre hacia afuera.

JESSICA.— *(Desde afuera)* ¡No se vayan por favor, ha sido un accidente doméstico!

JESSICA vuelve a entrar, ayuda a RAÚL a incorporarse.

JESSICA.— Vamos... Te ayudo a bañarte pelotudo. Berta tiene razón, esto va a terminar mal.

RAÚL.— Yo no necesito que me ayude ningún degenerado de mierda.

JESSICA.— Vos acabás de cagar una gran oportunidad y ni siquiera te das cuenta.

RAÚL.— Dejame sólo.

JESSICA.— Si te dejo solo te morís, como un bebé.

RAÚL.— No aguanto más...

JESSICA.— Claro, para eso estoy yo, para aguantar. Vamos cooperá, vamos al baño.

JESSICA y RAÚL salen de la habitación.

JESSICA.— *(Desde afuera)* Sentate acá adentro y esperá que se llene la bañera. Suicidate cuando yo no esté por favor. Te quedás acá remojando un poco los huevos a ver si te alineás un poco. Ahora vengo, voy a limpiar y te traigo un café con cenizas.

JESSICA entra a la habitación con un balde y un secador. Mete las manos en el balde, saca un trapo de piso, lo escurre. Limpia el vómito de RAÚL.

RAÚL.— Perdoname hermano.

JESSICA.— *(Se detiene, se para con las dos manos sobre el palo del secador. Se seca las lágrimas).* Bueno pero portate bien, y no uses toda el agua que me tengo que bañar yo también.

JESSICA *termina de limpiar y sale de la habitación. Canta un bolero viejo.*

JESSICA *entra a la habitación.*

Tiene puesto un camisón amarillento y el cabello envuelto con una toalla.

Lleva un mate en una mano y una pava vieja llena de hollín en la otra.

Se sienta a tomar mate. Entra RAÚL.

RAÚL.— ¿Por qué esa costumbre de ponerte la ropa de mamá?

JESSICA.— ¡Uy, ya empezamos de vuelta! Creo que te prefiero en pedo y con ideaciones suicidas.

RAÚL.— Contestame.

JESSICA.— Por la misma costumbre que tenés vos de guardar todo.

RAÚL.— ¿A quién querés que le regale las cosas?

JESSICA.— A la parroquia Raúl, no sé. Tenemos que vaciar la casa. ¿Con qué te querés quedar?

RAÚL.— ¿No sé ni dónde voy a vivir y querés que piense lo que me voy a llevar?

JESSICA.— Tenés que hablar con los Martínez Peralta, capaz ellos te pueden dejar acá como sereno. No hay nadie que conozca mejor el lugar que vos.

RAÚL.— Van a tirar abajo todo como hicieron con la chacra de los Benítez.

JESSICA.— Los Benítez se compraron una casa en la ciudad y pusieron un almacén.

RAÚL.— Lindo les va a ir con el supermercado que tienen al lado.

JESSICA.— Bueno Raúl, cuando te ponés terco no hay nada que hacer.

RAÚL.— No me imagino la vida fuera de este lugar, lejos de mis cosas, mis animales. Vos no entendés porque estás en tu mundo de lentejuelas.

JESSICA.— Se te enfría el mate.

Los peones se asoman por la ventana.

ARÍSTIDES.— Manda a decir Don Roberto que Doña Jessica se vaya preparando para esta noche.

HÉCTOR.— Don Raúl le queríamos pedir un adelanto, ya no tenemos ni para el fiado, la libreta completa. Las cosas están muy caras patroncito.

RAÚL.— Voy a ver qué puedo hacer, ahora déjenos terminar de desayunar por favor, que estamos charlando cosas de familia.

Los peones se retiran.

RAÚL.— Te vas a arrepentir mucho.

JESSICA.— Yo no hice nada Raúl.

JESSICA *tiene un rodillo en la mano, hay un balde de pintura y un recipiente a su lado.*
Pinta la pared. Ingresa RAÚL.

RAÚL.— Es color de puto el rosa.

JESSICA.— ¡Uy, Raúl! Que pesado. Rosa casa de campo, no entendés nada. Me tenés cansada. Van a venir a ver la casa el viernes de vuelta. Vestite como la gente por favor y quedate callado.

RAÚL.— Justo vos mirá, me decís que me vista como la gente. ¿Qué me pongo? ¿Un vestido?

JESSICA.— Si no vas a ayudar tomatelas.

RAÚL.— Es mi casa.

JESSICA.— Es nuestra casa, y pronto vas a poder comprarte lo que quieras.

RAÚL.— No voy a firmar nada, vos sos un hijo de puta.

JESSICA.— La casa la vendemos o se la quedan por la fuerza.

RAÚL.— Que disparate decís. Acá estaba todo bien hasta que viniste vos.

JESSICA.— ¿Y por qué te pensás que vine yo?

RAÚL.— A traer la desgracia.

JESSICA.— Los Martínez Peralta se van a quedar con todo igual, sos muy pelotudo.

RAÚL.— Sobre mi cadáver.

JESSICA.— Tienen comprado al Juez de Paz Raúl, se acabó la joda.

RAÚL.— ¿Y vos cómo sabés?

JESSICA.— Lo sabe todo el pueblo Raúl. Los Benítez y nosotros quedábamos sin vender. Igual esto ya no rinde Raúl.

RAÚL.— Vos no me vas a decir a mí lo que rinde o no en esta casa.

JESSICA.— No hay alternativas. Cuando se llevaron a la vieja se llevaron las escrituras.

RAÚL.— Viniste tarde anoche. ¿Dónde estuviste?

JESSICA.— ¿Andás con problemas para dormir?

RAÚL.— Con vos acá, sí.

JESSICA.— Si me muero no vas a tener a quien culpar.

RAÚL.— ¿No vino nadie durante el día?

JESSICA.— No vino nadie.

RAÚL.— ¿En qué andás? ¿Se puede saber?

JESSICA.— En nada Raúl, ya estoy vieja para algunas cosas. Me duele el cuerpo. Ya no aguanto ni la falopa. No es lo mismo. Yo ya junté algo allá y otro poco con la casa, me voy a poder asentar y tener una vejez digna.

RAÚL.— ¿Y yo? ¿Qué voy a hacer?

JESSICA.— No sé, pero no te voy a dejar tirado.

ROBERTO.— *(Se asoma por la ventana).* ¿Qué se cuenta?

RAÚL.— Permiso... Si me disculpan... Tengo que entrar las vacas antes de que se haga de noche.

ROBERTO.— ¿Podés saludar, no? Que maleducado tu hermano. Mejor si se va así podemos charlar de lo nuestro, Jessi.

ROBERTO.— (*Se retira de la ventana, entra por la puerta*). Sentate hermosa, dale, dejá de hacerte la difícil. Charlemos nomás.

JESSICA *se sienta en una de las sillas.*

ROBERTO.— Anoche estuve pensando en vos Jessi, en tu cuerpo de pendejo caliente. Hay un montón de pendejitos así como eras vos Jessi. Caliente divina, tan suave... Te necesito Jessi, no me podés dejar a gamba.

Se para detrás de ella y masajea sus hombros. JESSICA mira el mantel y sostiene la cabeza con sus manos. Tiembla.

ROBERTO.— El culito más lindo del pueblo tenías vos. Y qué talento Jessi, qué talento. Necesito que les enseñes el arte a los pendejos. Las cosas están cambiando, esto ahora va a ser todo legal y vos vas a ser la jefa Jessi, la patrona. ¿Qué me contás? Vas a cobrar en blanco, vas a tener tus días libres, lunes y martes desde ya. Vos lo que necesitas es un marido, no podés andar así solita por la vida. (*Se aproxima desde atrás y le manosea las tetas*).

JESSICA.— Roberto yo... Yo ya estoy retirada Roberto. Yo ya no puedo más. Tengo problemas en la columna, y me duele todo. No aguanto ni drogada. No puedo más.

ROBERTO.— Pero si yo a vos te quiero para que mandes reina. Y para que me hagas un pete de vez en cuando también, obvio. ¿Te acordás cuando me hacías un pete por un pedazo de pizza? Como te cuidé las veces que estuviste guardada... Vení date vuelta, recordemos los viejos tiempos mientras el pelotudo de tu hermano se hace el gaucho.

JESSICA *se levanta, empuja a ROBERTO.*

ROBERTO *saca un arma y le apunta en la cabeza.*

ROBERTO.— Mirá Jessica si volviste a mi territorio ya sabés cómo son las cosas acá. Te doy unos días más para que lo pienses, esto es una oportunidad para vos. ¿O te vas a morir como un puto viejo en una tapera?

Pausa.

ROBERTO.— Mirá, te la perdono por esta vez porque me tengo que ir a probar una mercadería nueva y tengo miedo que no se me pare. Oíme bien, tenés dos días para tomártela de acá o para aceptar el trabajo.

ROBERTO *se va. Se escucha un portazo. JESSICA se larga a llorar. Busca en uno de sus bolsillos un atado de cigarrillos. Se prende un cigarrillo. Exhala el humo con los ojos cerrados. Inspira profundo. Se acerca a la ventana. Se apoya en el marco con el cuerpo hacia afuera. Fuma.*
Entran ARÍSTIDES y HÉCTOR. JESSICA *se da vuelta bruscamente.*

JESSICA.— ¡Les dije que no entren así!

ARÍSTIDES.— Disculpe señora, necesitamos la plata antes del lunes. Nos vamos.

JESSICA.— Antes del lunes imposible. Raúl fue al mercado a la mañana y no estaban bien los precios.

ARÍSTIDES.— Nosotros no tenemos nada que ver con eso. Además usted tiene otros negocios en el pueblo. Nada más queremos lo que es nuestro.

JESSICA.— No tengo nada.

ARÍSTIDES.— Mire señora, acá las cosas siempre fueron de una manera ¿Sabe? La costumbre ¿Vio? No está bien ir en contra de la costumbre. La gente se pelea por cosas que son fáciles de arreglar.

JESSICA.— No entiendo de qué me hablan.

HÉCTOR.— Hace caprichito la señora.

JESSICA.— ¡¿Qué dicen?!

ARÍSTIDES.— Acá Don Roberto nos ofreció trabajo a todos, a Ud. también. Así que todos tenemos para pagar las deudas.

JESSICA.— ¡¡Se van de acá inmediatamente!!

HÉCTOR.— Último aviso, nosotros tenemos vía libre... si usted no colabora...

JESSICA está sentada en una silla. Tiene puesto el camisón amarillento. Se peina el cabello mojado. Se asoma ROBERTO por la ventana.

ROBERTO.— Hola reina. ¿Cómo amaneciste?

JESSICA.— Con una copa en la mano y un raquetazo en el tabique, Roberto.

ROBERTO.— Eso ya lo sé preciosa...y hablando de Roma... ¿Que te pareció la mercadería?

JESSICA.— Son muy pendejas. No tienen idea. Piensan que todo es color de rosa.

ROBERTO.— Ya van a aprender, para eso tienen marido.

JESSICA.— Sí la verdad, qué suerte que tienen.

ROBERTO.— No te pases Jessica. ¿Estás adentro o estás afuera?

JESSICA.— Ya no estoy para estos trotes Roberto. Ni con las nuevas reglas puedo jugar. Te lo pido por favor. Estoy vieja. Me quiero retirar.

ROBERTO.— Vos no vas a tener que hacer nada hermosa, si vos me respondés yo te voy a cuidar. Hasta te vas a poder jubilar.

JESSICA.— ¿Para qué les sacás el documento si querés hacer todo legal?

ROBERTO.— Porque todavía tienen que aprender a hacer caso Jessica. Sacarse las mañas. Y para eso te quiero a vos. Tu vida va a cambiar cien por cien. Hasta laburo para el chupa sirio de Raúl puede haber. Nos vamos a hacer ricos, Jessica, creeme.

JESSICA.— Dejame que lo piense dos días más, por favor. Raúl no sabe nada todavía.

ROBERTO.— A Raúl ya le conté yo.

JESSICA.— Dejame sola por favor.

ROBERTO.— Yo mismo me encargué de que los Martínez Peralta vengan con una buena oferta Jessi. Raúl ya va a entrar en razones.

JESSICA.— Roberto, por favor. Dame unos días más. Son demasiadas cosas.

ROBERTO.— Vuelvo en dos días mi amor.

JESSICA se encuentra acostada en el piso boca abajo, arriba de un charco de sangre.

RAÚL entra a la habitación y se queda inmóvil.

Avanza dos pasos, se agarra la cabeza, llora.

Se aproxima al cuerpo de JESSICA, lo da vuelta. La sienta y la sostiene en sus brazos.

RAÚL.— ¡Aristides! ¡Héctor! ¡¡Vengan carajo que los estoy llamando!!

ARÍSTIDES y HÉCTOR ingresan a la habitación, se quedan congelados.

RAÚL.— ¡¡Qué miran pelotudos!! ¡Vayan a traer agua caliente!

ARÍSTIDES.— ¿Está muerta?

RAÚL.— Respira, vamos, traigan agua caliente y unas toallas.

HÉCTOR.— Están todas mojadas las toallas patroncito

RAÚL.— Traigan algo para limpiar esto pelotudos! No sirven ni para espigar. ¡Dios mío! Esto no se termina nunca.

ARÍSTIDES.— ¿Llamamos al comisario?

RAÚL.— ¡Ni se te ocurra! ¡¿Pero vos comiste mierda?! Andá a buscar agua caliente y algo para limpiar. Y vos andá a buscar la camioneta, la vamos a llevar a la ciudad. ¡Apurensé carajo!

Salen de la habitación llevando el cuerpo de JESSICA. Se escucha el motor de un auto encendido. Se escuchan portazos. El sonido del motor se aleja.

RAÚL entra a la habitación. Tiene la ropa manchada de sangre y los ojos llorosos. Toma una de las botellas debajo de la mesa. Se sirve un vaso. Toma un portarretrato con la foto de una mujer en blanco y negro.

RAÚL.— Ay viejita querida...No quiero seguir, no puedo... No sé qué hacer. Tengo miedo. No tengo mujer. No sirvo como hombre. No tengo a donde ir...

ROBERTO.— *(Entrando a la habitación)*. Pero mirá vos este puto desagradecido. Parece que nos abandonaron Raúl, otra vez.

RAÚL.— Vino a buscar lo suyo dijo.

ROBERTO.— *(Deja el arma sobre la mesa)*. Disculpá, es que me pesa en la cintura, ya no tenemos 20. ¿Ya pensaste qué vas a hacer? Yo te puedo dar trabajo si vos querés.

RAÚL.— No sirvo para esas cosas yo.

ROBERTO.— ¿Pero qué te pasa Raúl? ¿Dónde tenés los huevos, o sos puto como tu hermano?

RAÚL.— Estoy en paz con Dios, y me quiero morir así.

ROBERTO.— Cuidado con lo que deseás Raúl. Cualquier cosa ya sabés dónde encontrarme. Yo no te voy a dejar tirado.

ROBERTO *se levanta de la silla, palmea la espalda de RAÚL, agarra el arma de arriba de la mesa y se la calza en la cintura. Se aleja hacia la puerta.*

La habitación está vacía.

La única luz que ilumina la habitación es la que se proyecta a través de la ventana.

Desde el exterior unas personas tapan las ventanas con tablas.

Se escuchan golpes de martillo.

La habitación queda en oscuridad a medida que las tablas cubren la ventana.

Se escuchan unos tacos. Se prenden las luces.

JESSICA *está parada en el centro de la habitación con su vestido ceñido al cuerpo.*

Tiene unos anteojos de sol puestos, tacos plateados y un tapado de piel sintética.

Se saca los anteojos.

Pasea la mirada sobre el público, con el mentón en alto y la postura erguida.

JESSICA.— ¡HIPÓCRITAS!

Vuelve a ponerse los anteojos. Sale de la habitación. Se escuchan sus tacos. Se apaga la luz.

FIN.

NADADORAS ESTAMOS VIGENTES

CRISTINA CAROZZA

Cristina Carozza es directora, docente, dramaturga y productora de teatro. Cursa sus estudios como Profesora Superior de Teatro, Técnica Superior en Publicidad, Postítulo en Artes Escénicas en la ciudad de Rosario y se forma en estas disciplinas con diversos profesionales de la ciudad de Rosario y del país, entre los que se encuentran Cecilia Propato, Norberto Campos, Oscar Medina, Sergio D'Angelo, Gustavo Schraier, Jorge Holovatuck, Alfredo Allende, Sol Pavez, Luis Cano, Vivi Tellas, Guillermo Cacace, Pompeyo Audivert, entre otros. Como directora, productora y dramaturga realiza: *Cena para Cinco, Tomadas, Unos viajeros se mueren, Criadas para nada, Espera no Demora, Demasiada familia, Tenemos que hablar, Noche de guardia, Monólogos UP by Carozza, Monólogos Up 2da Selección, Todos nos vamos a ir, Un policial cómico, Todos los males comienzan con un dolor, Yerma (una novela rural), En el jardín de los cerezos, Monólogos Super Up, Rompecabezas, La revuelta, ESTHER y Nadadoras estamos vigentes*, entre otras.

Esta obra fue estrenada el 6 de mayo de 2023 en el Teatro de la Manzana en la ciudad de Rosario dirigida por Cristina Carozza. La dramaturgia fue supervisada por Cecilia Propato. *Nadadoras estamos vigentes* realizó temporadas en el Teatro de la Manzana de Rosario, participó de Teatro por la Identidad organizado por el Museo de la Memoria Rosario, Ciclo Centro Cultural Parque de España de Rosario, Ciclo Transgénico Teatro La Morada, obra nominada a los Premios Gordillo 2023 por mejor dirección y diseño sonoro.

Personajes:

ESTHER

RITA

Ambas ex nadadoras olímpicas de nado sincronizado

PRIMER MOMENTO

Oscuridad.

Voces de dos niñas en off con soporte sonoro de agua de pileta y agua que corre. Juegan en una pileta de club.

ESTHER.— Vamos a entrenar, vamos a tocar el agua a ver cómo está.

RITA.— Si.

ESTHER.— Está linda, ¿nos metemos? Está mucho mejor. Rita, querés ir a la cantina?

RITA.— Esther, mi mamá me viene a buscar.

ESTHER.— Bueno, ya está, tenemos que irnos a secar. Uy, me olvidé la toalla.

RITA.— Te presto la mía, está en el casillero.

ESTHER.— Gracias, amiga, tomá, te doy un caramelito, ¿de qué te gustan?

RITA.— De piña. *(Se ríen)*.

LAS DOS.— ¡Ay no, se nos hizo tarde! ¡Se hizo re tarde, vamos, vamos!

Voz de árbitro/locutor: “¡Atención nadadoras categoría '76 a pileta!”

Sigue el soporte sonoro del agua.

El espacio se ilumina de a poco.

RITA y ESTHER, *dos ex nadadoras de nado sincronizado, ganadoras de medallas de Oro en Atlanta 1996 ingresan con sus vestuarios olímpicos de ese entonces, debajo tienen sus mallas originales, haciendo una secuencia gimnástica similar a posiciones verticalizadas de nado sincronizado mientras se escucha una melodía representativa de esa Olimpiada.*

Hoy se encuentran entre casilleros y bancos de vestuario, sus bolsos y sus mallas, al borde de la pileta del club que las vio nacer.

El borde del escenario se transforma en una gran pileta de natación del club Honor y Gloria. En todo el encuentro entre ellas recordarán entrenamientos y tratarán de hacer partes de entrenamientos al unísono, así como también cuando hablen las dos RITA y

ESTHER.

ESTHER.— *(al público)* El nado sincronizado es una disciplina considerada como deporte olímpico, que se basa en el armado de formas artísticas y sincronizadas en un medio acuático. Las participantes deben mostrar destrezas en natación, danza y gimnasia para moverse en forma coordinada al ritmo de la música. *(Miran hacia adelante).*

RITA Y ESTHER.— Para nadar bien hay que tirarse al agua, colocar el cuerpo, moverlo y respirar, controlar la respiración. Los brazos deben estar siempre en movimiento. El trabajo de las piernas es esencial y los brazos deben estar coordinados. ¿Me escuchaste? Las dos sabemos que en el nado sincronizado todo tiene que ir a la vez, tanto lo que se ve como lo que va abajo del agua.

ESTHER.— *(Lee en su celular).* La Federación Internacional de Natación... el principal organismo que reglamenta y organiza eventos mundiales, copas, ligas y campeonatos en varios tipos de deportes acuáticos como los clavados, natación y nado sincronizado...

RITA.— Rutina Técnica: Eliminatorias / Finales. Dúo, Dúo Mixto debe realizar los Elementos Obligatorios descritos en el Apéndice VI de este reglamento. Las rutinas están coreografiadas con música.

ESTHER.— Rutina Libre: Eliminatorias / Finales. Cada Solo, Dúo, Dúo Mixto y Equipo debe realizar la rutina libre que puede incluir cualquiera de las brazadas y figuras, completas o no, con música. Las Rutinas Libres de Solo, Dúo y Dúo Mixto no tienen restricciones en la elección de la música, el contenido o la coreografía. La Rutina Libre de Equipo tiene un máximo de seis movimientos acrobáticos. Esto no incluye elevaciones en pareja (2 deportistas). El movimiento acrobático finaliza con la completa sumersión de todas las participantes incluyendo a aquella(s) que han sido empujadas.

RITA.— Evaluación: Ejecución; nivel de excelencia en la realización de habilidades altamente especializadas. Ejecución de todos los movimientos. Sincronización: la precisión del movimiento al unísono, de las nadadoras entre sí, y el acompañamiento por encima, en y por debajo de la superficie del agua. Sincronización en el tiempo de las nadadoras entre sí y con la música. Coreografía: la habilidad creativa de componer una rutina que combina elementos tanto artísticos como técnicos. El diseño entretejido de la variedad y creatividad de todos los movimientos.

ESTHER.— Interpretación musical: Expresión del humor y talante de la música. Uso de la estructura musical. Forma de presentación: la manera en la que la(s) nadadora(s) presentan la rutina al espectador. Impresión global de la rutina. Dificultad

RITA.— Las figuras bla bla bla flamenco, cola de pez, pierna de ballet, posición carpa de frente...bla bla bla. ¡Bueno, sigue todo igual!! Sólo que los dúos pueden ser mixtos ahora.

ESTHER.— Qué injusto, con lo que nos cuesta a las mujeres llegar a estos lugares, y que le cambiaron el nombre.

RITA Y ESTHER.— no es natación artística, es nada sincronizado

RITA.— Vos tenés que mejorar cuando hacés la posición ballet, ahora que estamos revisando, a vos la posición ballet no te salía bien (*va a buscar agua para el mate al buffet*).

ESTHER.— Nosotras empezamos de chiquitas, veníamos un montón de horas, porque claro, la pileta viste lleva mucho tiempo salíamos de la escuela, a veces comíamos acá, Celia hacía las empanadas, comíamos y ya nos quedábamos hacíamos la tarea en la salita de allá atrás donde está la televisión.

Nosotras hicimos de esto un deporte que es emblema de este Club porque la verdad el Club Honor y Gloria no era muy conocido, nunca había ganado nada, venían algunos chicos a practicar básquet, otros judo, hasta que nosotras empezamos a competir.

¡Nos llamaban de todos lados, empezamos a hacer una notita en una radio, en la otra, vinieron los medios! Le empezaron a hacer notas a Mancuso, y a toda la comisión, y el Club empezó a crecer...

Y bueno, arrancamos y no paramos más, no paramos más, hasta Atlanta del 96, esa fue nuestra época de Gloria.

Y después bueno... terminamos, le dimos al Club todo lo que le debíamos dar, hasta la última gota de sudor ahí, dentro de esta pileta... y ahora nos llama Mancuso y nos avisa que hay gente nueva, que empezaron a hacerse nuevos socios del barrio y quieren formar una lista nueva y llamar a elecciones para hacerle "oposición" cuando acá Mancuso es todo, es el Club... y somos todos parte de una gran familia. Esto de venir, así como matones a imponer cosas nuevas, vienen por todo. Mirá si serán altaneros y soberbios y eso que viven por abajo del índice de pobreza sino te pasan por arriba como con un Escania.

Quieren meter fútbol, ahora las chicas quieren jugar al fútbol, no sé qué... con esto de la "inclusión" y no sé cuánto, pusieron cupo femenino en la lista y no se con cuantas cosas raras más vinieron.

Quieren sacar patín, quieren sacar nado sin-cro-n-iza-do... ellos quieren más canchas, pero acá ya no hay más lugar, espacios no hay, la cancha de básquet no la van a tocar porque además todos los eventos se hacen ahí.

¿Por dónde van a ampliar? ¿Por la pileta? ¡van a tapar la pileta! Ellos no lo dicen, pero a mí ya me dijeron que sí, que van la van a llenar de cemento, le van a poner pasto sintético y hacer más canchitas de fútbol 5.

Y a ver, a nosotras nos llamaron para volver a recuperar la identidad del Club, lo que nosotras le aportamos. Entrabas acá y era una belleza, todas las nenas peinaditas, perfectas, con un tocado, las de patín también, si bien las de patín nunca ganaron nada... pero bueno... hacían sus cosas, tenían sus espacios, eran prolijitas, lo mismo con lo de judo.

Nos quieren sacar todo, todos los deportes, ¡todo por el fútbol, todo por lo que les dé guita! Pero el Club no es plata, el Club para mí es un sentimiento, es mi casa, mi familia, toda una vida acá adentro, yo no tenía cumpleaños, salidas, viaje de estudios, nada todo acá adentro.

¡Sabés lo que pasa son muchas cosas, muchos recuerdos, yo hablo del Club y me emociono de verdad te lo digo!!! Me cuesta hablar.

¡Tengo todo acá!, (*señala su cabeza*) los peores momentos desde donde no teníamos ni para una lentejuela y la gloria... todo, todo... después venían todos a ofrecernos mallas, gorritos, antiparras después de Atlanta, antes nadie nos daba nada.

¡Son muchas cosas que pasaron, para que te llamen y vamos a hacer esto aquello y tapan la pileta, no!

Mirá que a mí la política no me interesa, nada más alejado, no me gusta no, pero me llamaron, nos llamaron. Primero que a Mancuso no le podemos decir que no, tendrá sus cosas como en todos lados, todo el mundo tiene sus cosas, yo también algún defecto debo tener, pero bueno, él nos cumplió siempre. Y a ver, cuando no había nada y teníamos que ir a algún torneo que quedaba, en algún pueblo cercano, ponía el auto, la nafta, jamás nos lo echó en cara ni siquiera ahora. La mujer nos hacía los bordados, nos ponía la gelatina en el pelo, nos acompañaba.

Y nos llamó porque necesita tener mujeres en la lista y hay que demostrar que este Club fue grande, y fue grande por los deportes tradicionales, no fue grande por el fútbol 5. Que vayan al Gabino Sosa a jugar la pelota, no sé, pero no acá.

Porque a mí no me gustaría entrar y ver todas las pibitas con las canilleras, esos shores gigantes, en vez de verlas todas arregladitas como nenas normales. Yo sé que hay cosas que cambian, que hay que aggiornarse, deconstruirse y todo eso, pero bueno, que se aggiornen en otro club.

Vuelve RITA, se cruzan las miradas y también ESTHER se va a buscar algo al buffet.

RITA.— Dos nadadoras de nado sincronizado, nos fue muy bien, y lo digo con humildad porque triunfamos en una disciplina muy difícil que pertenece como a otro grupo social. Como que hay otro status de la gente de nado sincronizado y nosotras venimos del barrio, del Club H.G. y nos fue bien, ganamos medallas, todo, nosotras fuimos a los Juegos Olímpicos, competimos en Atlanta 1996. Rita y Esther, dos nadadoras que, con mucha pasión, entusiasmo, con mucha disciplina logramos algo muy difícil

y posicionamos al Club en un lugar, empezó a venir gente que no era del barrio, unos autazos, muy importante esto que hicimos. Somos tan queridas en el Club, porque a partir de ahí ¿Qué paso? ¿Por qué motivo yo me asocio al Club? Para hacer un deporte, para ir y socializar con otro, y de pronto el motivo de venir al Club fuimos nosotras por haber ganado una medalla, claro, al ser olímpicas decían: “Vamos a Honor y Gloria a hacer nado sincronizado” ¡posicionamos la disciplina! ¡Pusimos el nado sincronizado en un lugar que no estaba! ¿Viste que cuando ponés algo en un lado que no va? Bueno acá funcionó, a veces cuando ponés algo en un lugar que no va, molesta. Como está pasando ahora, y ahora nosotras estamos notando que estamos molestando. No importa si somos veteranas, no importa la edad, lo que importa es el símbolo que somos para el Club, nosotras somos un símbolo para este Club y eso molesta, molesta.

¡Y yo percibo mucha bronca hacia nosotras, como brillamos tanto!

Es que la gente de fútbol acá están creciendo mucho, falta que vengan los náuticos ahora, viste con el Paraná, lo único que falta, no sé qué pasa ¡El Club es nado sincronizado, no es fútbol! El fútbol empezó a captar estos grupitos de chicos para que ellos no estén en la calle y bueno se empezó a llenar, a llenar, cada vez hay más fútbol, hay poco lugar, ¿Viste que hay un mural de Messi? Bueno quieren hacer otro en el buffet. ¿Por qué no hacen uno de nosotras? Tenemos una foto hermosa nuestra que está ahí enmarcada.

Me dijeron que hay un mural de nosotras que nos dibujaron ahogándonos, en el paredón de atrás del Club.

Hay que contarle a Esther, pero siempre lo mismo acá, me cuentan a mí para que yo vaya y se lo diga a ella porque le tienen miedo. Yo no le tengo miedo, no, no... ¿cómo le voy a tener miedo a Esther? Si la jodida, era Alicia.... *(se queda perturbada por el nombre Alicia)*. Lo que pasa es que Esther está en un momento que no se le puede hablar, está muy sensible con el tema del fútbol, con el tema de que las chicas vengan a jugar, no le gusta, no le gusta, pero está bien que las chicas quieran ocupar lugares, ¿por qué no? pero hay que cambiar yo le digo “Esther tenés que abrir la cabeza”, lo lindo es que vengan las chicas a hacer fútbol y ven a las de nado y también puede ser un enganche, a mí me pasó, yo iba a tomar una clase y cuando vi a las nenas de nado sincronizado dije: “Ay esto es lo que quiero hacer”. Yo le digo a Esther “Vos tenés que cambiar el lente de la vida, tenés que verla con más diversidad, abrazar las diferencias”.

Cuestión que ahora decidimos volver a la pileta y competir en esta disciplina tan hermosa que nos dio tanto, que nosotras le dimos tanto también... ¡El Club y Mancuso nos necesitan! Así que ahora nosotras, las medallistas olímpicas de Atlanta 96, vamos a volver por Mancuso y este club que nos vio nacer.

¡Llegó el momento!

ESTHER *vuelve del bar.*

RITA.— Te quería contar algo, viste que en el paredón de atrás... viste el bufet, bueno, viste atrás, ¿pasaste hace poco? ¿Viste el paredón que está atrás del buffet?

ESTHER.— ¡Sí el paredón! ¿Qué pasó?

RITA.— Bueno, parece... no fui a ver, pero me dijeron, que hicieron un dibujito nuestro.

ESTHER.— ¡Ay que lindo gesto!... bueno ya era hora que nos hicieran algún reconocimiento.

RITA.— Bueno no, no, no. Hicieron un dibujo: nosotras dos, medias ahogadas, ahogadas, ahogadas completamente y abajo nos ponen “Viejas gordas chotas, no vuelvan por acá” ¿a vos te parece? (*lo repite*) nosotras ahogadas “Viejas gordas chotas, no vuelvan por acá” me contaron, no lo fui a ver todavía...

ESTHER.— ¡Ay no tienen código, ningún tipo de código!, No, yo te lo dije, te lo dije que eran así, vos que decís abrí un poco la cabeza, a lo mejor viene aportan algo, ¿qué van a aportar? Son unos resentidos, nos tienen envidia.

Envidia, ahora no saben cuándo volvamos... estas viejas gordas, chotas, ya van a ver... emergiendo del agua... ¡Ay pero que hijos de re mil putas! ¿Mancuso lo sabe? Hay que decirle que lo tape.

RITA.— Sí hay que decírselo, yo eso te iba a decir.

ESTHER.— Pero antes de venir a contarme a mi tenés que ir y decirle a Juan Carlos, el piletero, que agarre una latita de pintura y lo tape rápido.

RITA.— No, no, porque quiero ir a verlo, quiero que vos me acompañes.

ESTHER.— No, no y no, hasta que vos lo vayas a ver hay veinte mil personas que lo vieron antes...

RITA.— Hace un montón Esther que está, me dijeron que le sacaron foto y lo subieron al Instagram. Tenemos un Instagram que se llama arroba “Viejas, gordas chotas, no vuelvan por el club” ¡Vienen por nosotras!

ESTHER.— ¡No! ¡Vienen por todo! Por todos los valores tradicionales, por toda la familia, por todo. ¿Sabés lo que pasa?, que nosotras representamos todo lo bueno del Club y todo lo que ellos quieren avasallar, ¡pero a nosotras no! A mí me van a sacar de esta pileta muerta, con las patas para adelante ¡así me van a sacar, muerta, muerta! yo tenía dudas de volver, te digo la verdad, porque me duele todo, no me puedo mover ayer quise intentar elongar y estoy durísima, te juro tenía mis dudas, estuve todo el día trabajando, sacarme esto, ponerme lo otro, ¿Pero sabes qué? Vuelvo. Volvemos.

RITA.— ¿Volvemos?

Miran la pileta...

Sonido de agua que corre o drums que simulan agua o algo tranquilo.

RITA.— Hay un destino en el agua vano el agua huye, se torna inaprensible discurre

entre las manos y muere en cada segundo el agua sabe de su muerte cotidiana y constante sabe de su naturaleza de atesorar y generar vida hay un infierno también en el agua nos miramos el agua y yo. No hay secretos. El verdadero ojo de la tierra es el agua, y es ahí donde siempre voy.

Fin agua que corre.

ESTHER *va a buscar a Mancuso afuera.*

RITA.— Entrenar en alto rendimiento crea una barrera muscular. Eso permite protegerte de las adversidades del entrenamiento, para focalizar en una única respuesta: ganar, superar, a otros, a una misma. Sin importar el proceso.

“No sentir” es una forma de enseñar a callar. No se siente dolor porque sos floja. No se siente cansancio porque sos vaga. Hay que seguir las instrucciones del supremo entrenador.

Mi cuerpo no tiene palabra. La palabra es de otro. El saber también. El saber sobre una misma y tu propio ser que es tu cuerpo, también... Nada te pertenece... Nadie se pone en mi lugar. Nadie. Mi cuerpo y yo. Escindidas. Ahí.

Qué dolor, me duele acá, me duela acá, tengo contracturas por todos lados. No se vuelve gratis.

ESTHER.— *(Regresa)* ¿Qué nos quieren cobrar ahora?

RITA no le contesta, hace un gesto como que no entiende nada y sale. ESTHER queda sola elongando con una melodía de fondo, hace ejercicios tratando de recuperar la movilidad que tuvo cuando entrenaba. Realiza movimientos y recupera viejos dolores corporales, hasta que los vence de a poco y se endereza orgullosa.

ESTHER.— ¡Estamos vigentes!

Sonido de agua que corre o drums que simulan agua o algo tranquilo.

SEGUNDO MOMENTO

ESTHER.— Glu glu glu. Las burbujas, todas bracean. Abajo del agua los cuerpos sostienen a la figura principal que se zambulle con gracia sin igual que todos admiran. Glu glu glu. Veo la Atlántida escondida, soy como una gran ciudad. Hundida, sin sincronizar.

ESTHER.— Repasemos nuestra rutina. Dale. Ya sabés.

RITA y ESTHER.— Lo primero es tener una gran convicción, no importa que tengamos tropiezos, nos caemos, pero nos levantamos, nos caemos y nos levantamos, nosotras tenemos que ser como dos sirenas emergiendo Rita y Esther del océano, siempre Rita y Esther en la búsqueda de ese gran momento donde brillamos al unísono dentro del agua.

RITA.— Me duele acá. Acá. Y acá.

ESTHER.— Mirá como tenés acá.

RITA.— Y eso que hice Pilates.

ESTHER.— ¿Pero Pilates solo? ¿Lo hiciste una vez cada quince días?

RITA.— Sí. Tirá un poquito para allá, qué dolor... ¿y vos qué hiciste?

ESTHER.— De todo hice, fui probando, intenté con boxeo.

RITA.— ¿Boxeo?

ESTHER.— ¡Después me metí en un grupo de los corredores, pero no va, pasa que están todos ahí haciéndose los lindos, después hice unas clases de danza, como si fuera zumba, como una danza contemporánea de música más moderna, primero tenés que hacer como una entrada en calor como si fuese aerobio y después que ya estabas así, te empezaban a enseñar pasos, ponele, 1 2 3 4 5 6 7 8 ... ¡pero con gracia! Con un ritmo y una música.

RITA.— ¿Qué música?

ESTHER.— Todas las que se escuchan ahora (*pone la música de su celular*), miénteme, haz lo que tú quieras conmigo, dime que esta noche yo soy tu bebé... (*cantan y bailan las dos*).

RITA.— Ay no puedo más.

ESTHER.— ¡Transpirás un montón! Pero me tenés que seguir. (*Para la música*).

RITA.— No me decís una parte de la coreo así te lucís vos sola...

ESTHER.— Pero vos hacé lo que yo hago, con gracias hacelo, dale vamos de nuevo (*Pone la música*).

RITA y ESTHER.— (*Siguen*) Miénteme, haz lo que tú quieras conmigo dime que esta noche soy tu bebé...

RITA.— (*Apaga la música*) Vos sabes que acá no venimos a hacer esto, porque te veo como un poquito...

ESTHER.— Sí me entusiasma... Pero me moví, no me quedé embalsamada.

RITA.— ¿Quién se quedó embalsamada? Me moví en otras cosas, no estoy embalsamada, no estoy embalsamada...

ESTHER.— No, no, no te dije eso.

RITA.— Porque si esto va a hacer como antes yo no quiero, no estoy dispuesta ¿Que yo estoy embalsamada?

ESTHER.— ¡No empecemos por favor el día uno de entrenamiento! ¡Con este show!

RITA.— ¡No no, yo no empiezo! Siempre empezás vos.

ESTHER.— ¿Estás nerviosa porque tenemos que volver? Pero calmate cuando empezaste no tenías nada a favor, no tenías condiciones, no te acompañaba la genética, tenías el cuerpo grandote ¿Y? Entrenaste y sos olímpica.

RITA.— No estoy nerviosa, no estoy nerviosa, si esto va a ser así me voy.

ESTHER.— No pasa nada. Vas a volver y vas a estar perfecta, ¿te da miedo?

RITA.— ¡No!

ESTHER.— ¿Sabés lo que leí el otro día? ¿Porque si uno sabe nadar se tira al agua y sin moverse flota y cuando no sabe se hunde? Porque el miedo pesa, ¡que no te pese! *(busca en su bolso, encuentra un viejo sello)* ¡El sello! Mirá, hace años sellaban los carnets con esto...

RITA.— Sí, los diplomas, ¿qué hace esto acá?

ESTHER.— Qué sé yo hace mil años que no uso este bolso. ¿Qué pasa?

RITA.— ¡Dejá eso, no pasa nada, nada! ¿Pero si ya lo viste, es algo viejo, sacalo de acá, ¿para qué lo querés?

ESTHER.— Dejame ver.

RITA.— Es una cosa vieja, ¿para qué lo querés? Si no funciona.

ESTHER.— ¿Pero qué te pasa? ¿Qué te molesta tanto? ¿Vos querías volver o no?

RITA.— ¿Te das cuenta, no?

ESTHER.— Pongámonos de acuerdo en algunas cosas, establezcamos algunas normas.

RITA.— ¿Vos te das cuenta no?

ESTHER.— ¿De qué?

RITA.— De que yo no soy la misma, de que yo cambié

ESTHER.— ¡Sí sí, se nota! Vos tenés que empezar a cuidarte un poco. Perdoname que te lo diga, pero, estás un poco... grandota

RITA.— ¡Decilo, si desde que me viste entrar al club me lo querés decir, decilo, decilo!

ESTHER.— ¡A ver, lógicamente, estás... gorda! Me empujás, me presionás, decilo, decilo, decilo. ¡¡¡Gorda!!!

RITA.— Ahh.

ESTHER.— Me obligás, me llevás Rita, me acorralás, me empujás y después te ofendés, vos te das cuenta cómo son las cosas.

RITA.— Cómo me hiera lo que decís, estoy gorda, estoy gorda, sos tan obvia, ¿vos te creés que yo no veo que estoy gorda? ¿Es una novedad lo que estoy diciendo?

ESTHER.— Es un comentario constructivo.

RITA.— Después de que dejé de entrenar empecé a comer: milanesa frita, papa, guiso, alfajores, chajá, dos tres permitidos cuantos quise, queso, salame, pan, alfajor suchard, marroc, galletitas, pepas, chorizo, morcilla, mollejas, medialunas, empanadas, facturas, tortas materas, helados, todo, todo, hidratos de carbono refinados, azúcar, azúcar, comer, comer, comer.

ESTHER.— Sí, se ve.

RITA.— Pero estoy mejor.

ESTHER.— ¡Pero hay una opción más saludable para eso! Pan de masa madre, azúcar mascabo, eritritol, goma xántica, harina de almendras, verduras, pescado, grasas saludables, ¿te gusta la grasa? ¡Comé palta! ¡También podés hacerte chica Keto, o vegetariana, vegana, ovolactovegetariana, crudivegana, podés elegir!

RITA.— Soy gorda, sí sí, hay que aceptar nuestro cuerpo tal cual es, esto es lo que soy, si no te gusta no me mires más.

ESTHER.— ¿Vos te acordás cuando no menstruabas?

RITA.— ¿Qué tiene que ver?

ESTHER.— Porque no comías.

RITA.— Pero ahora como y como y como. ¡Como por tu culpa!

ESTHER.— ¿Y yo qué tengo que ver?

RITA.— Porque vos me llevás a los peores lugares, donde no quiero ir, vos ahí me llevás y como de todo.

ESTHER.— ¿Yo te llevo a los peores lugares? ¡A vos no te da la cara! ¿Porque si vos no hubieses estado conmigo sabés en qué peores lugares hubieses estado? Cuántas veces te rescaté llorando en el baño, metida en la ducha yo te enseñé cómo tenías que comer, qué hacer...

RITA.— Vos me enseñaste qué hacer para el día que me pesaran, ¡vomitar!

ESTHER.— 20000 veces te fui a limpiar el vómito, ¡Yo también me tenía que pesar! ¿Vos qué te pensás que a mí no me pesaban? Pasa que vos lo hacías antes y a mí me lo hacían el último día.

RITA.— Sos insoportable Esther.

ESTHER.— ¡¡Me pasé la vida entera comiendo un alfajor Suchard por mes!! ¡Uno!

RITA.— ¡El tiempo que tuve que esperar! Horas esperando que terminaras de hacer los 1000 abdominales que te daba el entrenador porque te portabas para el culo.

ESTHER.— Era mi rebeldía, la tuya era comer, íbamos a la hora del matadero, a la zona de pesaje y nos ponían el centímetro alrededor de la cintura hasta que escuchaba que te decían, Rita tenés que parar de comer... ¡Gorda largá los postres, gorda mirá los jamones que tenés! ¿Qué era estar en peso? y mi castigo era físico, si no te duele no está bien hecho el entrenamiento, que queme, que queme lo tengo acá en la cabeza si no, no está bien hecho, no estás dando todo, que duela, que queme, que se te venzan los brazos, que queme.

RITA.— Sí sí, después hacías lo que querías y de castigo era para las dos y ahora te haces la rebelde, ¿qué eras, el Che Guevara en ese momento?

ESTHER.— ¡Ah la revolucionaria del agua!

RITA.— Ahora resulta que estuve nadando con el Che Guevara, estuve en dupla de nado sincronizado con la revolucionaria, qué bien que te mirás para atrás ¿eh?

ESTHER.— Cada vez que había que ir a hablar o pedir algo, tenía que ir yo porque

no te animabas, tragabas, lo mismo que con la comida, yo tenía que ir y poner la cara.
RITA.— ¡Siempre yo, te mirás para atrás tan linda! Y yo soy todo lo negativo que fue el pasado, tragué agua y estoy hinchada, hinchada.

ESTHER.— Yo también y encima me operaron de las amígdalas y acá estoy y así todo iba con las amígdalas operadas y hacía apnea. No podía comer y tomaba en pajita, lo único que me vino bien es para bajar de peso. Mi mamá vino y me entregó en sacrificio, tome, acá la tiene entrenador, recién operada, que haga apnea y lo hice, hacía gárgaras con cloro.

RITA.— Sabés qué, ¡te felicito! Que te hagan un monumento Esther. (*Se va*).

ESTHER.— ¡¡Qué mal que le pone no comer!! ¡A mí también, haría lo mismo que ella, si ya está pensando todo lo que no va a poder comer!, escondía en la heladera de los hoteles lo que no nos permitían, la verdad no fuimos a mucho hotel con frigobar, pero bueno el que nos tocó en Atlanta era una cosa increíble. ¡En la Villa Olímpica entrabas y tenían un montón de cosas para deportistas, era una novedad! Había barritas, cositas, parecía comida para astronautas, el batido proteico, qué se yo. Yo saqué todo y lo metí en la caja fuerte que había en un placard y le cambié la combinación para no tentarme con nada. ¡Y ella, se escondía todo! Le encontré comida abajo de la cama, un bocadito Holanda, un alfajor Suchard, Toblerone, Tentaciones mouse, Tubi 3 y Tubi 4, hasta Mantecol de ese que viene suelto, así como los ancianos que esconden comida.

Una vez encontré un Suchard, yo ese mes no lo había comido y pensé es mi momento! Y me lo comí. Cuando llegó y no lo encontró, ay dios mío el escándalo que hizo. Llamaron a la que limpiaba la habitación, una mexicana pobrecita, la revisaron entera, casi la echan, ¿qué iban a pensar que fui yo?

Y ahí entró Ricardo, el entrenador, yo primero pensé que era ella la que venía y me escondí, tiré el papelito del alfajor debajo de la cama.

Lo vi a Ricardo ahí... yo recién salía de la ducha, estaba casi desnuda, poniéndome el toallón, entró así de golpe, sin avisar... no sé... Primero pensé que estaba enojado, que se había dado cuenta de que me comí el alfajor. En eso yo era muy obediente, él siempre lo decía “Qué bien Esther como se controla” “Qué bien cómo se resiste a los antojos” pero no, no se había enterado nada de eso, entró... no era la primera vez que entraba así sin avisar, a esa hora, dijo algo de no sé qué de repasar una figura... yo no quería defraudarlo.

RITA.— (*Vuelve*) Mancuso dice que martes, jueves y viernes de 11 a 17hs. podemos entrenar.

ESTHER.— No te entendí bien.... ¿de 11 a 17 hs? Yo trabajo en esos horarios. ¿Pero Mancuso nos viene a pedir que vengamos y nos pone ese horario? ¡El peor horario del club nos da Mancuso!!!

RITA.— Me dice gorda y ella es una pelotuda, qué hago acá, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8.1 2 3
4 5 6 7 8 mmmmmmmmm mmmmmmm, respiro.

Esto es despedida, mi despedida del club, el final, fin, terminó, se acabó, fuimos a la policía y pam pam pam final con este sello se acabó todo. Se finí. Hundida y ahora lo vengo a encontrar acá, ¿por qué no lo tiró? ¿Lo lleva de amuleto? Con esto se terminó todo, nos sellaron los pasaportes, libreta sanitaria, buco dental, ¿Y la policía? Entraron en la habitación y me preguntaban cosas... Yo no entendía... I don't understand... no hablo inglés...y me siguen preguntando...me muestran unas fotos...pero porque a mí, Ricardo donde está, pregúntenle a él, o a Esther eso... Esther she was in the water preguntale a ella... si a ella que ya le voy a preguntar por qué guarda esto...qué provocadora.

ESTHER.— Lo vi a Ricardo, si él está yo no... si está él yo no.

RITA.— Yo tampoco.

ESTHER.— Si está Ricardo que no cuenten con nosotras. ¡No es no!

*El espacio se invade de humo, una tormenta sin fin azota a las nadadoras y las desparrama por el espacio, las cosas se caen se resbalan, no se pueden sostener, es un gran tornado, un huracán, un maremoto, luchan por no ser llevadas por la corriente. Se recomponen.
Voces en off en medio de la tormenta, voces de RITA y ESTHER adolescentes.*

RITA.— ¿Estás elongando o te hacés la bonita?

ESTHER.— Ricardo me dijo que estire un poco más, así.

RITA.— Vamos al buffet a jugar a las cartas, un ratito, con los chicos y que él no se entere.

ESTHER.— No, hoy no, Ricardo nos va a sumar otra rutina. Mañana nos pesan Rita, y mirate, se te salen las tetas. Los chicos te miran, estás re gorda...

RITA.— No me importa, si me miran es porque soy linda. Todo entrenar, disciplina, la pileta. Yo quiero ir a jugar con mis amigas nada más.

ESTHER.— En mi bolso hay un tupper, andá y comé unas pasas de uva. Y volvé. Vamos al agua a practicar.

RITA.— Gracias, ya tomé un yogurt y el agua está fría.

ESTHER.— A mí me importa sólo entrenar y la pileta pero a vos sólo te importa divertirte y comer.

Sigue la tormenta huracanada, los diálogos se cortan y repiten en esa tormenta mientras todo se sigue cayendo...

Se encuentran en un abrazo prolongado, se salvan.

Termina el huracán.

Reacomodan el espacio.

Sonido de agua que corre o drums que simulan agua o algo tranquilo.

TERCER MOMENTO

RITA.— Las dos somos una, una simbiosis.

Gemelas dentro y fuera del agua, tenemos mismos tiempos.

Somos únicas en nuestra especie, especie de Atlanta 96, una especie medallera. Somos todo lo que ganamos, todo lo que perdimos.

Somos como el río que pasa, un río que ya no es el mismo.

RITA y ESTHER.— Hacemos en sincro natación, danza y acrobacia, y si vos estás gorda y te querés subir arriba mío, no vamos a poder competir, no te voy a poder sostener. Te falta gracia, levedad. Sincronizadas tenemos que estar. (*Las dos al unísono*). Entramos y salimos del agua. 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8. Bururururururur. Crol, espalda, pecho, mariposa y todas las figuras. Las dos, ¿oíste bien?

RITA.— Esto está pesado, tosco, rústico.

ESTHER.— Nosotras estamos pesadas.

RITA.— No sale, está todo lento, no vamos al unísono como dos sirenas, esto no es Atlanta 96.

ESTHER.— ¡Pero me acabo de dar cuenta que esto no es Atlanta 96!

RITA.— ¡Pero lo tengo tan presente!

ESTHER.— No podemos volver así, o nos ponemos a entrenar más...o....

RITA.— Hay que pedir más horarios para entrenar.

ESTHER.— A ver, hacelo, te corrijo.

RITA.— Pero ¿qué? ¿Vos me vas a mirar desde ahí? Si tenemos que ir las dos

RITA y ESTHER.— Necesitamos alguien que nos entrene. Así solas no podemos.

ESTHER.— No tenemos a nadie que nos pueda entrenar para nuestro nivel.

RITA.— De todos estos años alguien tenemos que encontrar que tenga disposición para entrenarnos.

ESTHER.— Vivi nos puede entrenar, es de natación, pero nos puede aportar algo.

RITA.— No sé si va a querer Vivi.

ESTHER.— ¿Por qué no va a querer estar con nosotras?

RITA.— Conmigo va a querer, no sé si con vos.

ESTHER.— ¿Por qué conmigo no va a querer estar?

RITA.— Porque siempre te estás quejando, siempre querés algo diferente, las rutinas que hace Vivi no te gustan, te parecían antiguas. Imaginate ahora.

ESTHER.— Son antiguas, a vos te gustaban las de Ricardo. Pero Ricardo al final manejaba tu mundo, el supremo entrenador que tenía el control absoluto sobre tu vida, si te soltaba eras una más del montón, no te destacabas. No eras nadie. Pero bueno dejémoslo ahí, nada de ahondar en aguas profundas, todo por la superficie, así es mejor.

RITA.— Yo creo que tengo un VHS con algunas rutinas, lo podemos mirar. Ahh me acalabré, ¡qué dolor, no aguanto!

ESTHER.— Elongá, sentate.

RITA.— No puedo porque me duele. Pasame el algispray.

No puedo porque me duele acá, no se siente dolor porque sos floja, no se siente dolor porque sos floja, yo sé que es esto... yo sabía, qué cuerpo traicionero que tengo, a mí me gusta mi cuerpo ahora como está, yo no sé si volver, porque volver es como dejarlo ir, lo voy a tener que dejar y ponerlo acá, a la mirada de otro a decirme lo que tengo que hacer.

ESTHER.— Y Mancuso ya me dijo que nos iba a poner horarios, si vamos a poner a Vivi, él tiene que hablar con ella, ¿Nosotras que tenemos que ver con toda la reforma y las elecciones del club? Son todas campañas políticas, ¿qué nos meten a nosotras? A mí que me den un buen horario de pileta y que me pongan un entrenador.

RITA.— Yo no sé si se dan cuenta de lo que significa que volvamos, no hay un registro de la magnitud de este acontecimiento.

ESTHER.— Nadie es profeta en su tierra.

RITA.— ¿Vos sabes que sí?

ESTHER.— La otra vez me llamaron de otro club y no sabés todas las cosas lindas que me dijeron, te valoran, te ofrecen cosas. Todavía se acuerdan de nosotras como sirenas emergiendo del agua en giros y saltos.

Ganamos tantas competencias. Para mí, esos fueron los mejores años de mi vida. Te extrañé. Luego. Luego, pasó lo que pasó. Dejamos de nadar. Punto.

Sin vos, no tenía sentido. Creo que tendríamos que haber hablado. Pero, en cambio, la culpé a Alicia de que tuviéramos que dejar de nadar. Dejar de competir y esas cosas dejaron un vacío enorme en mi vida. Quedé destrozada. No me podía mover... fui cuesta abajo, hondo, hondo...

RITA.— Yo también te extrañé. El agua arrastra, pero no tanto.

¿Te acordás cuando éramos chicas? ¿Cuándo te gané? Fue un día que mi mamá me retó y me mandó a la pileta, ahora vas y le ganas a Esther me dijo. Yo no quería competir, el agua me daba frío.

ESTHER.— Yo era muy chiquita, con las trencitas largas para que no se me metiera el pelo en la cara y vos gordita, con la pancita y el pelo corto negrito. ¡Con la negrita no quiero, con la negrita no quiero!, decía yo, hasta que mi mamá me dijo basta, vas y te tirás.

RITA.— Y de ahí guardo la medalla. No te ofendas, pero ese día en la competencia yo estaba tan feliz en el podio, salí primera, todos aplaudían y gritaban. ¡Viva Rita! ¡Viva Rita!

ESTHER.— En eso la veo a mi mamá hablar con el presidente del club, como tapándose la cara, con la cara contraída, los ojos llorosos, desencajada, y me dice que nos teníamos que ir urgente, que se había muerto mi abuelo de un infarto. Así me recuerdo, toda mojada, enjuta, con mi mallita roja, un tallón verde y las ojotas enormes, en la cochería,

en ese cuarto gris con un ataúd en el medio. Todo gris y mi abuelo Juan Carlos ahí, en esa caja marrón. La gente me veía sentada mientras algo acuoso surcaba mi rostro, y no era precisamente cloro. Ahí en medio de ese gris y sin pileta, conocí el primer dolor de mi infancia. Yo sentía vergüenza de estar así, todos me miraban y comentaban ¿Por qué una nena como yo tenía que estar con esa mallita toda mojada en un lugar así? Había olor a flores blancas, ¿Viste como las calas que parece que no tienen olor? Eso es mentira, todas tienen olor a mi abuelo Juan Carlos, olor a despedida.

RITA.— Y acá como si no supieran quiénes somos, yo creo que no se dieron cuenta que volvimos. ¿Y las medallas, los trofeos?

ESTHER.— Yo estoy de acuerdo, mucho sacrificio. Ya me cansé.

RITA.— Todo... che todo... si hasta tenés que traer hasta el papel higiénico.

ESTHER.— No ponen nada. No hay nada, toallas, secador de pelo, y si lo traés cuando lo prendés parece que se va a prender fuego todo. ¡Por qué no hacemos una lista y le mandamos a Mancuso, necesitamos secador, papel higiénico, jabón, toallones, bata, alfombrita... ¡¡¡y un espejo carajo!!!! Un espejo...

ESTHER.— Sabés que el otro día llegué acá y cuando estoy por entrar al vestuario, la vi. Estaba de espaldas, era una chica, me hizo acordar a Alicia. Tenía una malla verde como la de ella, me quedé paralizada, me shockeó, no dije ni hola cuando entré.

RITA.— No quiero hablar de eso, no no, me acuerdo cuando fue la policía, Atlanta, la habitación, Ricardo...

ESTHER.— ¡Qué cagazo! la cara de Alicia la tengo grabada...

RITA.— Pero, ¿dónde la viste? ¿Pero a vos te parece que Alicia esté acá?

ESTHER.— ¿Pero vos sos boluda? ¿Cómo va a estar acá? ¡Era parecida!

RITA.— ¡No era Alicia, qué susto!

ESTHER.— ¿Pero qué sos amnésica? ¡Vos tenés memoria selectiva, eso es lo que te pasa, no te querés acordar!! ¡Ahh parece que no hubiese pasado, ah no pasó, no pasó! Alicia, ¡Alicia me preguntás como si no te sonara el nombre! ¡No sabemos quién es, nadie la vio, yo no la conozco, vos tampoco!

¡Alicia que te iba a sacar el lugar a vos!

RITA.— A mí nadie me iba a sacar el lugar, menos Alicia.

ESTHER.— No era lo que Ricardo decía.

RITA.— ¿Qué decía Ricardo?

ESTHER.— Que Alicia estaba mejor que vos.

RITA.— Mejor que yo, ¿en qué?

ESTHER.— ¡En todo!

RITA.— ¡Qué te hacés la viva!

ESTHER.— ¡Pará, pará, tu rendimiento había bajado! Vos lo sabés.

RITA.— No, a mí nadie me dijo que mi rendimiento había bajado, vos lo decís ahora.

ESTHER.— Ricardo decía: "Si se rompe no me sirve... que se rompa ahora y no en la competencia".

RITA.— No, Ricardo no me dijo nada a mí.

ESTHER.— Y yo te defendí, mirá que para mí lo que decía Ricardo era palabra santa, pero lo enfrenté y le dije todo el sacrificio que hacíamos, todo lo que entrenábamos.

RITA.— Si, sé lo que hiciste.

ESTHER.— ¿Y eso quién me lo valoró? ¿A ver?

RITA.— Vos no podés venir a acá diciendo que te pareció ver a Alicia, para qué traés a Alicia acá...

ESTHER.— No la traje, es lo que me pasó, la vi en el casillero y era igual.

RITA.— ¡¡¡Pero no era!!! ¡¡¡No era!! (*grita*).

ESTHER.— Pero parecía.

RITA.— Pero te lo guardás, no venís acá y me lo contás. ¡¡Qué pelotuda!! ¡Todo cagaste! Si te pareció, te lo guardás porque no era Alicia...

ESTHER.— Es que me parece que la veo en todas partes.

RITA.— ¡Y dale!

ESTHER.— ¿Y con quién querés que lo hable? Es que la que sabe las cosas sos vos.

RITA.— No me acuerdo.

ESTHER.— Vos sabés perfectamente. Cuando ganamos en Atlanta 96. Fue en la fiesta, está bien la alegría, todo, se justifica, pero yo ya lo había visto pasar a Ricardo como tres o cuatro veces y Alicia estaba, ahora vos no sé dónde estabas porque cuando yo te busco nunca estás. Ricardo iba y venía, me pareció que iban a llamar a la policía, ella tomó algo, capaz que pensó que no iba a ser tan fuerte.

RITA.— Nos llenaron de indicaciones, dietas, pastillas, entonces si te dan algo vos lo tomás, lo comés, lo hacés por un mayor rendimientos, yo buscaba estar plena, un mayor rendimiento, y Alicia también. Claro que yo esperaba que no tanto, porque me iba a ganar. Sí, ella estaba mejor.

ESTHER.— Si, Ricardo me lo dijo, mejor físicamente, con más condiciones.

RITA.— Y yo lloraba en el baño, yo sabía que ella tenía más gracia, más sensualidad.

ESTHER.— No no, esto se entrena, la sensualidad la podés tener en tu casa, acá tenías que entrenar. Vos sabés que la única forma de bajarse era lesionarse física o psicológicamente.

RITA.— Entrenaba, entrenaba, dejé mi infancia, mi adolescencia en estos 1250 metros cuadrados, mi familia, mi mamá me obligaba, horas y horas y horas de rutina y repetición en estos 50 metros de agua.

ESTHER.— Pero esto es a morir, si no te quema no hay trabajo, te tiene que doler, te lesionas y seguís, seguís. ¿Viste que yo siempre tengo problemas con el manguito rotador? Pero la veía a esa mina y le iba a dar con el brazo hasta que me lo corten antes de que quede esa hija de re mil puta acá.

RITA.— ¡Con todo se quería quedar Alicia, con mi sacrificio, mi vida, con vos! ¡Con nosotras no! ¿Sabés todo lo que me costó llegar acá? Tomá eso que vas a estar mejor, vas a rendir mejor, ¡¡¡tomalo, tomalo!!! dale! Si tomalo te va a hacer bien.

ESTHER.— Es un suplemento, te hace que puedas entrenar más sin cansarte, es como si entrenaras el doble, te mejora el rendimiento, tenés que confiar en nosotras, si lo tomás vas a poder entrenar 8h sin parar

RITA Y ETHER.— ¡Tomá eso Alicia, tomá eso Alicia, tomá eso Alicia! Tomalo, es por tu bien! ¡Nosotras lo tomamos y nos hizo re bien!

Una música de fiesta va invadiendo la escena, se escucha Bailando de Paradisio, van recordando la fiesta.

RITA.— Ricardo, es hoy la competencia.

ESTHER.— No se la ve bien. Pará Ricardo, sácale la mano.

RITA.— Corréle el pelo.

ESTHER.— Así no Ricardo. Lo tomó porque quiso.

ESTHER.— Yo no la vi más.

RITA.— Yo tampoco.

ESTHER.— Y el recibimiento que tuvimos con la autobomba.

RITA.— ¡Fue épico!

ESTHER.— La cara de tu mamá era una cosa que yo no había visto en mi vida....

RITA.— En los diarios, todos los medios, todas las notas, los canales, las entrevistas.

ESTHER.— Venía Mancuso al vestuario, chicas apúrense porque las están esperando los medios.

RITA.— ¡Sí, sí, esa semana fue fantástica, nos la pasamos de nota en nota, pero no entrenamos!

ESTHER.— Aparecieron los sponsors, pusieron pasacalles: Rita y Esther, Esther y Rita felicitaciones olímpicas, orgullo del Club Honor y Gloria.

RITA y ESTHER— ¡Lanzadas al éxito!

Sonido de agua que corre o drums que simulan agua o algo tranquilo.

CUARTO MOMENTO

RITA.— En el entrenamiento de élite el tiempo es un factor agobiante. El tiempo es de otro. Una vara en la columna, un alto en la respiración, un oxígeno que no alcanza. No hay tiempo que alcance. El tiempo aprieta y nos da una oportunidad, una última oportunidad

RITA y ESTHER.— Las dos sabemos que en el nado sincronizado todo tiene que ir a la vez, tanto lo que se ve como lo que va abajo del agua.

Lo nuestro es como mostrar la punta de un iceberg, pero lo que es arriba, ¿es abajo? No siempre.

ESTHER.— ¿Dónde está el parlante? (*Buscan adentro de la pileta*).

RITA.— ¿Qué?

ESTHER.— El subacuático, el nuestro, el que le dimos al club, tiene que estar por acá.

RITA.— Pero yo te digo que los de la contra deben haber saqueado todo el día que murió Perico el piletero del club, para mí se llevaron de todo ese día.

ESTHER.— Nos lo llegan a vender a ese parlante, es lo máspreciado que tenemos, no lo deben haber hecho de ignorantes que son, se llegan a enterar lo que lo vale.

RITA.— Para mí ya lo vendieron, está más claro que el agua.

ESTHER.— ¡Pero no! A mí no me van a convocar sin parlante. Yo sin parlante no me tiro al agua. Con todo lo que hicimos para comprarlo.

RITA.— Tómbola, kermese, rifas, empanadas, torta con café los sábados a la mañana... Cuando lo vimos en el club no lo podíamos creer.

ESTHER.— Torta de limón, de naranja, hasta le hicimos vender a las chicas de patín.

RITA.— ¿Te acordás cómo me elevaba con ese parlante?

ESTHER.— ¡Qué bien que sonaba, suena, el parlante tiene que estar! Sale carísimo, hoy no lo podés comprar con precio dólar, no sé la cantidad de impuestos que tendría que pagar el club para traer uno nuevo, imposible.

RITA.— Lo deben haber escondido los de la oposición.

ESTHER.— ¿Vos te pensás que Mancuso es boludo? Lo tiene que tener bajo llave.

RITA.— Con lo que sale mantener la pileta climatizada, no creo que lo hayan vendido.

ESTHER.— Qué decís, si van a cortar el gas, el agua no está tan caliente como antes.

RITA.— No, está tibia, yo ni me quería tirar el otro día, no puedo con agua fría yo, siento que estoy más pesada.

ESTHER.— Más pesada estás.

RITA.— Pará, que fui a la nutricionista y me dijo que yo necesito carbohidratos para después quemarlos en el agua, que no estoy pudiendo quemarlos como tengo que hacerlo es otro problema.

ESTHER.— Pero no los quemás porque no te movés.

RITA.— Porque debo tener problemas metabólicos o debo retener líquidos...

ESTHER.— Noooo, lo de los carbohidratos no es así, para poder quemar no tenés que consumirlos, si los comés, no quemás grasa usas la energía que te dan los carbohidratos.

RITA.— Yo soy una profesional también, que no se te olvide.

ESTHER.— En Atlanta nos daban pero ahora todo cambió un montón, los nutricionistas ahora hacen otras cosas.

RITA.— (*Busca en los estantes un alfajor que tiene escondido, lo va comiendo mientras continúa hablando*). Yo como una palta por día.

ESTHER.— Las canadienses ya comían grasa en ese entonces. ¡¡¡Que visionarias!!!

RITA.— Sí, pero viste que allá es palta de la buena. ¿Por qué estamos hablando de la palta?

ESTHER.— Hablando de arriba y abajo, ¿dónde está el parlante?

RITA.— De eso se ocupa Mancuso, yo no puedo poner el hombro después de nadar. Mirá yo me meto al agua y listo, después yo ya me olvido de ese objeto, basta de eso.

ESTHER.— Nosotras estábamos acostumbradas a otra cosa, cuando todo terminaba, venía Perico y nos juntaba las cosas y todo eso. ¡Ahora es la cosa! Ahora que nos tenemos que hacer cargo, vos dejás todo tirado, cuando te ponés la gelatina en el pelo y los brillitos esos que usás que tapan la pileta.

RITA.— Eso es parte de mi intimidad.

ESTHER.— Intimidad cuál, ¿qué tapaste el caño?

RITA.— ¿Qué caño?

ESTHER.— Como en Atlanta.

RITA.— Yo justo ahí estaba ordenando todo y vino la policía ¿Qué pasó? Hay cosas que no me acuerdo.

ESTHER.— ¿De qué no te acordás? ¿Te tomaste vos la cosa o qué?

RITA.— Me bajó una presión, no sé, tenía muchos nervios.

ESTHER.— ¡Para mí a lo mejor cuando prepararás la sustancia... te afecta! Una vez fui en un colectivo cerrado a ver un partido y desde que salí hasta Córdoba todos fumando porro, llegué drogada...

RITA.— Y bueno habrá sido todo eso.

ESTHER.— Y después un médico me dijo, te afectó, si estuviste encerrada todo el tiempo con porros y porros... te puede pasar que, aunque no consumas drogas, consumas.

RITA.— Sí, sí, habrá pasado eso porque yo no consumí nada, estuvimos toda la noche encerradas con el frío que hacía en ese hotel, esperando a las rusas y las canadienses que no llegaban, ya teníamos todo armado.

ESTHER.— Pero vos no tenés cara.

RITA.— Ricardo estaba en el pasillo, salió con la rusa y la canadiense.

ESTHER.— Pero si Ricardo nunca vino con la rusa.

RITA.— Pero, ¿por qué se descompone Alicia?

ESTHER.— ¿Vos me estás preguntando en serio?

RITA.— Pero no me acuerdo te estoy diciendo.

ESTHER.— ¿Sos pelotuda?

RITA.— Pero no me acuerdo, estaba muy nerviosa.

ESTHER.— Hay cosas de las que no voy a hablar.

RITA.— Ah si vos cambiás las cosas, después no querés hablar, vos planeás las cosas, pero después te olvidás de todo.

ESTHER.— Pero, ¿qué planear?

RITA.— Claro, yo hago las cosas después, me habré falopeado yo, me la tomé toda, no sé qué pasó, tengo imágenes como de que fui a entrenar, a entrenar, si? Estábamos por meternos y apareció esta Alicia que me quería sacar el lugar, y me dijo que ella iba a quedar en mi lugar.

ESTHER.— ¡Qué futuro que tenía!

RITA.— Y entonces Ricardo nervioso vio que se desmayó mientras nadaba y fue, y se tiró a rescatarla, y después llamó a la policía. El cuerpo de la chica flotaba y le entraba agua en los pulmones supongo, y nosotras ahí mirando cómo flotaba. Para qué va a llamar a la policía...

ESTHER.— ¡No! Llamó la ambulancia a la policía.

RITA.— ¡Y qué tanto escándalo que me traés todos esos momentos desagradables de mierda, si igual competimos y ganamos, ganamos, porque la que tuvo que hacer el dúo con vos finalmente fui yo, ¡yo! Listo, hicimos la competencia, Alicia se descompuso, nosotras ganamos y está todo bien. Olvidemos todo eso. Ahora dejame en paz.

ESTHER.— Vos estás omitiendo una parte.

RITA.— ¿Cuál?

ESTHER.— Que por tu culpa no nadamos más.

RITA.— Eso es terrible... Esa fue nuestra última competencia. Dijimos: ¡Volvemos a casa y listo, hasta acá llegamos! Tengo miedo que por Ricardo nos relacionen con algo, ¿Cómo podés decir que por mi culpa no nadamos más?

ESTHER.— Ya dijimos que si Ricardo está nos vamos.

RITA.— ¿Qué hacemos? ¿Vamos a permitir que este club lo agarre toda esa manga de corruptos que nos vendieron los parlantes por dos mangos? Para mí compraron pasto sintético para la canchita de fútbol que quieren hacer para las pibas.

ESTHER.— Por supuesto que no apruebo la corrupción, pero a mí lo que más me preocupa es nadar.

ESTHER.— ¿Sabés qué? Cuando meto la cabeza en el agua todo esto que estamos hablando se termina.

RITA.— El cuerpo, flotar...

ESTHER.— Me siento como una astronauta, una pluma, es como ir volando, ¡el agua cura! hay gente que no camina y en el agua camina, ¡es sanadora, milagrosa!

RITA.— El agua es vida, pasión, no me siento sola, tal vez porque recuerdo mi vida intrauterina...

ESTHER.— Bue, tu mamá te entregó en sacrificio al entrenador.

RITA.— ¿Qué decis? (*se ríe*) El agua nos dio un nombre Esther, le dio un nombre a este Club... pero quisiera volver a eso, a ese líquido amniótico...

ESTHER.— ¿Qué decís del líquido amniótico?

RITA.— El cuerpo tiene memoria, el mío sí, capaz que vos no tenés.

ESTHER.— Vos naciste con dos vueltas de cordón, ¿Vos sabés que como llegaste al mundo te define cómo sos? Por eso te sentís asfixiada.

RITA.— Terminala. Yo quiero seguir, pero sin competir.

ESTHER.— No quiero terminar rota otra vez, ponerme la gelatina en el pelo, tener que maquillarme, comer un Suchard por mes, volver a las 11 de la noche muerta de frío con el pelo mojado.

RITA.— Y yo no quiero privarme de una comida un domingo al mediodía.

ESTHER.— No te estás privando.

RITA.— Basta.

ESTHER.— Esta semana van a votar acá.

RITA.— ¿Y a quién vamos a votar?

ESTHER.— ¡A Mancuso! Seguramente cuando gane nos van a hacer un reconocimiento, van a volver a poner nuestro cuadro en el buffet.

RITA.— No pueden borrar nuestra historia de un plumazo como si no hubiesen estado en la autobomba, como si no hubiésemos tenido medallas y trofeos, los pasacalles.

ESTHER.— A ver la gente, el barrio tiene memoria, yo cuando paso me saludan hasta el día de hoy...

RITA.— A mí también, ahí va la que nadaba para el club...

ESTHER.— Estás cambiada.

RITA.— Vos también.

ESTHER.— ¿Estamos vigentes?

RITA pone su mano en el corazón de ESTHER, comienzan a recordar y a cantar, se suben al podio y toman sus toallones como si fueran un poncho que revolean.

RITA y ESTHER.— “Y dale alegría, alegría a mi corazón nadar para honor y gloria es mi pasión, tenés que dejar el alma y el corazón, tenés que dejarlo todo por el club honor, ya van a ver como Rita y Esther vamo’ a volver” (*repiten varias veces como canción de aliento, se suman sonidos de tambores y multitudes que las aclaman*).

RITA Y ESTHER.— Y dale alegría, alegría... (*se colocan en posición con sus mallas de competición, tiran sus toallas hacia atrás, se preparan para saltar*).

Apagón.

FIN

AJEDREZ DE OTRO MUNDO

PAULA GLUZMAN

Paula Gluzman se formó en actuación con Nora Moseinco, Federico León y Adriana Barestein en el Centro Cultural Borges. Realizó seminarios de Dramaturgia con Cecilia Propato. Es autora y directora de *Ajedrez de Otro Mundo*, comedia Musical presentada en el Teatro Moran (2024), antes estrenada en el teatro El Desguase (2023). La Dramaturgia de la obra se realizó en el curso “Dramaturgia 2. Obra lista para el montaje escénico”, dictado en el Centro Cultural Ricardo Rojas. Es egresada de la tecnicatura del Conservatorio Manuel de Falla con especialidad en Bandoneón. Durante 2023 formó parte como actriz y bandoneonista del espectáculo *La Maravillosa señorita Gilda y su Jardín Mágico* presentada en el CCK y Tecnópolis. Participó junto a Ximena Banus de *La Kermes 2037* coordinada por Pedro Saborido en la sala Caras y Caretas.

Personajes:

LA REINA
EL PROFESOR
COCO
CLEMENTINA
NIÑA
NIÑA 1
ALFIL
TORRE

*Se ve a una NIÑA en escena jugando Ajedrez sola,
realiza movimientos con las piezas y se queda dormida lentamente.
Apagón.*

LA NOVIA SE FUGA

En un salón de cuadrados blancos y negros, una mujer con un vestido real y una corona camina rápido de un lado al otro, la mujer lleva una valija grande en su mano. El salón tiene dos ventanas, todo reluce.

REINA.— *(Entra a escena, camina rápido se detiene y mira hacia delante). ¿Torre dónde estás? (Se va y asoma su cara por una ventana). ¡Torre!*

Entra a escena un señor de sombrero con un traje a cuadros blanco y negro, también lleva una valija en la mano.

PROFESOR.— ¡Alfil! ¡Alfil querido! ¿Dónde te metiste?

*La REINA y el PROFESOR continúan buscando a la TORRE y el ALFIL.
La REINA sale y el PROFESOR entra, no se cruzan.*

REINA.— *(Entra a escena, en una pantalla se ve proyectada la invitación a la boda de la TORRE y el ALFIL, es una tarjeta con la foto de ambos. Mira la foto y mira hacia delante. Señala con su mano la foto).* ¡No se abandona una boda así! No se le hace esto a una wedding planner como yo. Pensé en todo, en cada uno de los detalles, los sandwichitos de miga, la coca, el mantelito, las invitaciones con los cuadraditos de ajedrez, foto de acá, foto de allá, las florcitas. *(Llora)*. ¡Soy una desgraciada! Justo a mí me tiene que pasar esta tragedia, justo la torre, mi única *(pausa)* mi única clienta.

(Declama)

Oh Torre blanca, oh Torre bella
De tu propio casamiento has huido
¡Que tristeza!

PROFESOR.— *(Entra)* Le partiste el corazón al pobre Alfil.

¿No te dais cuenta?

Y ahora llora el desdichado

Desde que tú lo has dejado.

REINA y PROFESOR.— Pobre Alfil desdichado, su casamiento será cancelado.

Pobre Alfil desdichado, su casamiento será cancelado.

REINA.— Me voy *(pausa)*. Voy a encontrar a esa torre y la voy a convencer de que esta boda se hará *(pausa)* aunque pasen por mi cadáver. JAJAJAJA *(imposta la risa)*. Tengo que practicar mejor mi risa de malvada. *(Agarra su valija y se va)*.

PROFESOR.— Espere se, lleva mi valija.

REINA.— Esta mi valija.

PROFESOR.— Es igual a la mía, no mienta.

REINA.— ¿Qué tiene usted ahí?

PROFESOR.— ¿Qué tiene usted ahí?

Ambos se miran desconfiados, se sientan, abren sus valijas lentamente, cada uno de su valija saca un bandoneón. Se miran.

REINA.— Oh.

PROFESOR.— Oh.

La REINA, el PROFESOR y COCO comienzan a tocar. “Casamiento Real” de Paula Gluzman.

REINA y PROFESOR.—

*Hoy se casan el Alfil y la Torre
Hoy te invito a bailar este vals
Que se enciendan las luces del Reino
Que esta noche te invito a bailar
Bienvenidos a este casamiento
Inmemorable esta fiesta será
Que se prendan las luces del reino
Que esta noche te invito a bailar*

*Parece que fue ayer cuando la ví
Estaba usted sentada frente a mí
Charlando de la vida yo le confesé mi amor
Y yo lo rechacé porque pensé
Que era un chamuyero y fanfarrón
Galán de medio pelo, mi gran amor.*

PROFESOR.— Y yo insistí.

REINA.— Lo sé.

PROFESOR.— Le demostré mi amor.

COCO.— Sin palabras y con hechos, el ganó su corazón. Y hoy que la unión se dio.

PROFESOR.— Que tanto me costó.

REINA, PROFESOR y COCO.— Alcemos bien las copas brindemos por el amor.

Están juntos

REINA y PROFESOR.— ¿Estamos juntos?

COCO.— Y se aman.

PROFESOR y REINA.— ¿Nos amamos?

COCO.— Están felices, comerán perdices

REINA y PROFESOR.— ¡Qué asco es!

REINA, PROFESOR y COCO.— Brindemos por el amor.

COCO.— (*Mira hacia adelante*) ¡Aplausos por favor!

PROFESOR.— Que hitazo.

REINA.— Somos im-presio-nan-tes. Los Novios nos van a amar ¡Siento la fama!

PROFESOR.— Amigos más atención se casan la Torre y el Alfil. Pero hay un problema, la Torre se dio a la fuga.

COCO.— (*Rapeando*). Y a aunque la novia no esté acá, el casamiento se hará.

Paciencia y coraje que ya aparecerá.

REINA y PROFESOR.— Pobre Alfil desdichado, su casamiento será cancelado.

REINA, PROFESOR y COCO.— Pobre Alfil desdichado, su casamiento será cancelado.
REINA.— Mándenle un wasap.

COCO saca un celular de su bolsillo y todos graban el mensaje.

REINA, PROFESOR y COCO.— Felicidades Torre y Alfil, les deseamos lo mejor, esta banda de Ajedrez los saluda con amor.

REINA.— *(Mira el celular)*. A ver *(Pausa)*. Me clavó el visto, qué cretina. Casamiento, amor y toda esa porquería que no sirve para nada. Sabés los casamientos de reyes y damas que vi en mi vida, y ahora a estos dos se les da por casarse. ¡Ay, qué originales! ¡Ay, qué felices!

REINA.— Hay temas más importantes en la vida, temas en la vida que te toman por completo, que te ocupan todo tu cerebro.

REINA, PROFESOR y COCO.— ¿Qué temas Reina? ¿Qué tiene en su cabeza?

REINA.— ¡Que no puedo sacar este mate en 2! ¡Me tiene loca! *(Llora. Se proyecta en la pared una imagen de un mate en 2)*. Mirá lo que es esto. *(Se agarra la cabeza)*. ¡Es imposible!

El PROFESOR.— Tranquila mi Reina, tranquila.

Empieza a sonar un candombe “Olor a mate en 2”, de Nicolás Kornblihtt

*Hay olor a mate en dos, hay olor a mate en dos.
Debes mirar bien la posición
Que miran tus piezas, sus piezas
En esta canción.*

*Imaginar las jugadas que no están en el tablero
Sino en la mente del jugador.
Debes mirar bien la posición
Que miran tus piezas, sus piezas
En esta canción.*

Termina el tema musical.

COCO.— ¡Hay un sacrificio!

REINA.— Lo vi era yo misma.

COCO.— Claro D x Peón.

REINA, PROFESOR y COCO.— Y torre b8, ¡jaque mate!

REINA.— Era un tontería, yo lo re tenía.

REINA, PROFESOR y COCO.— Sí, claro.

*COCO queda solo jugando al ajedrez se ven proyectadas imágenes como sombras chinas,
la luz baja y se ve a COCO pensando sobre el tablero.*

REINA.— Coco, el anillo de boda.

COCO.— Ni idea.

REINA.— Coco, el anillo.

COCO.— No responde.

REINA.— *(Le grita)* ¡Sos un colgado! Estás despedido.

*Empieza a sonar una base de reggae y COCO canta “Colgado de la Galera” de Paula
Gluzman.*

COCO.—

*Dicen que distraído yo soy
Pero mi cabeza es de campeón
Si te relajás amigo estás mejor
Critican mi responsabilidad
Hablan de mi forma de ser y actuar
Es que no entienden nada
Del amor*

*Ajedrez, playa y sol
Viva el viento del amor
Ajedrez, playa y mar
Viva el mundo y navegar
Ciudadano del planeta sin fronteras
Soy un colgado de la palmera
Sin prejuicios disfruto de la vida
Navego sin prisa
Ajedrez, Coco y mar
Vida tranka, viento y sol
El tablero contemplar
Las jugadas del amor
Ajedrez, playa y sol
Coco, viento, caipiriña y ron
Ahora me voy a comprar un coco
Me voy a tirar en la arena como loco*

*Mientras ustedes viven estresados
Yo solo pienso que están cansados
Voy a jugar la partida de mi vida
Exigencia no implica disciplina
Relajate amigo, contemplación
Mientras mi mente divaga jugadas geniales
Ustedes piensan que todo es dinero
Mientras mi mente contempla el hermoso paisaje
Ustedes solo piensan en plata.*

*Termina el tema musical
Se ve una NIÑA en escena lleva puesto un saco y una pollera.*

REINA.— Mamá, quiero jugar ajedrez por favor, dejame jugar.

NIÑA.— Sos una mujer y ese es un juego de varones.

REINA.— Por favor Mamá, dejame quiero se campeona.

NIÑA.— Vení a comer que se enfría la comida.

REINA.— Por favor mamá te lo suplico.

NIÑA.— Basta dejá de jugar ese juego de porquería y vení a comer. *(Se va)*.

REINA.— *(Mueve la cabeza como si se estuviese despertando de una pesadilla)*. Necesito algo fuerte, tráiganme un licuado.

PROFESOR.— *(Entra vestido de mozo)* Aquí tiene mi Reina. Son 20 dólares.

REINA.— 20 dólares, ¿cómo 20 dólares? ¿Por un licuadito?

PROFESOR.— La inflación Reina, la inflación.

REINA.— ¿Tiene Mercado pago? ¿Acepta?

PROFESOR.— No.

REINA.— ¿Bitcoin, cripto moneda?

PROFESOR.— Solamente acepto piezas de ajedrez, mi Reina.

REINA.— Pero de qué me habla Profesor, un cortadito, un cortadito.

PROFESOR.— *(Canta “El valor de las piezas” de Nicolas Kornblihtt)*

*Si me pongo materialista
Cada pieza tiene un valor
Olvidarse del contexto
Eso sí que es un bajón.*

PROFESOR.— Claro, porque vos tenés que estar pensando en la posición; no importa tanto el puntaje de las piezas viste.

TODOS.—

*Pero en este mundo capitalista
Cada pieza tiene un valor
Voy al súper a hacer las compras y te pago con un peón.*

COCO.— Che, pero ¿cuánto vale un peón?

PROFESOR.— (*canta*)

*Pero en este mundo capitalista
Cada pieza tiene un valor
Voy al bar y me como una pizza
con una torre te pago yo.*

REINA.— Che, pero ¿cuánto vale la pizza?

PROFESOR.— Cinco puntos.

REINA.— O sea que sale 5 pesos.

PROFESOR.— 5 puntos.

COCO.— Y si querés agregarle un postre o una bebida y ponele que te sale en total 9 pesos. ¿Con qué pagás?

PROFESOR.— 9 pesos (*Pausa*). 9 puntos ¡Ahí te pago con una Dama! (*canta*)

*Pero en este mundo capitalista
Cada pieza tiene un valor
A excepción del rey que no tiene precio
Porque infinito es su valor.*

Termina el tema musical

COCO.— Infinito, infinito... qué es el infinito. (*Se agarra la cabeza. Mira hacia arriba y luego hacia adelante.*) *De a poco se escucha una música incidental y se ven luces psicodélicas. Se escucha una Voz en off.*

¿Quién soy?

¿Qué hago aquí?

¿Cómo puede ser el hombre feliz en el mundo? ¿Tenemos las personas libre albedrío para actuar?

¿Qué voy a comer hoy? ¿Milanesa? ¿Ravioles?

¿Qué es lo real?

¿Qué ocurre después de la muerte?

¿Qué es el arte?

¿Existe la nada?

¿Existe el alma humana?

¿Combiné mi camisa con los zapatos?

¿El mundo en el que vivimos es real?

¿Qué es el bien?

¿Qué es la vida?

¿Qué es la belleza?

¿Por qué empiezan las blancas?

¿Por qué la torre se llama torre?

¿Existe la objetividad?

Las preguntas se empiezan a escuchar con eco y se cruzan unas con otras.

¿Cuál es el sentido de la vida del ser humano en el mundo?

¿Hay algo como un Dios?

¿Por qué soy tan alto?

Mirando a la Reina malvada ¿Por qué ella es tan baja?

¿Está todo escrito o las personas crean su propio destino?

¿Qué es el tiempo?

Se escucha la base de un trap y todos cantan “Pregunto y soy” de Paula Gluzman

TODOS.—

*Soy el Rey de los Reyes el que todo lo pregunta
El que todo lo cuestiona
Y al que todos lo consultan
Vivo la vida el inmenso interrogante
Sin buscar respuestas, sé suena pedante
Nada sencillo, ni fórmulas fáciles.
Complejizo todo. Me gusta ese viaje.
Yo no naturalizo, siempre cuestiono
Y si habito el mundo, este es mi modo.
Si mi forma de ser te parece soberbia, pregúntate a ti mismo
Replantea tus respuestas
Por qué en mi consciencia habita lo profundo
Y mi mente estalla
Preguntando al mundo
Nada sencillo, ni formulas fáciles.
Complejizo todo. Me gusta ese viaje.
Yo no naturalizo, siempre cuestiono
Y si habito el mundo, este es mi modo.*

Coro: Rey de reyes

COCO.— Ese soy yo.

Coro: Rey de reyes

COCO.— Siempre el mejor.

*Coro: Rey de reyes
Un gran cuestionador*

*Rey de reyes
Pregunto y soy*

EL LLAMADO DE LA NOVIA

Aparece la TORRE en un noticiero se escucha la música de Crónica TV “ÚLTIMO MOMENTO TORRE FUGITIVA”. Declaraciones exclusivas.

“Hola a todos y todas, acá estoy, no voy a dar declaraciones, ni pienso hablar con la prensa, pronto tendrán más noticias mías. Solo quiero decirle al mundo que estoy bien y si causé daño a alguien que quiero lo siento en lo más profundo de mi corazón.

Los amo. Chauchis. Les dejo un acertijo en pantalla para que siempre me recuerden”.

REINA.— Mi clienta es una nueva influencer (*No lo pronuncia bien*). Llegó al millón de seguidores, excelente. Sigámosla buscando, esto me sirve.

PROFESOR y COCO.— Messi.

La REINA se va.

PROFESOR.— El amor, el amor.

COCO.— ¿Qué pasa amigo?

PROFESOR.— Nada Coco, cosas mías.

COCO.— ¿Quién te gusta?

PROFESOR.— Nada Coco, cosas mías.

COCO.— (*Le lee la mente al PROFESOR telepáticamente*). Ve y dile que la amas

PROFESOR.— ¿Te parece? Soy muy tímido.

COCO.— Vamos Profe la vida es una sola.

COCO.— Practiquemos.

PROFESOR.— (*No le salen las palabras*) Clementina la a... (*Intenta pero no puede expresar su amor*).

COCO.— De nuevo.

PROFESOR.— No puedo.

COCO.— Y bueno, probá cantando. ¡Cantale una serenata! (*Saca un ramo de Flores de su bolsillo y se los da al PROFESOR*). Con esto la matás, si sos irresistible, alta facha.

El PROFESOR se arrodilla y canta a su amada CLEMENTINA,

“Serenata a Clementina” de Paula Gluzman

Se encuentra el PROFESOR arrodillado frente a un balcón, trae un ramo de flores en su mano y canta.

PROFESOR.—

*Ayer la vi pasar de espaldas frente a mí
Y supe que el amor ha llegado a mi vida
Tantas veces lo busqué, tantas veces yo sufrí
Tantos sueños que dejé por una causa perdida*

*Ayer la vi pasar
Como un ángel llego
Y supe que el destino nos había encontrado
El viento a mi favor
La suerte de mi lado
Se disparó la flecha de cupido enamorado*

Estríbillo:

*Esta es mi serenata
Mi querida Clementina
El Romanticismo ha muerto
Soy el último en mi pueblo
Y me muero por su amor*

*Por favor abra la puerta
Mi querida enamorada
Yo le lavaré los platos
Le paseo siempre al gato
Le limpiaré su balcón
Por favor abra la puerta
Mi querida enamorada
Que es de noche y hace frío
No traje ningún abrigo
Y me muero por su amor*

PROFESOR.— Abra la puerta amada mía. (*Golpea fuerte la puerta*). ¡Abra por favor, se lo ruego!

Se escucha una voz de una mujer de unos 70 años, es CLEMENTINA.

CLEMENTINA.— (*En off*) Pero quien anda ahí, quien anda ahí. ¿Quién es?

PROFESOR.— Soy yo.

CLEMENTINA.— (*En off*) Yo, yo, yo. ¿Quién es? Yo, yo, yo, qué misterio.

PROFESOR.— (*Canta*).

Yo soy ese profe, que hoy llama a su puerta.

*Y soy ese tango pasado de moda
Discúlpennme ustedes si lloro en silencio
Y muero de amor.*

*Yo soy ese grito que nadie responde
Tu voz hecha ausencia,
Un abrazo perdido
Aquel que siempre tuvo buena suerte en el juego
Y mala en amor.*

CLEMENTINA.— *(Se ríe)*. Qué intenso que sos profe. Tranqui che. Que la pizza sin la aceituna, que el sandwichito sin el queso. No te abría porque estoy con un lío bárbaro con los gatos, me desordenador toda la casa. Y esta toda patas para arriba. ¿Viste? Sino yo te abro, de mil amores. Si sos un churro bárbaro, la verdad. Que buen Mozo.

PROFESOR.— Oh amada, ¿le ha gustado mi serenata?

CLEMENTINA.— Me encanta esa verdulera que tenés, ese acordeoncito.

PROFESOR.— Es un bandoneón, el instrumento del “Tango” amada mía.

CLEMENTINA.— ¿Y seguís jugando a las damas? Eso que hacías con las fichitas.

PROFESOR.— Se llama ajedrez amada, es un juego con más jerarquía que las damas y se le dicen PIEZAS no FICHAS.

CLEMENTINA.— Yo ahora no puedo abrirte, pero bueno estamos en contacto. Llámame al fijo, porque no tengo ni wasap, ni nada che.

PROFESOR.— Adiós amada mía, adiós. *(Queda solo en un rincón)*.

UN ALFIL DESDICHADO

Se ve al ALFIL en una pantalla.

ALFIL.— *(Mira al PROFESOR)*. Uh, este está peor que yo. *(Llora)*. Yo lo arruiné todo, todo.

PROFESOR.— ¿Qué pasó, Alfil?

ALFIL.— No merezco el amor, yo lo arruiné todo.

COCO.— ¿Qué pasó, Alfil?

ALFIL.— Soy un desdichado, yo lo arruiné todo

TODOS.— ¿Qué pasó Alfil, qué pasó?

ALFIL.— Que yo...

REINA.— *(Interrumpiendo al ALFIL)*. Basta, deja de lamentarte y contamos qué pasó.

ALFIL.—: Era el atardecer, el sol caía y ella lucía tan hermosa, se movía sin parar por todo el tablero en filas y columnas. Cuando me acerco para darle el anillo de bodas, me doy cuenta que no era ella (*Pausa*) era su hermana melliza (*Pausa*) la otra Torre. (*Llora*).

PROFESOR.— Qué traicionero es el atardecer.

COCO.— Pero Alfil querido ya sabés que en el reglamento está prohibido enrocar si se movió el rey o la torre en la partida, era obvio que tu amada estaba en la otra columna del tablero. ¡Era obvio!

LA VOZ DE LA CONCIENCIA

Se ven hojas secas que vuelan por el aire, el cielo se nubla completamente, hay relámpagos y se escucha el sonido del viento muy fuerte golpeando contra los árboles.

REINA.— No, no es justo, No me hagas esto tormenta (*Mira para arriba*). ¡No te metas conmigo! Me las pagarás, una por una si arruinás la boda. Cada gota que derrames te será devuelta. ¡No puede ser! La novia que se fuga, se larga la peor tormenta de la historia. Todos se fueron, no tengo a nadie que mandar. Soy un fracaso como wendding planner y perdí todo mi prestigio, nadie más confiará en mí para su boda. Nadie. (*Llora*).

Se escucha una voz muy grave no se sabe de donde proviene.

CONCIENCIA.— (*En off*) Siempre pensando en guita, Reina.

REINA.— ¿Quién sos? ¿Quién anda ahí?

CONCIENCIA.— (*En off*). Soy yo, la voz de tu conciencia.

REINA.— ¿Voz de qué? Todo lo dejé en este negocio y fracaso, soy una desgraciada, todo me pasa a mí, solo a mí.

CONCIENCIA.— (*En off*). Asumiste el poder, y no pensaste en tu pueblo, solo en tu narcisismo. Y esta es tu consecuencia, debes hacerte responsable de tus actos. Recuerda tu niñez Reina, tu niñez...

Se escucha una música tranquila.

REINA.— Corrían los 80, yo era peón y se jugaba un torneo escolar. Mi contrincante lo tenía todo, 2 torres, 8 peones, caballos, alfiles, dama de más y yo estaba solo, completamente solo. El rey estaba en la otra punta del tablero. Nadie confiaba en mí, todos me hacían burla, bullling, pero yo confiaba, confiaba ciegamente que alguna vez lo lograría, que podría coronar y salvar a mi reino. Y cuando nadie me miraba, ni confiaba en mí (*Pausa*) yo sabía que lo iba a lograr.

*Se escucha una voz tipo relator de fútbol que narra la coronación del peón: Se acerca el peón, se acerca el peón insignificante, come al paso en G5, esquiva a la Torre, captura al caballo en F6, amenaza a la Dama en F7, gambetea y Corona en F8 el Peón Corono
Señores lo hizo ¡Lo logró!*

REINA.— Luego tomé coraje me vi hermosa, ágil, poderosa, y fui capturando una a una las piezas de mi rival, hasta acorrallar al rey contrario y darle el beso de la muerte.

CONCIENCIA.— *(En off)*. Has llegado al poder y mírate, estás sola y triste.

REINA.— Yo solo soñaba con un mundo mejor.

CONCIENCIA.— *(En off)*. Escucha tu corazón Reina.

Escucha tu ritmo, escúchate a ti misma,

Se escuchan latidos de corazón

Esa es tu esencia

Tu alma “Cumbia Reina”

Se escucha la introducción de una cumbia.

REINA *(canta)*.—

*Soy la reina del juego
La reina del ajedrez
La que todos critican
Y temen a la vez
La que fue peón y coronó
Y ahora tiene el mundo a sus pies
La que digita el tablero
Y captura uno por vez
(Estríbillo)
Un pasito para aquí
Un pasito para allá
Que yo me muevo en fila, columna y diagonal
Un pasito para aquí
Un pasito para allá
Que yo me muevo en fila columna y diagonal
Y que murmure la gente
Y que hablen de mí
A las espaldas critiquen
Lo que soy y lo que fui
Y que me digan
Mala, errática, loca*

*Petisa lo soy, fulera y cruel
Si total
Tengo el mundo a mis pies.*

Termina el tema musical.

COCO, y el PROFESOR cantan “un pasito para aquí, un pasito para allá” y van haciendo trencito.

Se escucha el sonido del segundero y se proyecta la hora.

REINA.— Estimados, falta una hora para el casamiento, la novia no aparece, Yo me doy por rendida. Gracias por todo. (*Está a punto de tirar su corona. Mira en la pantalla el problema de Ajedrez enigmático que le había dejado la TORRE*).



REINA.— Tf8+

COCO.— Cf6+

PROFESOR.— Rh8 única

TODOS.— Y Torre H7 ++

COCO.— ¡Es el mate de los árabes! El más antiguo de todos.

PROFESOR.— ¡Claro, se fugó con su mejor amigo el caballo!

TODOS.— ¡Están en Arabia!

*Suena música árabe y se ve a la torre con el caballo en un hotel de lujo,
tomando unos tragos.*

ALFIL.— ¿Estabas acá amada mía?

TORRE.— Si, estoy acá pasándola bomba.

ALFIL.— Perdón amor mío.

TORRE.— (*Se burla*). Perdón amor mío.

ALFIL.— Algo es algo, te pido disculpas por mi confusión, no veía nada y soy medio chicato.

TORRE.— Mi vida siempre fue compartir todo, siempre las melli, las torres mellizas, nunca un cumple sola, siempre compartir los amigos, la habitación, la ropa. Nunca, había tenido algo para mí sola, y en mi noche de bodas, mi única noche... Yo quería ser la única, la única protagonista.

ALFIL.— Lo sos mi amor, sos la única Torre en mi vida.

TORRE.— Y tú Alfil de casillas negras, eres mi único amor, aunque seas chicato, ronques de noche y tengas olor a chivo.

COCO.— Bueno Torre, cortala ya te pidió disculpas. Ahora sí puede besar a la novia.

La TORRE y el ALFIL se besan.

Se ve a una NIÑA en escena jugando Ajedrez.

La posición es la misma que el principio de la obra.

NIÑA 1.— ¿Todo eso soné? ¿Todo esto estaba en mi cabeza? Un alfil desdichado, una torre fugitiva, piezas bailando un rap, un casamiento... Soné con un Ajedrez, un Ajedrez de otro mundo.

Se escucha el tema grabado y los actores saludan

*Hoy se casan el Alfil y la Torre
Hoy te invito a bailar este vals
Que se enciendan las luces del reino
Que esta noche te invito a bailar
Bienvenidos a este casamiento
Inmemorable esta fiesta será
Que se prendan las luces del reino
Que esta noche te invito a bailar
Parece que fue ayer cuando la vi
Estaba usted sentada frente a mí
Charlando de la vida yo le confesé mi amor
Y yo lo rechacé porque pensé
Que era un chamuyero y fanfarrón
Galán de medio pelo, mi gran amor*

PROFESOR.— Y yo insistí.

REINA.— Lo sé.

PROFESOR.— Le demostré mi amor.

COCO.— Sin palabras y con hechos, él ganó su corazón. Y hoy que la unión se dio.

PROFESOR.— Qué tanto me costó.

TODOS.— Alcemos bien las copas brindemos por el amor. Están juntos.

REINA y PROFESOR.— ¿Estamos juntos?

COCO.— Y se aman.

PROFESOR y REINA.— ¿Nos amamos?

COCO.— Están felices, comerán perdices

REINA y PROFESOR.— ¡Qué asco es!

TODOS.— Brindemos por el amor.

Fin de tema musical

Se escucha la voz de la TORRE y el ALFIL discutiendo.

TORRE.— Ni sé para que volví del hotel, sos muy posesivo.

ALFIL.— Pero mandame un mensajito, avisame si salís.

TORRE.— Mirá que me rajo de nuevo, ehh.

FIN

UN DIOS OSCURO

LAURA OBHOLZ

Laura Obholz cursó sus primeros estudios en San Justo, partido de La Matanza. Luego hizo una tecnicatura en corrección literaria en el Instituto Superior de Letras Eduardo Mallea. Desde el año 2024 cursó en el Centro Cultural Rojas, Dramaturgia del monólogo y el unipersonal y los cursos de Dramaturgia I y II con la maestra de dramaturgia Cecilia Propato. En julio de 2024 se recibió de Técnica en guion para medios audiovisuales, en la Universidad de La Matanza. Actualmente está en proceso de publicar una novela policial y de estrenar una obra de micro monólogo en un centro cultural.

Personajes:

ANCIANA, 90 años

ELSA, 40 años

ANA, 30 años

Luz amarillo suave. Se oye sonido de lluvia y truenos suaves. Habitación de paredes negras. Hay una cortina roja y una puerta negra. Hay una mesa con tres sillas. Sobre la mesa hay una tetera con tres tazas. En el piso hay piedras apiladas que forman un círculo de 50cm de ancho y alto. Hay una ANCIANA sentada a la mesa de vestido negro. La puerta negra se abre y entra ANA que tiene un vestido rojo. Lleva en brazos un bulto envuelto en mantas. Se oye llanto de bebé.

ANCIANA.— Llegás tres horas tarde, ¿dónde estabas? *(Se sirve un té).*

ANA.— Mamá, qué hermosa niebla hiciste. Nadie podía verme. Iba y venía. Sacaba, arrebatava y nadie podía verme. Las madres lloraban y no me veían. Qué hermosa niebla.

ANCIANA.— Tu padre está hambriento, ¿dónde estabas?

ANA.— Quería sacarle las alas a las mariposas que estaban pegadas en la niebla. Tenían alas azules y negras.

ANCIANA.— Escuché los aleteos. ¡Qué estúpidas son! Nada puede escaparse de mi niebla.

ANA.— Hiciste una niebla hermosa, mamá.

Se oye llanto de bebé. ANA se arrodilla frente a las piedras apiladas y arroja el bulto y las mantas. Se oye un gruñido. Se oyen sonidos de mandíbulas que mastican. Se oyen huesos que se parten. Silencio.

ANCIANA.— ¿Qué hacías anoche en la tierra?

ANA.— Escuché unos ruidos sobre la tierra.

ANCIANA.— ¿La luna te habló?

ANA.— Sí, pero me puse algodones en los oídos. Y bajé la mirada. La luna estiraba su luz y me tocaba, pero yo cerré los ojos.

ANCIANA.— No tenés que escuchar ni mirar nunca a la luna.

ANA.— Tiene una voz hermosa.

ANCIANA.— ¿Qué hacías anoche en la tierra?

ANA.— Se salieron algunos huesos.

ANCIANA.— Seguro que los enterraste a poca distancia y los perros los agarraron.

ANA.— No, los huesos se salieron solos. Hace días que se escapan.

ANCIANA.— Tenés que enterrarlos más profundos y cruzarlos entre sí, así se confunden. Y escarban y escarban, pero para abajo. Así no se salen.

ANA.— Mamá, vos sabés todo.

ANCIANA.— Mi madre y la abuela de mi madre me enseñaron todo. Mujeres sabias que sabían enterrar bien los huesos y sabían cómo detener un corazón con solo mirarlo.

ANA.— Mamá, vos no nos enseñás nada.

ANCIANA.— Ustedes no tienen alma.

ANA.— Nacimos sin alma.

ANCIANA.— Ustedes están vacías como abismos sin fondo.

ANA.— ¿Dónde van las personas que no tienen alma?

ANCIANA.— No van a ninguna parte. Deambulan sin distinguir el día de la noche. No pueden ver colores y la comida tiene el mismo olor y sabor de las cosas que se pudren.

ANA.— *(Se tapa el rostro con las manos)*. ¿No nos van a poner debajo de la tierra?

ANCIANA.— No, nuestra carne no se deshace nunca y repele la tierra.

Se abre la puerta negra y entra ELSA que tiene un vestido azul. Tiene una canasta con limones. La deja sobre la mesa.

ELSA.— Te traje los limones, mamá.

ANCIANA.— Son los limones que crecieron del lado sur del árbol, ¿no?

ELSA.— Sí, mamá. Solo los del lado sur, los más frescos.

ANCIANA.— Es por el viento que choca con la planta. Les da ese sabor y juventud.

ELSA.— Ya sé, mamá. ¿Puedo tomar un té?

ANCIANA.— Cuando me levante de esta mesa.

ELSA.— Mamá, tengo hambre ahora.

ANCIANA.— ¿Dónde estaba tu hermana anoche?

ELSA.— No sé, yo dormía. ¿Dónde estabas, Ana?

ANA.— Estaba enterrando los huesos.

ANCIANA.— Elsa, decime qué es lo que piensa tu hermana.

ANA.— Yo no pienso en nada, mami.

ANCIANA.— Sé que estás pensando en algo.

La ANCIANA deja la taza y golpea la mesa. Se oye sonido de lluvia y truenos.

ANCIANA.— Hijas sin alma.

ANA.— Somos hijas de un Dios oscuro.

ANCIANA.— Tendría que haberlas dejado sangrar. Haberlas dejado que se las trague la tierra con el estiércol y las hiedras venenosas. Tendría que haber dejado que oyeran a la luna.

ANA.— *(Riendo)* Sabés que no podés matar a las hijas de un Dios.

ANCIANA.— Extraño mis hijas con alma.

ELSA.— Ellas eran puras.

ANA.— Yo no las conocí, ¿cómo eran?

ELSA.— Eran puras y la luna no podía engañarlas. Ellas reían y podían ver a través de la niebla. Cortaban flores y dormían con los ojos cerrados.

ANA.— Me hubiera gustado conocerlas.

ELSA.— Ay, hermanita. En ese tiempo vos no existías.

ANA.— Háblame de ellas, de mis hermanas. ¿Cómo eran?

ELSA.— Tenían alma. No enterraban huesos, no alimentaban a su padre. Podían hablar con las personas y no tenían que traer ramas.

ANCIANA.— Cómo extraño a mis hijas con alma.

ELSA.— Entonces no tendrías que haberlas matado.

ANA.— ¿Dónde están? *(Pausa)* ¿Están en la tierra?

ELSA.— Sí, están enterradas cerca del árbol de limón.

ANCIANA.— Ese árbol de limón lo plantó la abuela de mi tatarabuela. Y le ordenó crecer mirando al sur.

ELSA.— Es un árbol mañoso, lleno de espinas y desaires.

ANA.— Como vos, mamá. Mañosa, llena de espinas y desaires.

ELSA.— Todo en esta casa tiene espinas. Y las que no se ven se clavan en la piel igual. Quiero un té, mamá. Tengo hambre.

ANCIANA.— Cuando me levante de la mesa. ¿En qué estás pensando, Ana?

ANA.— No estoy pensando en nada.

ELSA.— *(Señala a ANA)* Mentira, mamá. Está pensando en todo.

ANCIANA.— Ana, ya sé que no vas a decirme en qué pensás. Te advierto, esos pensamientos van a tomar forma y van a ser deseos que se van a cumplir.

ANA.— *(Riendo)* Ya lo sé. *(Pausa)* Ojalá yo también pudiera ver el futuro.

ELSA.— Es un alivio no poder ver el futuro, hermanita.

ANA.— Yo quiero ver el futuro.

ANCIANA.— Vos no naciste con eso. Naciste infértil y sin alma. Nunca vas a saber lo que es engendrar un bebé ni sentir su calor en tus brazos.

ANA.— Yo siento su calor en mis brazos por unos instantes. Me gusta mirar sus caras de piel suave (*Pausa*). Me gusta cómo me miran con esos ojos inocentes y cómo babean con sus bocas sin dientes. Me gusta tenerlos entre mis brazos.

ELSA.— (*Señala el círculo de piedras*). Pero más te gusta tirarlos al círculo de piedra.

ANA.— (*Riendo*) ¡Sí, es mi parte preferida!

ELSA.— Y ni te da remordimientos.

ANA.— Yo no sé lo que es eso.

ELSA.— Es sentirte mal por hacer algo que no querés hacer.

ANA.— Yo amo caminar en la niebla y abrir las ventanas. Me acuerdo de cada grito desgarrador de cada madre. Pienso en esos gritos cuando me baño y cuando me arranco la piel cada primavera. Ahora tengo curiosidad. Mamá, ¿yo podría aprender a tener remordimientos?

ELSA.— Ni siquiera sabrías por dónde empezar.

ANCIANA.— (*Choca las palmas de las manos*). Vayan a buscar ramas. Tengo un encargo.

ANA.— ¿Otro más?

ELSA.— ¿Otra vez? Esta semana ya van tres.

ANA.— Me dan miedo las ramas de ese árbol.

ELSA.— Ese árbol tiene ramas que se mueven.

ANCIANA.— Traigan las ramas de ese árbol. En ese árbol aún cuelgan las sogas de nuestras hermanas que fueron colgadas (*Pausa*).

ANA.— (*Riendo*) Y quemadas.

ANCIANA.— (*Choca las palmas de las manos*). ¡Vayan! Saben que no puedo empezar el trabajo sin esas ramas.

ANA.— ¿Quién es la pobre infeliz? (*Pausa*). O debería decir, ¿El pobre infeliz?

ELSA.— Creo que más bien hay que preguntar, ¿quién es esa o ese pobre infeliz que va a dejar de existir?

ANCIANA.— Es esa mujer que lava la ropa cerca del río. Esa que tiene el pelo dorado. Miró al hombre que no debía y una mujer la miró mirando a su hombre. Ahora tengo trabajo que hacer.

ELSA.— (*Suspira*). No quiero ir a buscar las ramas.

ANCIANA.— ¡Andá ya mismo o voy a matar a tu hijo!

ANA.— ¡No, mamá! ¡Me prometiste que podía jugar con él! (*Pausa*). Ya lo dejé ciego de tantos alfileres que le clavé en los ojos y ya no tiene voz para gritar. No sé por qué no se ríe. Creo que no tiene alma.

ELSA.— Es el hijo de un Dios sin alma, ¿cómo va a tener alma?

ANCIANA.— Andá a buscar las ramas, Elsa. No me obligues a matar a tu hijo.

ELSA.— Ya lo mataste la semana pasada.

ANCIANA.— Entonces voy a matar el que te crece en el vientre.

ELSA.— ¿Otra vez? ¿Cuándo vas a dejar de matar a mis hijos?

ANCIANA.— Nunca, me gusta ahogar a esas porquerías en agua con vinagre y clavos oxidados.

ANA.— Ay, mamá. No sé cómo papá te permite matar a sus hijos.

ANCIANA.— Es un Dios caprichoso.

ANCIANA.— (*Choca las palmas de las manos*). Vayan a buscar las ramas. (*Pausa*). Tengo trabajo que hacer. Y cuando vuelvan tal vez les permita tomar un té.

ELSA.— ¿Le voy a poder poner limón?

ANCIANA.— Solo de limones que no crecieron al sur.

ELSA.— Esos limones crecieron todos mirando al sur.

ANCIANA.— No todos crecieron mirando el sur. A mí no podés mentirme, Elsa.

ELSA.— (*Señala a ANA*). Y vos no podés escapar de lo que piensa ella.

ANCIANA.— No, no puedo, pero puedo ver el futuro.

ELSA.— ¿Y qué podés ver?

ANCIANA.— Veo que hay dos días que van a estar sumergidos en un eclipse y que no voy a poder acordarme de las advertencias de mis sueños proféticos. Veo que escribo en hojas, pero la letra se hace borrosa. Veo hojas verdes y veo telas de araña infinitas.

ELSA.— Entonces vas a ver todo y te vas a olvidar.

ANCIANA.— Sí, me voy a olvidar de todo.

ANA.— Vamos a matarte, mamá.

ANCIANA.— Ya lo sé. No importa las veces que trate de mirar en mis sueños o en mis visiones. No importa los conjuros que haga ni los pájaros de escamas rojas que abra a la mitad y ofrezca sus corazones negros a las entidades de esta casa. (*Pausa*). Me voy a olvidar de todo. Pero les advierto una cosa, voy a volver.

ELSA.— Ya lo sabemos, mamá.

ANA.— ¿Vas a tardar mucho en volver?

ANCIANA.— Diez años.

ELSA.— Vamos a vivir esos diez años sin cortar ramas.

ANA.— Y sin enterrar huesos.

ELSA.— Sin pensar si los limones crecieron mirando al sur

ANA.— Sin pensar en ese árbol mañoso de espinas largas.

ANCIANA.— (*Choca las palmas de las manos*). Diez años pasan volando. Ahora traigan las ramas que tengo trabajo que hacer.

ANA.— Sí, mamá.

ELSA.— Ahora vamos a buscar las ramas.

ANA y ELSA salen por la puerta. La ANCIANA se sirve un té. bebe. La iluminación decrece hasta apagarse por completo.

Luz roja suave. Se oye sonido de lluvia y truenos. Habitación de paredes negras.

Hay una cortina roja y una puerta negra. Hay una mesa con tres sillas.

Sobre la mesa hay una tetera con tres tazas.

En el piso hay piedras apiladas que forman un círculo de 50cm de ancho y alto.

En una de las sillas está sentada ELSA, una mujer de 40 años que tiene un vestido azul.

La puerta negra se abre y entra ANA que tiene un vestido rojo desgarrado y el cabello despeinado. Lleva en brazos un bulto envuelto en mantas. Se oye llanto de bebé.

ELSA.— ¡Por fin! ¿Qué te pasó?

ANA.— Me perdí, ¡otra vez me dejé llevar por el canto de la luna!

ELSA.— Sabés que no tenés que escuchar a la luna.

ANA.— Tiene una voz hermosa, ¿Qué puedo hacer?

ELSA se asoma por la puerta y mira de un lado a otro.

Cierra la puerta y se pone al lado de ANA.

ELSA.— ¿Te siguieron?

ANA.— No sé, ¡la niebla estaba muy suave! Se veía todo, todo.

ELSA.— Traté de hacer la mejor niebla. ¡Ojalá mamá me hubiera enseñado! Yo la espiaba y miraba todos sus movimientos y me aprendí de memoria sus cánticos (*Pausa*). Pero la niebla la quiere solo a ella. A mí, apenas me obedece.

ANA.— Por lo menos a vos te obedece un poco, a mí me ignora y no se aparta de los caminos y me caigo siempre entre las piedras.

ELSA.— (*Toca los brazos de ANA*). Vení, sentate que voy a limpiarte las heridas. ¡Estás toda rasguñada!

ANA.— No hace falta.

ELSA.— Tomá un té.

ELSA le da un té a ANA.

ANA deja la taza sobre la mesa. Abre la puerta y mira hacia un lado y hacia otro.

Se restriega los brazos.

ELSA.— Me siento débil y tengo frío. No pude hacer una niebla mejor.

ANA.— ¿Van a encontrarnos?

ELSA.— ¿De dónde lo trajiste?

ANA.— Nació anoche, ¿te acordás cómo ladraban los perros? Nunca había oído unos

ladridos así. Qué hermoso aullar. Y miré por la ventana y vi la luna, toda inmensa y amarilla.

ELSA.— La luna siempre viene del mismo lugar. ¿De dónde lo sacaste?

ANA.— La luna estaba tan inmensa que vi mis venas, mis cicatrices y el puñal limpio en mi mano.

ELSA.— ¿Limpio? ¿No mataste a la mujer?

ANA.— La belleza de la luna se llevó mi mirada.

ELSA.— Sabés que no tenés que mirar a la luna.

ANA.— Lo sé, pero no pude bajar la mirada.

ELSA.— A ver, acercate. Vení, mostrame.

ANA se acerca y ELSA espía entre las mantas. Se oye llanto de bebé. ELSA retrocede.

ELSA.— No se parece a los otros. ¿De dónde lo trajiste?

ANA.— Eso no importa.

ELSA.— Sí que importa.

ANA.— Lo traje del pueblo que está a la orilla del río. Ese está lleno de ancianas, viejos decrepitos y mujeres amargadas.

ELSA.— No tenés que ir a ese lugar, Ana. Ya quedan pocos niños y casi no tienen hombres.

ANA.— (*Riendo*). Es un pueblo seco lleno de viejas y mujeres que se suicidan arrojándose al río.

ELSA.— Tenés que dejar crecer a la descendencia en ese pueblo. En unos años van a desaparecer. Sos descuidada con la comida.

ANA.— Pero tienen el mejor sabor. La piel más suave y los ojos más brillantes.

ELSA.— Basta, no vas a volver ahí. Quizá en doscientos años vuelva a ser abundante como antes.

ANA.— ¿Doscientos años? (*Pausa*). Y después de eso, ¿puedo volver?

ELSA.— Sí, ya sabés que su carne está para complacernos.

ANA se levanta el vestido y se ven sus pies descalzos.

ELSA.— ¡Tus pies sangran!

ANA.— Caminé toda la noche. La luna me cantó y yo la escuché. Y caminé y caminé hasta que me perdí.

ELSA.— ¡Las huellas de sangre!

ANA.— Abrí una ventana y me acerqué a una madre. Y la luna otra vez me susurró algo al oído. Y se mezcló con el nombre que la madre le puso a ese niño.

Se oye un rugido fuerte. ANA y ELSA miran el círculo de piedras. Se oye llanto de bebé. ANA se arrodilla frente a las piedras apiladas que forman un círculo y arroja el bulto y las mantas. Se oye un gruñido. Se oyen sonidos de mandíbulas que mastican. Se oyen huesos que se parten.

ANA.— ¿Querés saber cómo se llamaba?

ELSA.— ¡No! No me importa (*Señala los pies de ANA*). ¡Las huellas de sangre terminan en esta casa!

ANA.— ¡Es que la luna me susurró toda la noche! ¿Qué podía hacer?

ELSA.— (*Señala el círculo de piedras*). ¡Sos descuidada! Lo que tiene nombre puede buscarse, Ana.

ANA.— (*Se acerca riendo a las piedras apiladas que forman un círculo*). No van a poder encontrar nada de nada.

ELSA.— Van a venir a buscarlo.

ANA.— Todos tratan siempre de buscarlos, pero nadie puede encontrarlos. Vivimos en una casa de tierra llena de lombrices y de raíces. Nadie se acerca a esta casa, nadie se atreve a tocar esa puerta. Ellos saben que no pueden mirarnos a los ojos sin que se les pare el corazón.

ELSA.— Ya nos encontraron. La otra noche una vieja me sostuvo la mirada unos minutos antes de caerse al suelo como una bolsa de papas. No hay nada peor que conocer las pesadillas para dejar de temerles.

ANA.— (*Se lleva las manos a la cara*). ¿Me estás diciendo que esas bestias pueden ser un peligro?

ELSA.— Cada vez se acercan más y dejan sus miedos lejos. Menos mal que los leños no prenden con esos fuegos ordinarios, si no esta casa ya estaría en llamas hace años.

ANA.— Esos leños son caprichosos, solo le obedecen a mamá.

ELSA.— Sí, ellos adoran a mamá.

ANA.— Todas las entidades y cosas de esta casa adoran a mamá.

ANA se sirve un té. Se oyen murmullos de personas lejanos.

ANA.— Tenés que volver a hacer niebla. Tenés que sumergir esta casa en el olvido.

ELSA.— Pero va a ser una niebla débil.

ANA.— No importa, es mejor que nada. Así escondemos esta casa de ellos.

ELSA.— Para que no puedan verla.

ANA.— Para que no puedan encontrarnos.

ELSA y ANA se arrodillan y ponen las manos sobre el suelo.

ELSA.— Puedo usar el aliento del último invierno así la niebla puede durar más tiempo.

ANA.— Ese invierno fue devastador. Cubrió todo con su manto gélido, ¿te acordás? Ese invierno se llevó a mamá.

ELSA.— El invierno no se llevó a mamá, nosotras la matamos.

ANA.— (*Ríe*). Sí, y el invierno enfrió mi corazón.

ELSA.— Vos no tenés corazón, Ana.

ANA se ríe fuerte. Deja de reírse. Baja la cabeza.

ELSA.— Nadie puede escapar del invierno, ni siquiera nosotras.

ANA.— El invierno se lleva todo.

ELSA.— (*Levanta las manos sobre su cabeza*). Invoco a la niebla que espera bajo la tierra. La invoco y le ordeno que salga y que se trague todo.

ANA.— La niebla que espera bajo la tierra.

ELSA.— La invoco y le ordeno que salga y que se funda con esta casa de piedra y tierra.

ANA.— La niebla que espera bajo la tierra.

Se oye sonido de viento. ANA y ELSA miran a su alrededor.

ELSA.— Ahora somos invisibles.

ANA.— Por un tiempo.

ELSA.— Sí, hermanita, por un tiempo. Mamá es la única que podía hacer niebla por semanas. Yo apenas puedo hacer niebla unas horas.

ANA.— Unas horas está bien. Hasta que vuelva mamá.

ELSA.— Sí, hasta que vuelva. En unos días la luna va a completar su círculo.

ANA.— Y mamá va a volver.

ELSA.— Va a volver diferente.

ANA.— No cualquiera puede volver de ese lugar.

ELSA.— No, no pero ella sí puede.

ANA.— Nosotras, ¿podríamos volver si vamos a ese lugar?

ELSA.— Sí, llevamos la misma sangre que ella. Y ella tiene la sangre de las primeras entidades que caminaron sobre esta tierra (*Pausa*). Ellas suavizaron sus rostros y acortaron sus manos. (*Pausa*). ¿Te acordás, hermanita, de cómo eran nuestros ancestros?

ANA.— Sí, ¡mamá siempre nos contaba esas historias antes de dormir! Mi parte preferida era cuando nos contaba cómo se arrancaban los dientes hasta que les dejaron de salir largos y afilados (*Pausa*). Y mordían y mordían huesos hasta que lograron redondearlos.

ELSA.— ¡Ay, sí! Mi parte preferida era cuando nos contaba cómo se retorcían día y noche para enderezar sus columnas y caminar erguidos. Los huesos crujían por días y se astillaban hasta que por fin se quedaban derechos.

ANA se agacha, hace movimientos espasmódicos de contorsión y se queda parada derecha.

ELSA.— Y cuando pudieron caminar erguidos empezaron a mezclarse con las personas del pueblo. Pero nunca se pudieron sacar el hambre (*Pausa*). Nunca nos pudimos sacar el hambre.

ANA.— (*Ríe*). ¡Nunca! Esos hombres jóvenes son una delicia. No nos va a alcanzar toda la tierra del mundo para enterrar tantos huesos.

Se oye sonido de viento y murmullos lejanos. ELSA mira la puerta.

ELSA.— Invoco a la niebla que espera bajo la tierra. La invoco y le ordeno que salga y que se trague todo.

ANA.— La niebla que espera bajo la tierra.

ELSA.— La invoco y le ordeno que salga y que se funda con esta casa de piedra y tierra.

ANA.— La niebla que espera bajo la tierra.

ANA abre la puerta y sale. ELSA levanta las manos e inicia cántico inteligible. La iluminación decrece hasta apagarse por completo.

Luz azul suave. Se oye sonido de lluvia y truenos.

Habitación de paredes negras. Hay una cortina roja y una puerta negra.

Hay una mesa con tres sillas. Sobre la mesa hay una tetera con tres tazas.

En el piso hay piedras apiladas que forman un círculo de 50cm de ancho y alto. ELSA entra por la cortina roja y se sienta a la mesa.

Tiene un vestido azul. Se sirve un té y bebe. Se oyen golpes sobre madera.

ELSA.— ¡Basta! Ya les dije que no van a salir. (*Golpea con la mano la caja de madera*). ¡Basta, les digo! (*Los golpes sobre madera se detienen*). Si se portan bien, los van a volver a enterrar esta misma noche. Pero basta de golpes si no los voy a tirar al río.

La puerta negra se abre y entra ANA, una mujer de veinte años que tiene un vestido rojo desgarrado que lleva un bulto envuelto en mantas sobre su pecho. Está despeinada y agitada. Se oye llanto de bebé.

ANA.— Qué frío hace en esta casa.

ELSA.— Los leños no quisieron prender. Les arrimé fuego, les puse aceite. Invoqué a esos duendes de dedos asquerosos que se roban los fósforos rojos y nada.

ANA.— Los leños no prenden en esta casa. Estamos sumergidas en esta casa llena de humedad y de frío.

ELSA.— No prenden ni permiten que se les arrime el fuego.

ANA.— Mamá era la única que podía prender los leños en esta casa.

Se oye llanto de bebé.

ANA se arrodilla frente a las piedras apiladas que forman un círculo y arroja el bulto y las mantas. Se oye un gruñido. Se oyen sonidos de mandíbulas que mastican. Se oyen huesos que se parten.

ANA.— Tengo las manos heladas y no siento los dedos. Tampoco siento compasión ni dolor.

ELSA.— Eso no tiene nada que ver con el frío, hermanita.

ANA.— (*Ríe*). Yo pensé que hoy no iba a tener frío.

ELSA.— ¿Otra vez fuiste por el camino que da a la montaña?

ANA.— Sí, es un camino donde me gusta sentarme por horas.

ELSA.— Donde te gusta sentarte es en la entrepierna de ese hombre que vive al lado del camino.

ANA.— (*Gira sobre sí misma y baila. Se detiene*). Me encanta sentarme sobre ese hombre de pelo oscuro. Me gusta cómo late su corazón cuando me estoy dentro de él. Le hice un té y le puse semillas de adormideras verdes. Se quedó dormido en mis brazos. Jugué con sus pestañas y se las arranqué una por una.

ELSA.— Y trajiste su hijo.

ANA.— Traje a uno de sus hijos. Al otro lo dejé desangrarse cerca del río.

Se oye sonido de golpes sobre madera.

ELSA.— ¡Qué imprudente que sos! ¡Sabés que no puedo hacer niebla! Vamos a tener todos esos monstruos sobre nosotras. (*Golpea la caja de madera*). ¡Y estos malditos huesos que no se quedan enterrados!

ANA.— ¿Otra vez se salieron?

ELSA.— Es que no los enterraste cruzados, y encontraron la manera de salir. Rompieron los frascos de escamas, perdieron las hebras de pelo y se comieron a los fetos que estaban disecados (*pausa*) rompieron las jaulas y dejaron escapar a los basiliscos. ¡Tenés que enterrar bien esos huesos, Ana! Ya estoy harta.

ANA.— Ya te dije que no voy a enterrar más huesos. Que se salgan, que rompan todo. No me importa nada, ¿me escuchaste? ¡No los voy a enterrar nunca más! (*Grita y se agarra de los pelos. Señala a ELSA*). ¡Quiero que me digas mi futuro! Quiero saber si ese hombre de pelo oscuro piensa en mí.

ELSA.— Podría pensar en vos si no lo hubieras matado.

ANA.— (*Ríe*). Creo que se me fue la mano con las semillas. Qué pena, yo lo amaba con todo mi corazón.

ELSA.— Ay, hermanita. Vos no tenés corazón.

ANA.— Y tampoco tengo alma.

Se oyen pasos y gemidos. ANA y ELSA miran la puerta negra.

ANA.— ¿Será ella?

ELSA.— Ya pasaron diez inviernos sobre esta tierra.

ANA.— Entonces, ¿es ella?

ELSA.— Sí, es ella. Yo puedo ver el futuro como ella. Y anoche vi este momento.

ANA.— ¿Y qué viste?

ELSA.— Vi que estábamos mirando la puerta, y la puerta se abría y ella entraba.

ANA.— Se va a enojar cuando vea los huesos sin enterrar.

ELSA.— Sí, se va a enojar.

ANA.— Yo los enterré, pero se escaparon. Me olvidé de cruzarlos entre sí.

ELSA.— Sí, te olvidaste y ahora los huesos se salieron. ¡Sabés que la saliva y las marcas de nuestros dientes al roerlos los enloquece! ¿Cómo puede ser que después de trescientos años no sepas enterrarlos?

ANA.— Qué cosa rara que es el tiempo. ¿Trescientos años?

ELSA.— Sí, y seguís enterrando los huesos sin cruzarlos entre sí.

ANA.— Es que yo no quiero enterrar más huesos.

ELSA.— ¿Creíste que podías dejar de enterrar huesos?

ANA.— Sí, cuando mamá dejó de estar en esta casa yo creí que no iba a enterrar más huesos.

ELSA.— ¡Qué ilusa! Vos siempre vas a enterrar huesos.

ANA.— Y vos siempre vas a poder ver lo que pasa tres días antes de que pase.

ELSA.— Sí, siempre. No importa los conjuros que haga ni las veces que me arranque las pestañas y se las ofrezca a esas hadas ciegas que nos espían por las rendijas de la casa. *(Pausa)*. No puedo escapar de esa sustancia que no tiene forma. ¡Ver el futuro es una cosa horrible!

ANA.— *(Señala la puerta negra)*. Entonces, esa que está detrás de la puerta ¿Es mamá?

ELSA.— Sí, es mamá.

ANA.— ¿Por qué no entra?

Se oyen golpes sobre madera. ELSA golpea la caja de madera.

ELSA.— ¡Basta! ¡Quédense quietos o voy a tirarlos al río!

Silencio. ANA señala la puerta.

ANA.— ¿Será que mamá está esperando que le abramos?

ELSA.— Sí, pero es de mala suerte invitar a los muertos a la casa. Tiene que entrar sola.

Se oyen tres golpes fuertes sobre madera. ANA y ELSA miran la puerta.

ANA.— ¿Cómo puede ser que no sepa abrir la puerta?

ELSA.— Sabe, pero no se acuerda cómo hacerlo.

ANA.— Qué raro que no pueda acordarse.

ELSA.— Es normal, volvió de ese lugar y ahora tiene que acordarse de cómo abrir las puertas (*Pausa*). Nadie debería volver de ese lugar, deberíamos quedarnos en la tierra como ellos.

ANA.— Nuestra carne está hecha con hilos de eternidad y sin tiempo. Nunca va a corromperse.

ELSA.— Nos pudrimos por dentro y tenemos que escupir la sangre que se coagula cien veces al día. (*Pausa*). Los espejos estallan cuando nos atrevemos a dejar nuestro reflejo. Somos cosas vacías.

ANA.— Tendría que matarte por decir esas blasfemias. ¿Mamá va a tardar mucho en recordar cómo abrir esa puerta?

ELSA.— No.

Se oyen tres golpes secos sobre madera. Se oye sonido de picaporte que se mueve. ANA y ELSA se paran y miran la puerta.

ELSA.— Era cuestión de tiempo que se acordara de cómo abrir esta puerta.

ANA.— Tengo miedo de que sea diferente.

ELSA.— Va a ser diferente.

ANA.— (*Señala la puerta*). Ahora tengo más miedo porque sé que va a ser diferente.

ELSA.— No tenés nada que temer, todo va a ser igual que antes.

ANA.— ¿Y cuándo te enteraste de eso?

ELSA.— Lo vi ahora mismo.

ANA.— ¿Qué viste?

ELSA.— (*Se levanta y camina alrededor del círculo de piedras*). Te vi a vos, enterrando huesos. Me vi a mí, tratando de hacer niebla para poder sumergir esta casa en el olvido.

ANA.— ¿Qué más viste?

ELSA.— Me vi desintegrándome en esta casa de barro. Vi mi belleza y mi juventud marchitándose. Vi cómo ese círculo de piedras se rompía. Vi como todo en esta casa sigue igual mientras que allá afuera todo cambia. Vi cómo la tierra se enojaba y dejaba de alimentar a sus frutos. Vi cómo se secaba el té de esa tetera que siempre está llena. Vi que vamos a estar sentadas junto a ella para siempre.

ANA.— ¿Viste a papá?

ELSA.— No voy a decirte eso.

ANA.— Yo quisiera poder ver el futuro.

ELSA.— Vos siempre vas a enterrar huesos.

ANA.— No quiero enterrar más huesos. Quisiera poder ver el futuro.

La puerta negra se abre. La luz azul se hace intensa. Entra la ANCIANA que lleva un vestido negro. Tiene la piel gris y ojeras negras. La ANCIANA se sienta a la mesa.

Se oye sonido de distorsión. ANA y ELSA se tapan los oídos. Silencio.

ANA y ELSA se sacan las manos de los oídos.

ANA.— *(Mira a la ANCIANA)*. Está bien, mamá. Ahora entierro los huesos. *(Agarra la caja de madera y camina hacia la puerta negra. Se detiene. Mira a la ANCIANA)*. Sí, mamá. Voy a cruzar los huesos entre sí así no se escapan más. *(Sale y cierra la puerta)*.

ELSA.— *(Mira a la ANCIANA)*. ¿Querés limón en el té, mamá? *(Pausa)* No, no hay *(Pausa)*. Porque la planta se secó hace diez años *(Pausa)*. ¿Qué decís? ¿Que queda un limón escondido entre las ramas? *(Camina hacia la puerta. Se detiene. Mira a la ANCIANA)* Está bien, mamá. Ahora voy a buscarlo. *(Pausa)*. Sí, ya sé que era una tarde de lluvia el día que plantaron ese árbol. ¡Me lo contaste mil veces! Fue una tarde de invierno cuando tu madre y tu abuela te llevaron. Te arrancaron las uñas y las pusieron en ese agujero. Por eso el jugo de esos limones tiene algo que enferma y que hace que la bondad no pueda acercarse a nosotras. *(Pausa)*. Sí, mamá. Ya voy a buscar el limón y te preparo el té. *(Pausa)*. Sí, mamá. Ya sé que estás hambrienta.

ANA abre la puerta y sale. La iluminación decrece hasta apagarse por completo. Luz negra suave. Se oye sonido de lluvia y truenos. Habitación de paredes negras.

Hay una cortina roja y una puerta negra. Hay una mesa con tres sillas.

Sobre la mesa hay una tetera con tres tazas.

En el piso hay piedras apiladas que forman un círculo de 50cm de ancho y alto.

En una de las sillas está sentada una ANCIANA de piel gris que tiene un vestido negro.

ELSA entra por la cortina roja y se sienta a la mesa.

Sirve té en dos tazas y deja una frente a la ANCIANA.

ELSA.— Tomá y por favor dejá de protestar, que no se te enfríe el té. *(Toma el té. Deja la taza con un golpe sobre la mesa. A la ANCIANA)*. No, no hay limón *(Pausa)*. ¡Hace cien años que se secó la planta de limón! Era una planta mañosa, llena de espinas y desaires. Se notaba que te obedecía solo a vos. No dejes que se te enfríe, mamá. Estas hebras se ofenden si no las tomás calientes.

Se abre la puerta negra y entra ANA, una mujer de veinte años que lleva un vestido rojo

desgarrado y el pelo suelto. Lleva una canasta de naranjas. ELSA señala la canasta.

ELSA.— Te engañaron con su color brillante y su promesa de jugo delicioso.

ANA.— Quiero un té.

ELSA.— *(Le alcanza una taza de té).* Esas naranjas están agrias. *(Empuja la canasta y las naranjas caen al suelo).*

ANA.— Yo no puedo saber eso.

ELSA.— Yo sí. Están agrias.

ANA.— Ya no queda tierra sana. Todos los árboles dan frutas agrias.

ELSA.— Y los animales no quieren comer. Y los animales que se comen a los animales se dejan morir antes que comerlos.

ANA.— Esta tierra está enojada y no va a darnos nada.

ELSA.— Mamá sí que sabía cantarle a la tierra para que se sienta mejor y para que se le pase el enojo.

ANA.— Sí, mamá tenía la voz más dulce del mundo.

ELSA.— ¿Por qué nunca nos enseñó a cantarle a la tierra para que se sienta mejor? La tierra no va a darnos nada y en poco tiempo todo va a desaparecer.

ANA.— Mamá nunca nos dijo sus secretos. Nunca nos enseñó a hacer niebla ni a cantarle a la tierra para que no se enoje. Es una mujer llena de secretos. *(Se levanta y le toca los cabellos a la ANCIANA).* Nunca nos dijo que papi iba a salir de ese agujero por las noches y que iba a lamer nuestros cuerpos hasta saciarse *(Pausa).* Nunca nos dijo que la eternidad es cada segundo que dura mil años y que nos enloquece de a poco.

ELSA.— Todas tenemos nuestros secretos, hermanita. Mamá amaba escribir sus secretos en esos libros de tapa roja. *(Mira a la ANCIANA).* Mamá, ¿no vas a decirnos dónde dejaste libros? Tenemos que aprender a cantarle a la tierra y hacer niebla.

ANA.— ¿No estarán debajo de las piedras del río?

ELSA.— Ya busqué en las piedras y no estaban.

ANA.— ¡Tenemos que encontrar esos libros!

ELSA.— Nunca vamos a encontrarlos.

Se oye sonido de distorsión. ANA y ELSA se tapan los oídos. Silencio.

ANA.— *(Mira a la ANCIANA).* ¡Basta, mamá! ¿Por qué preguntás cosas que ya sabés?

ELSA.— *(Mira a la ANCIANA).* ¡Basta! No hace falta que lo digamos, si ya lo sabés.

ANA.— ¿Por qué quiere escucharlo?

ELSA.— No, ella quiere que nosotras mismas lo escuchemos.

ANA.— ¿Y eso qué cambia?

ELSA.— No cambia lo que hicimos, eso es seguro.

ANA.— *(Mira a la ANCIANA)* ¿Querés que lo digamos, mamá? Yo paso los días sin

dormir pensando en eso. Amo recrear a cada momento ese instante en que tu respiración se agitaba y sus ojos se daban vuelta y una puntada te hacía caer de rodillas. Nunca te había visto de rodillas, mamá. *(Pausa)*. Solo cuando se arrodillabas ante papá para adorarlo. *(Se tapa la cara con las manos. Ríe. Señala a ELSA)*. Yo pensé y pensé y envenené su cabeza hasta que no hubo otra cosa en tu cabeza más que mi voz llena de ponzoña.

ELSA.— Sí, tus pensamientos se metieron en mi cabeza día y noche. Me atormentaros por años.

ANA.— Eso te pasa por meterte en mi cabeza y espiar mis pensamientos.

ELSA.— Sabés que no puedo evitar perderme en los pensamientos.

ANA.— Pero yo sí pude evitar pensar en eso y no quise hacerlo. Por eso te traje las hojas de esa hiedra.

ELSA.— ¡Qué belleza de hojas! Nunca había sentido tanto veneno antes.

ANA.— Es que esa planta está en una tierra que está putrefacta. No hay nada vivo sobre esa tierra, solo esa hiedra que crece y cubre todo con sus hojas como una telaraña verde. Pero en esa telaraña no hay arañas.

ELSA.— No hay arañas, pero hay una hija que junta esas hojas venenosas.

ANA.— Sí, y otra hija que prepara el té con esas hojas venenosas.

ELSA.— Un té hecho con hojas venenosas y con el jugo de un limón que creció mirando el sur.

ANA.— ¡Cómo odiaba esa planta de limón!

ELSA.— *(Se sirve un té y bebe)*. Era una planta mañosa, llena de espinas y desaires. *(Mira a la ANCIANA)* Mamá, ¡Cómo se nota que esa planta mañosa solo te obedecía a vos!

Se oyen rasguños. Se oye un rugido.

ANA se arrodilla frente al círculo de piedras y se asoma a él.

ANA.— *(Mira dentro del círculo)*. Papi ya no aguanta más.

ELSA.— Hace días que no come.

ANA.— *(Se levanta camina hacia la puerta negra)*. Voy a buscarle comida.

ELSA.— ¡No! Sabés que la niebla ya no me obedece. ¡No podés salir! Es peligroso salir. *(Se arrodilla frente al círculo de piedras)*.

ANA.— Sí, pero es más peligroso que este Dios tenga hambre.

ELSA.— ¡No, van a verte!

ANA.— ¡Mejor! Que sepan de una vez que nunca fue una pesadilla esas garras que se llevaron a sus hijos. Que sepan de una vez que tiene consecuencias ser frágil y ser mortal. Que sepan que hay un Dios y que sus cuerpos son sus ofrendas.

ELSA.— ¡Van a llegar hasta esta casa!

ANA.— Que se atrevan. Les voy a arrancar el corazón.

ANA abre la puerta y sale. ELSA se levanta. Se oye un sonido de distorsión.

ELSA.— *(Mira a la ANCIANA).* Sí, mamá. Yo también tuve esa visión. *(Se sirve un té. Se pone frente al círculo de piedras y se arrodilla).* Al principio pensé que me había quedado dormida y creí que se trataba de un sueño. *(Pausa).* Pero cuando sentí el aroma de las flores podridas, escuché el aullido de lobos y levanté la mirada y vi el eclipse me di cuenta de que era el fin. *(Señala el círculo de piedras y mira a la ANCIANA).* Sí, ya sé que va a salir. Todo lo que está debajo va a estar arriba. No va a quedar nada *(Pausa).* Y vamos a estar las tres juntas sentadas mirando como todo desaparece ante nosotras. *(Llora. Se levanta. Señala la puerta y mira a la ANCIANA)* Y trato de escapar de esta casa, pero no puedo. Trato de agarrar otros caminos, de cruzar el río, pero siempre termino en esta casa. Me tiro por el acantilado y la tierra empieza a tragar mi cuerpo destrozado y siento unos minutos de paz. Pero esa paz dura poco porque mi cuerpo se arma de nuevo y se pone de pie y empieza a caminar día y noche y termino golpeando esta puerta y entro en esta casa. *(Se pasa las mangas del vestido por los ojos. Se sienta, sirve una taza de té y la pone frente a la ANCIANA y la mira).* ¡Ya sé que no te importa! ¡Ya lo sé! *(Pausa).* Es que me reconforta saber que siempre voy a buscar la manera de escaparme de esta casa.

ELSA se levanta y desaparece por la cortina roja. La iluminación decrece de a poco hasta apagarse.

Luz negra suave. Se oye sonido de lluvia y truenos. Habitación de paredes negras.

Hay una cortina roja y una puerta negra. Hay una mesa con tres sillas.

Sobre la mesa hay una tetera con tres tazas.

En el piso hay piedras apiladas que forman un círculo de 50cm de ancho y alto.

En una de las sillas está sentada una ANCIANA de piel gris que tiene un vestido negro.

ELSA tiene un vestido azul, entra por la cortina roja y se sienta a la mesa. Sirve té en dos tazas y deja una frente a la ANCIANA.

ELSA.— Tomá y por favor dejá de protestar, que no se te enfríe el té. *(Toma té. Deja la taza con un golpe sobre la mesa. A la ANCIANA).* No, no hay limón *(Pausa).* ¡Hace cien años que se secó la planta de limón! Era una planta mañosa, llena de espinas y desaires. Se notaba que te obedecía solo a vos. No dejes que se te enfríe, mamá. Estas hebras se ofenden si no las tomás calientes.

La puerta se abre y entra ANA que tiene un vestido rojo desgarrado y se ve parte de su cuerpo. Está despeinada. Tiene un bulto envuelto en una manta. Tiene los brazos llenos de sangre. Se sienta a la mesa. ELSA le sirve un té. ANA bebe.

ELSA.— Voy a buscar una venda para tus brazos, estás toda rasguñada.

ANA.— No hace falta.

ELSA.— *(Se acerca y espía entre las mantas. Se lleva las manos a la cara. Retrocede).* La comida se enfrió.

ANA.— Me caí y rodé por el camino. Le aplasté la cabeza.

ELSA.— ¿Qué pasó?

ANA.— Me vieron. Todos me vieron y me señalaron. Las viejas gritaron: ¡Yo se los dije! “Ella se los llevó, se los llevó a todos”.

ELSA.— Malditas brujas.

ANA.— Yo les supliqué que abrieran las ventanas para que yo pudiera entrar *(Mira a la ANCIANA)* ¡Sí, mamá! Les hablé.

ELSA.— No podemos hablarles.

ANA.— Yo quería que entendieran.

ELSA.— Esas bestias no pueden entender nada. Su único propósito es engendrar la comida para mantener a este Dios calmado.

ANA.— No me oyeron. Me tiraron piedras, me clavaron cientos de puñales. Me escupieron y ¿quieres saber qué hicieron? Me maldijeron.

ELSA y ANA se retuercen de risa.

ELSA.— ¡Justo a vos!

ANA.— ¡Qué bestias ignorantes!

ANA.— No me dejaron abrir ninguna ventana.

ELSA.— La niebla sigue sin obedecerme.

ANA.— Ya lo sé.

Se oye un rugido fuerte. Se oyen arañazos. La luz parpadea. ANA se arrodilla frente al círculo de piedras. ELSA la detiene y agarra el bulto. Lo arroja a un costado.

ANA.— ¡Todavía está fresco!

ELSA.— No le gusta la comida fría.

ANA.— No está tan frío, hace días que no come.

ELSA.— Odia la comida muerta.

Se oye sonido de distorsión. ELSA se tapa los oídos.

ELSA.— *(Mira a la ANCIANA)* ¡Ya lo sé, mamá! Está pasando como lo vi.

ANA.— ¿Qué ves? Odio que no me lo digas.

Se oye sonido de distorsión. ANA se tapa los oídos.

ANA.— *(Mira a la ANCIANA)* ¡No me importa! ¡Yo quiero saber! Estoy harta de enterrar huesos. ¡Yo también quiero saber!

*La luz parpadea. Se oyen rugidos.
ANA se acerca a ELSA y le pega una cachetada.
ELSA cae al piso.*

ANA.— ¡Quiero que me muestres lo que ves! ¡Estoy cansada de los secretos!

ELSA.— Es una cosa horrible saber, hermanita. ¿Para qué querés saber? Cuando lo sepas, vas a dejar de ser libre.

ANA.— ¡No me importa! ¡Quiero que me lo muestres todo!

ELSA.— Está bien.

*ELSA se levanta y camina hacia adelante y se arrodilla. ANA se arrodilla a su lado.
El ambiente se oscurece por completo y solo un círculo de luz negra
enfocan a ANA y a ELSA.*

ELSA.— Quiero que cierres los ojos *(Pausa)*. Respirá profundo. Por unos instantes voy a prestarte mis ojos, voy a dejar que veas a través de mis ojos. No va a durar mucho.

ANA.— Quiero ver todo.

ELSA.— Vas a ver solo un fragmento y va a ser suficiente para que te atormente el resto de tu vida.

*La luz negra suave se extiende a todo el ambiente. Se ve sobre la mesa una tetera con tres tazas, y en la mesa se ven sentadas a una ANCIANA de piel gris y ojeras negras; se ve a una mujer de 30 años de piel gris y ojeras negras que tiene un vestido rojo desgarrado. Y sentada frente a ella, se ve una mujer de 40 años de piel gris y ojeras negras que tiene un vestido azul y que tiene un puñal clavado en el pecho. Se oyen truenos suaves.
Se oyen rugidos suaves.*

ANA.— ¡Qué imagen! Se ven difusas y no parecen reales. ¿Esa soy yo?

ELSA.— Sí, Las visiones son como sueños.

ANA.— ¿En qué tiempo estamos?

ELSA.— En el futuro, hermanita.

ANA.— *(Señala a la mujer de vestido azul)* ¡Esto es en lo que pienso todos los días! ¿Este es el puñal que me regaló mamá cuando hice mi iniciación?

ELSA.— Sí, el mismo.

ANA.— Ah, qué belleza. Tiene una hoja hecha de un metal que no sale de esta tierra. Es liviano y le encanta atravesar la carne

ELSA.— Sí, le encanta. Pero lo que más le gusta es retorcerse y dar vueltas sobre sí mismo en forma lenta. Muy lenta.

ANA.— ¿En serio? No sabía eso.

ELSA.— Sí, le encanta. Giró una semana completa hasta que me destrozó el corazón por completo.

ANA.— Es una imagen hermosa. Siempre supe que te lo iba a clavar en el pecho. (*Se acerca a la mujer de vestido rojo*). Esta mujer, ¿soy yo?

ELSA.— Sabés que sí.

ANA.— ¡No puede ser! Soy la hija poderosa de este Dios oscuro, ¡Esa no soy yo! Es una que se parece, pero no soy yo.

ELSA.— Sos vos, Ana.

ANA.— ¿Qué? ¡Eso es imposible! No hay hombre ni mujer que pueda matarme.

ELSA.— Eso es cierto, nadie puede.

ANA.— Sacá ya mismo a esa intrusa de esta casa.

ELSA.— No es una intrusa, Ana. Sos vos.

ELSA.— (*Camina hacia la mujer de vestido azul y le toca el cabello*). Cuando volví estuve tres días fuera de la casa. Por más que lo intentaba no podía recordar cómo abrir esa puerta (*Pausa*). Hasta que una noche puse la mano en el picaporte y abrí y me senté al lado de mi madre. ¿Y sabés qué, Ana? Por primera vez en más de cien años no escuché su voz. Por primera vez en cien años disfruté del silencio. (*Pausa*). Yo siempre pensé que nosotras nunca íbamos a conocer la paz. Y por primera vez en mi vida sentí paz y dejé de sentir las manos de mi padre sobre mi cuerpo y supe que no iba a engendrar más hijos y que tampoco iba a tener que verlos morir (*Pausa*). Silencio y una taza de té caliente todos los días.

ANA.— ¿Paz? ¿Silencio? ¡Yo voy a hacer todo lo posible para que nunca tengas paz, Elsa! ¡Voy a podrir todo a tu alrededor para que la podredumbre se te impregne en la piel!

ELSA.— Ya lo sé, hermanita. No vas a soportar mi paz y mi silencio. No vas a soportar que por las noches cierre los ojos para oír los grillos y que por las mañanas los abra para ver la luz que entra por la ventana.

ANA.— Voy a ponerte una bolsa de hilo en la cabeza y no vas a ver nada.

ELSA.— Las cosas de esta casa no se nos arriman, se escapan de nosotras. Vas a poner mil bolsas pero todas van a escaparse.

ANA.— Entonces voy a destrozarte el cuerpo y lo voy a tirar lejos para no tener que verte la cara nunca más.

ELSA.— Sabés que estamos condenadas a volver una y otra vez a esta casa. Nuestra carne se arma y volvemos. Siempre volvemos.

ANA.— ¡Te juro que voy a hacer lo que sea para que no tengas paz!

ELSA.— Ya lo sé. Por mil años vas a hacer todo lo que esté a tu alcance para perturbar

mi paz. Me vas a mutilar, a quemar, a tirar al río. Vas a usar los viejos encantamientos prohibidos y vas a sobornar a las hadas del bosque. Esas hadas inmundas que no tienen ojos. Y cuando ya lo hayas probado todo, te vas a dar cuenta.

ANA.— ¿De qué?

ELSA.— De que no vas a soportar mi paz. Y entonces, una noche de primavera vas a tomar tres té de adormideras verdes y vas a caer en el río (*Pausa*). Y vas a tardar tres años en encontrar esta casa. Las arañas van a arrancarte los ojos y los huesos van a golpearte sin piedad. Vas a desear haber enterrado bien esos huesos.

ANA.— ¡Odio enterrar esos huesos!

ELSA.— Vas a escuchar los llantos de cada bebé que arrojaste a ese círculo de piedras, vas a escuchar a mamá que te va a hablar todos los días y vas a sentir la lengua y las manos de papá recorrer tu cuerpo todas las noches.

ANA.— ¡Yo voy a dejar esta casa!

ELSA.— Nadie puede dejar esta casa, hermanita.

ELSA se levanta y camina hacia adelante y se arrodilla. ANA se arrodilla a su lado. El ambiente se oscurece por completo y solo un círculo de luz negra enfocan a ANA y a ELSA.

ANA.— ¿Me voy a olvidar de esto?

ELSA.— No, no.

Luz negra se extiende por todo el ambiente. Se oye sonido de lluvia y truenos. Habitación de paredes negras. Hay una cortina roja y una puerta negra. Hay una mesa con tres sillas. Sobre la mesa hay una tetera con tres tazas. En el piso hay piedras apiladas que forman un círculo de 50cm de ancho y alto. En una de las sillas está sentada una ANCIANA de piel gris que tiene un vestido negro. ANA y ELSA se levantan.

ANA.— Me duele la cabeza (*Pausa*) ¿Qué paso?

ELSA.— Nada, te dije mil veces que no puedo mostrarte lo que veo.

ANA.— ¡Cómo quisiera poder ver el futuro!

ELSA.— Vos no naciste con eso, hermanita. Vos naciste para complacer a este Dios oscuro.

Se oyen golpes sobre madera. Se oye sonido de distorsión.

ANA.— (*Mira a la ANCIANA*). Ya sé que los huesos se volvieron a escapar. Ahora los entierro, mamá.

ELSA.— Cruzalos bien entre sí para que no se escapen.

ANA.— ¡Odio enterrar esos malditos huesos!

ANA camina hacia la puerta y sale. ELSA se sienta a la mesa y sirve té.

ELSA.— (*Mira a la ANCIANA*). Sí, mamá. Ya sé que no te gusta el té sin limón, pero tomalo igual. Sabés muy bien que esas hebras se ofenden si las dejás enfriar. (*Pausa*). Ay, mamá, ¡No sabés cómo me gusta pensar que pronto voy a estar en esta mesa sentada y no voy a sentir más dolor y que no voy a tener más hambre! Me reconforta saber que no van a matar más a mis hijos. (*Pausa*). Pero lo que más me da paz es nunca más me voy a tener que arrodillar ante ese Dios oscuro (*Pausa*). Es en lo único que puedo pensar.

La luz negra decrece hasta apagarse por completo.

FIN.

GLOBO AEROSTÁTICO

LUCÍA FIORELLA PESSINO

Lucía Fiorella Pessino es estudiante de Psicología, UFLO. Su formación incluye Teatro, Música, Plástica en la Escuela superior de Bellas Artes, ESBA Neuquén. También participa del Taller grupal de Poesía: “Sáquese la espina del pecho...” con Florencia Méndez. En 2024 realizó los cursos de Dramaturgia I y Dramaturgia II con Cecilia Propato.

Personajes:

HOMBRE

MUJER

MAQUIMBOT-WHITE

MAQBOT-PINK

Es el interior de una habitación blanca. En el medio de la habitación hay un robot maniquí de color blanco (MAQUIMBOT-WHITE) y un sillón bordó. Al lado del sillón hay una puerta verde oscura. Sobre el sillón está acostada una MUJER de pelo rubio y vestido violeta largo, que está envuelta por bandas elásticas. Al lado del sillón está parado un HOMBRE de traje negro y entre sus manos tiene varios centímetros. Al lado de sus pies hay bandas elásticas rotas. Hay olor a vainilla. La MUJER tiene los ojos cerrados. La MUJER abre los ojos. El HOMBRE tira los centímetros al piso. La MUJER inclina su cuerpo hacia delante. El HOMBRE se pone el dedo índice sobre los labios. La MUJER aprieta los puños. El HOMBRE se arrodilla, inclina la cabeza. Mira a la MUJER. Hay silencio. El HOMBRE estira con las manos las bandas elásticas que están alrededor de la MUJER. Hay olor a vainilla. La MUJER separa los brazos del torso, grita. Las bandas elásticas se rompen. El HOMBRE sonríe, se levanta del piso. Se escuchan latidos. La MUJER se sienta en el sillón. Sacude la cabeza. Mira sus manos, las abre y las cierra. Inclina su torso hacia adelante, mueve los pies, suspira, se levanta del sillón, y corre. Las bandas elásticas caen a una porción de piso. El HOMBRE y el MAQUIMBOT-WHITE están quietos. El HOMBRE se pone las manos en los oídos y cierra los ojos, la MUJER choca con el MAQUIMBOT-WHITE. Se golpea y se toca la cabeza. El HOMBRE abre los ojos y camina hacia la MUJER y hacia el MAQUIMBOT-WHITE. La MUJER mira al HOMBRE.

MUJER.— Lo logramos.

HOMBRE.— Lo hicimos. Nos desatamos.

El ROBOT-MANIQUEÍ mueve un brazo. Está quieto. El HOMBRE señala al ROBOT-MANIQUEÍ con el mentón.

HOMBRE.— Se volvió loco. Ya no voy a tener su compañía en la cocina.

MUJER.— ¿Y nuestra inauguración? El restaurant nos espera. (*Pausa.*) ¿Cómo no lo pudimos detener? ¿Cómo llegamos a esto?

Vos y yo atados... ahora desatados, pero encerrados.

HOMBRE.— No lo sé. Ahora no lo sé. A veces los sueños se hacen laberintos, ¿cómo salimos?

MUJER.— Encontramos las llaves.

HOMBRE.— ¿Las llaves estarán adentro o afuera del laberinto?

MUJER.— Es posible que estén acá, pero hay que saber mirar.

El HOMBRE acaricia el hombro de la MUJER.

MUJER.— ¿Y si es mi culpa por haberle puesto mis lágrimas?

El HOMBRE señala con la mano al ROBOT-MANIQUEÍ.

HOMBRE.— ¿Por haberle puesto tus lágrimas al bot?

MUJER.— Sí, no te lo dije, tenía miedo y vergüenza. Cuando estaba creando el cerebro del bot yo... lloré. Y se inundó. La arcilla se volvió más líquida y se mezclaron mejor los colores y cuando le puse electricidad... su cerebro parecía una galaxia. Estaba encendido. Algo estaba encendido.

HOMBRE.— ¿Por qué lloraste?

MUJER.— ¿Intuición de Víctor Frankenstein? (*Pausa.*) No sé, lloré. ¿Porque sí? ¿Por todo, por nada? No lo recuerdo, seguro lo estoy reprimiendo, ¿estoy delirando? Estoy preocupada.

El HOMBRE se ríe. Agarra la mano de la MUJER.

HOMBRE.— Yo también. No cargues con eso. Quizás cometimos un error. O varios pero, no podemos retenernos ahí. No si no queremos hundirnos más. (*Pausa.*) Yo toqué el piano cuando terminamos el bot, ¿recordás? Y al maniquí en el que lo construimos lo saqué de la boutique de mi tía. Todo eso también tenía una carga emocional... Y pensé que era una buena idea crearlo. Creo que eso es lo más absurdo de lo inevitable.

MUJER.— ¿Y si lo podíamos evitar? ¿Si hubiésemos sido más fríos, calculadores?

HOMBRE.— Al menos evitamos que lllore cuando corta cebolla.

MUJER.— Sí, porque baila cada vez que corta tomates cherry.

El HOMBRE y la MUJER ríen.

HOMBRE.— Nada que ver, ¿de dónde sacó eso, no?

El HOMBRE y la MUJER ríen.

MUJER.— A veces no hay razones.

Se escuchan ladridos. El ROBOT-MANIQUEÍ mueve los brazos. Se arrodilla. Mira al HOMBRE. Se escuchan ladridos. El HOMBRE sacude las manos y grita. La MUJER abre y cierra los ojos. El HOMBRE cae al piso de espalda y tiene los ojos cerrados. La MUJER se arrodilla y grita. Le toca la muñeca derecha al HOMBRE. Hay aroma a vainilla. La MUJER mira al HOMBRE. El HOMBRE está quieto. La MUJER se para, camina, se pone una mano en la frente, mira al ROBOT-MANIQUEÍ. El ROBOT-MANIQUEÍ está quieto. La MUJER se pone una mano en el pecho y sacude la cabeza. Lloro. Mira al HOMBRE. Se arrodilla. Pone sus manos en las mejillas del HOMBRE. El HOMBRE y el maniquí están quietos.

MUJER.— ¿Cómo te invoco? (*Hay aroma a vainilla. Ella se pone las manos en la cabeza*). Debés llegar. La inauguración era hoy. No hay relojes acá, pero es hoy, tu restaurant, nuestro evento, lo recuerdo, ¿te pasa por el corazón? (*Pausa*). Es hoy, ¿te pasa por el corazón? (*Lloro. Junta las palmas de sus manos*). ¿Te pasa?
HOMBRE.— (*Abre los ojos*). Por el corazón, sí.

El HOMBRE se arrodilla. Abraza a la MUJER. La MUJER sacude la cabeza.

MUJER.— Lo harás. Lo sé.

El HOMBRE sonríe. El ROBOT-MANIQUEÍ camina hacia la puerta. Está quieto en frente de la puerta. La MUJER mira al ROBOT-MANIQUEÍ, se acerca a él. Grita.

MAQUIMBOT-WHITE.— No. Hay. Salida.

El HOMBRE se para. Se acerca al ROBOT-MANIQUEÍ. Le toca el hombro con su mano.

HOMBRE.— Déjanos ir. Ya.

El ROBOT-MANIQUEÍ se pone de espaldas a la MUJER y al HOMBRE. La MUJER mira al HOMBRE.

MUJER.— Si ni siquiera pensás en la posibilidad, nada va a pasar, ¿vas a quedarte quieto en una vidriera como estaba él?

El HOMBRE se pasa las manos por el traje. Se acerca a la puerta. El ROBOT-MANIQUEÍ agarra al HOMBRE y lo pega a la puerta. El HOMBRE empuja al maniquéí. El ROBOT-MANIQUEÍ está quieto. Silencio. El ROBOT-MANIQUEÍ mueve los brazos. Se cae al piso. El ROBOT-MANIQUEÍ está quieto.

Se escucha el sonido del viento.

El HOMBRE y la MUJER tocan con sus manos el picaporte de la puerta. Mueven el picaporte. Se miran. Sacuden la cabeza. La MUJER grita. El ROBOT-MANIQUEÍ inclina el torso hacia adelante, se levanta del piso. Está enfrente de la puerta. El HOMBRE respira profundo.

HOMBRE.— Ya es hora, si no salís solo, te voy a sacar yo, ¿escuchaste?

El ROBOT-MANIQUEÍ se ríe.

HOMBRE.— ¿De qué carajo te reís?

El HOMBRE aprieta los puños. La MUJER se pone las manos en la cabeza

MAQUIMBOT-WHITE.— Contame un chiste, ¿a ver?

HOMBRE.— ¿Pero, qué te pasa, amigo? ¿Te pensás que soy boludo?

MAQUIMBOT-WHITE.— Claro, pero lo sos por no contarme un chiste.

El HOMBRE mira a la MUJER. Respira profundo.

HOMBRE.— Te lo cuento si te corrés de esa puerta y me abrís paso.

MAQUIMBOT-WHITE.— ¡Qué me cuentes un chiste! ¡Uno!

El HOMBRE mira hacia arriba. Camina. Mira al maniquéí. Suspira.

HOMBRE.— ¿Sabías que le dijo un boludo a un maniquéí?

MAQUIMBOT-WHITE.— ¡No! ¡¿Qué cosa?!

HOMBRE.— Boludeces.

MAQUIMBOT-WHITE.— *(Se ríe y se arrodilla)*. No, sos un genio, ¡maestro!

El HOMBRE se pone una mano en la frente y mira hacia abajo. La MUJER mira hacia abajo.

HOMBRE.— Si no salís de ahí, vas a ver lo...

*El ROBOT-MANIQUEÍ le pega una piña al HOMBRE en la panza.
El HOMBRE cae al piso. La MUJER grita.*

MUJER.— ¡Otra vez no!

El ROBOT-MANIQUEÍ se para y mira hacia arriba. Mira al HOMBRE.

MAQUIMBOT-WHITE.— Lo genio que soy yo vas a ver.

El ROBOT-MANIQUEÍ mira y señala a la MUJER. Se frota las manos

MAQUIMBOT-WHITE.— Vos, sentate, al lado de él.

La MUJER se sienta en una porción del piso. El HOMBRE está acostado en el piso y tiene los ojos cerrados. El maniquí se acerca al HOMBRE y se arrodilla. La MUJER grita. El HOMBRE abre los ojos.

MAQUIMBOT-WHITE.— ¡Menos mal que despertaste! Quiero seguir disfrutando de tus chistes soporíferos. Y vos, no grites, no les voy a hacer nada... por ahora (*levanta el mentón y sonríe*).

MUJER.— ¿Qué querés? Déjanos ir. Vamos los tres como lo habíamos planeado hace tanto, es importante. ¡Basta! ¡No te reconozco!

El ROBOT-MANIQUEÍ se pone una mano en el pecho, mira hacia abajo. Mira a la MUJER.

MAQUIMBOT-WHITE.— Esto es más importante, sólo el maniquí sabe lo que el maniquí sabe. (*Pausa*). Quiero que me ayuden a tener la conciencia natural de gritar con emoción y... que me caiga agua de los ojos. Ser como... ¿Una canilla?, ¿Cómo hacen?

El ROBOT-MANIQUEÍ sonríe. El HOMBRE respira profundo.

HOMBRE.— En serio prefería contar chistes, o algo así, a esto.

MUJER.— (*Mira al maniquí*). ¿Vos creés que...?

MAQUIMBOT-WHITE.— Ah, no, no. Me toca hacer preguntas a mí ahora.

El HOMBRE se rasca la frente y cierra los ojos. El ROBOT-MANIQUEÍ bosteza. La

MUJER *se pasa una mano por la frente.*

MAQUIMBOT-WHITE.— Voy a dormir, cuando despierte, si quieren salir, ya saben. Hablen.

El HOMBRE y la MUJER se miran. El ROBOT-MANIQUEÍ corre hacia el sillón. Se acuesta en el sillón con los brazos detrás de la cabeza, una pierna levantada sobre el respaldo del sillón y tiene los ojos cerrados. Se escuchan ronquidos. Se oyen campanas. El HOMBRE se sienta en el piso y mira a la MUJER.

HOMBRE.— ¿Ya serán las doce? ¿quieres vino?

MUJER.— No hay vino acá, ¿cómo se te ocurre preguntar eso? (*Se muerde los labios y mira al suelo.*)

HOMBRE.— Tengo miedo. Esa puerta es un muro ahora.

MUJER.— (*Suspira.*) Es un muro y nunca vamos a poder salir. (*Pausa.*) No te cierres en el “así es como funciona el mundo”, porque entonces te van a decir que significa ser alguien que hace algo. Y vas a cumplir sin peros con todo eso ¡Y además, nos vamos a quedar acá y así siempre! Agh.

El HOMBRE mira a la MUJER. Se para, camina, agarra el centímetro del piso. Golpea la puerta con el centímetro. El HOMBRE suspira. Golpea la puerta con el centímetro. Suspira.

HOMBRE.— Voy a despertar al genio si sigo así. Tengo que pensar otra forma de abrir esta puerta.

La MUJER mueve su cabeza verticalmente para arriba y para abajo. El HOMBRE se sienta en una porción de piso al lado de la MUJER. Silencio. El HOMBRE acaricia el pelo de la MUJER. El HOMBRE y la MUJER sonríen. Se escuchan ronquidos y suspiros. Hay aroma a vainilla.

HOMBRE.— Era lo que deseé durante mucho tiempo, no lo voy a dejar pasar, vamos a solucionarlo. Aún así, esto no es tan malo. Porque estás vos.

Hay aroma a vainilla.

MUJER.— Es raro, ¿no? Toda tu vida esperando algo y cuando estás por lograrlo, un robot-maniqué que creamos se desquicia, nos ata y nos encierra, y decís que no es tan malo... porque estoy acá.

HOMBRE.— No sólo porque estás acá, sino porque estás conmigo. (*Pausa*). Aunque hubiese preferido que vos no tengas que pasar por todo esto.

MUJER.— Estamos en esto los dos. Menos mal que sólo creamos un bot y no más.

La MUJER y el HOMBRE sonríen. Hay aroma a vainilla. Silencio. El ROBOT-MANIQUEÍ sacude los pies y levanta y baja una pierna. Se escuchan ronquidos.

MAQUIMBOT-WHITE.— ¡Yo te dije! ¡No! ¡No es gracioso! ¡Hijo de...! mundo al que fuiste arrojado!

Se escuchan ronquidos. Se escuchan suspiros. El HOMBRE y la MUJER levantan las cejas y se miran. La MUJER se apoya un dedo en el mentón.

HOMBRE.— ¿En qué pensás? Además de en qué estará soñando él.

El HOMBRE señala con el mentón al maniquí. La MUJER se ríe.

MUJER.— La verdad, en nuestro viaje. El de los globos aerostáticos, ¿todavía creés que podamos volver?

HOMBRE.— Sí, si llegamos a la inauguración es muy probable que recaudemos lo que nos falta. Y si no, lo vamos a hacer. No sé cómo, pero lo vamos a hacer.

El HOMBRE y la MUJER sonríen.

HOMBRE.— Yo nunca había visto un amanecer como el que vimos ahí. Los globos alrededor nuestro y el Sol saliendo. Tenía miedo pero todo estuvo bien.

MUJER.— Yo rogaba que no se prendiera fuego.

El HOMBRE y la MUJER se ríen.

HOMBRE.— ¿Tenías miedo de que se prendiera fuego el globo o de quemarnos?

La MUJER está quieta. La MUJER sonríe. El HOMBRE y la MUJER se ríen.

HOMBRE.— Estábamos nerviosos en el aterrizaje. Se movió muchísimo.

MUJER.— Aún así fue divertido.

HOMBRE.— Fue genial.

MUJER.— En ese momento te decidiste a abrir tu restaurant. Es como si lo hubieses visto ya cumplido esa mañana.

HOMBRE.— Fue así. Gracias. Por organizar el evento y creer en mí.

MUJER.— Un placer. Lo primero, de eso trabajo y amo hacerlo, y lo segundo, me es inevitable, aunque no lo creas.

*La MUJER y el HOMBRE se ríen. Hay aroma a vainilla.
El HOMBRE mira hacia el suelo.*

HOMBRE.— Recuerdo que me dijiste “ya veo tu restaurant lleno de gente disfrutando, y lleno de lámparas de globos aerostáticos, ¿le quedarían lindas, no?”

El HOMBRE y la MUJER sonríen. Se acercan.

HOMBRE.— Sólo puedo pensar en eso, en nuestro globo aerostático.

Silencio. La MUJER mira hacia abajo. Se aleja.

MUJER.— Claro, digámosle globo aerostático a una historia de amor.

*Silencio. La MUJER mueve la cabeza. El HOMBRE mira a la MUJER.
El HOMBRE está quieto. La MUJER abre la boca.
El HOMBRE mira a un costado. Se escuchan campanas.*

HOMBRE.— No hay tiempo ya. A la mierda todo.

*El HOMBRE y la MUJER se miran. La MUJER mira hacia arriba.
El HOMBRE se acerca a la MUJER. La MUJER mira al HOMBRE. Silencio.
El HOMBRE mira el piso.*

MUJER.— A la mierda lo que querés si lo seguís dejando pasar. A la mierda los globos aerostáticos. *(Se para).*

HOMBRE.— Eso nunca.

*La MUJER camina. El HOMBRE se para, se pone enfrente de la MUJER.
La MUJER mira hacia abajo.*

HOMBRE.— Eso nunca.

La MUJER mira al HOMBRE. Silencio. El HOMBRE abraza a la MUJER.

MUJER.— Sé que estás desesperado pero no.

HOMBRE.— Perdón. No, cierto que no, no le voy a decir adiós a esto.

La mujer y el hombre sonríen. Silencio.

HOMBRE.— Y esto lo hablamos mejor después pero... no es “mi” restaurant, si vos estás de acuerdo, quiero que sea nuestro.

El HOMBRE y la MUJER se miran. Silencio. La MUJER mueve la cabeza verticalmente para arriba y para abajo. La MUJER y el HOMBRE sonríen. Se escucha el sonido del viento. Se escuchan bostezos. El ROBOT-MANIQUE se sienta en el sillón, estira los brazos hacia arriba.. El HOMBRE y la MUJER miran al maniquí.

MAQUIMBOT-WHITE.— ¡Hola!

HOMBRE.— *(Cruza los brazos)*. ¿Cómo anduvo eso?

MAQUIMBOT-WHITE.— ¡De mil, no de 10!

La MUJER mira hacia un costado.

MAQUIMBOT-WHITE.— ¿Ya me pueden dar su gran secreto y su gran ayuda para lo que les pedíí?

El ROBOT-MANIQUE sonríe con la boca abierta. La MUJER lo mira.

MUJER.— Sabemos que no es eso lo que querés. *(Aprieta los labios)*.

MAQUIMBOT-WHITE.— ¡Claro que sí!

HOMBRE.— No...

MAQUIMBOT-WHITE.— Sí...

HOMBRE.— No..

MAQUIMBOT-WHITE.— ¡Sí! *(Pausa)*. Bueno... no.

MUJER.— ¿Entonces...?

MAQUIMBOT-WHITE.— *(Se levanta del sillón)*. No quiero. No quiero ir.

El HOMBRE se rasca la frente. La MUJER mira al HOMBRE y levanta las cejas.

MUJER.— ¿Cómo?

El ROBOT-MANIQUE mira al HOMBRE. Se pone una mano en la frente. Se pone una mano en el pecho.

MAQUIMBOT-WHITE.— No quiero estar en una cocina todo el día. *(Pausa)*. Ustedes me hicieron para eso, pero, cuando te escuché tocar el piano aquel día, yo supe lo que

sólo este maniquí sabe, ¡sentí que me volvía loco! ¡podía moverme por mí mismo! Me di cuenta que no soy sólo una máquina. Ya no sólo seguía recetas, yo podía crearlas, y, ¡tenía posibilidades! ¡muchas más! ¡Yo también quiero proyectar, serlas y hacerlas ser a esas posibilidades! Deseo probar el mundo. Voy a ir a su inauguración pero no voy a seguir ahí. *(Pausa)*. Perdón.

El ROBOT-MANIQUEÍ se arrodilla y baja la cabeza. El HOMBRE abre la boca y mira hacia abajo. Mira al ROBOT-MANIQUEÍ.

HOMBRE.— ¿Quién hará los mejores platos? ¿Y quién será mi compañero ahora? *(Pausa)*. No era necesario que hagas todo esto. *(Pausa)*. Está bien, cuando te creamos no sabíamos qué iba a pasar. No sabíamos qué iba a pasar cuando empezamos con el restaurant, cuando empezamos a imaginar todo esto. No sabíamos lo que podías percibir y lo que nosotros llegaríamos a sentir también. Y ahora que lo sabemos, entonces queremos que puedas realizarte. Está bien, lo nuevo siempre trae despedidas y sorpresas y estábamos dispuestos a eso. *(Respira profundo)*.

MAQUIMBOT-WHITE.— Gracias, y perdón. Perdón, las llaves están debajo del sillón. Vamos.

La MUJER camina hacia el ROBOT-MANIQUEÍ. Se arrodilla y lo abraza. El HOMBRE le da palmadas en la espalda al ROBOT-MANIQUEÍ. Camina hasta el sillón. Empuja el sillón hacia atrás. En una porción de piso hay dos llaveros. Sobre el piso, ruedan una esfera luminosa blanca y una esfera luminosa rosa. El HOMBRE agarra los llaveros. Sonríe. La MUJER sonríe. Se levanta y camina hacia el HOMBRE. La MUJER mira y agarra la esfera luminosa rosa. Se escuchan campanas. La MUJER sacude la cabeza y mira al ROBOT-MANIQUEÍ. El ROBOT-MANIQUEÍ respira profundo. Se escuchan campanas. Se escucha un portazo. La esfera luminosa rosa cae al piso. Rueda. Está cerca de la puerta. Por la puerta entra un ROBOT-MANIQUEÍ rosa que tiene en una mano una lámpara con forma de globo aerostático, salta. Levanta un brazo y sacude la mano. El HOMBRE y la MUJER miran al ROBOT-MANIQUEÍ blanco. El ROBOT-MANIQUEÍ blanco abre la boca y mira hacia los costados. El HOMBRE se acerca a la MUJER, la MUJER se pone una mano en el pecho, el HOMBRE se pone una mano en la cabeza. El ROBOT-MANIQUEÍ blanco mira al HOMBRE y a la MUJER. Señala con el dedo índice al ROBOT-MANIQUEÍ rosa. Susurra.

MAQUIMBOT-WHITE.— Espero que ella les ayude... Yo también pensé que era una buena idea. Perdón. Espero que ella sí lo sea. *(Se acerca las manos a la cara y junta las palmas de las manos)*.

MAQBOT-PINK.— ¡Es hora! ¡Es hora!

Se escuchan campanas. El ROBOT-MANIQUEÍ rosa mueve sus pies y sonríe con la boca abierta. El ROBOT-MANIQUEÍ blanco se levanta. El HOMBRE y la MUJER miran al ROBOT-MANIQUEÍ blanco. Miran hacia adelante.

Se apagan las luces del escenario. Se prende la luz de la lámpara con forma de globo aerostático.

TELÓN.

Índice

Prólogo	
<i>Nuevas Dramaturgias Posibles</i>	5
Cecilia Propato	
<i>La Culpa es de Flaubert</i>	7
Daniel Alicio	
<i>Pueblo Chico</i>	22
María Soledad Allende	
<i>Nadadoras Estamos Vigentes</i>	36
Cristina Carozza	
<i>Ajedrez de Otro Mundo</i>	59
Paula Gluzman	
<i>Un Dios Oscuro</i>	76
Laura Obholz	
<i>Globo Aerostático</i>	99
Lucía Pessino	